



El refugio de los canallas

JUAN BAS

ALREVÉS
NOVELA NEGRA

«Juan Bas ha compuesto con notas crudas y buena escritura una compleja polifonía de víctimas que ayer fueron verdugos, de verdugos que más tarde serán víctimas o que ya lo son aunque acaso no lo sepan.»

FERNANDO ARAMBURU

EL REFUGIO DE LOS CANALLAS

JUAN BAS

ALREVÉS
BARCELONA-2017

Segunda edición: octubre de 2017

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a

08034 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© Juan Bas, 2017

© de la presente edición, 2017, Editorial Alrevés, S.L.

© Ilustración de portada: Alex Orbe

ISBN: 978-84-17077-12-9

Código IBIC: FA / FF

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Juan Bas (Bilbao, 1959). Fue guionista de radionovelas de humor, cómic (*El Víbora*, *Cimoc...*) y numerosas series de televisión (*Farmacia de guardia*, *Turno de oficio...*). Ha publicado, entre otros libros, los volúmenes de relatos *Páginas ocultas de la historia* (1999), escrito con Fernando Marías, y *La taberna de los 3 monos y otros cuentos alrededor del póquer* (2000). Las novelas *El oro de los carlistas* (2001), *Alacranes en su tinta* (2002), *La cuenta atrás* (2004), *Voracidad* (2006), Premio Euskadi de Literatura 2007, y *Ostras para Dimitri* (2012). Es autor también de los inclasificables *Tratado sobre la resaca* (2003) y *La resaca del amor* (2009). Y de la compilación de artículos de prensa *El número de tontos* (2007). Ha sido traducido al francés, alemán, italiano, ruso, búlgaro, noruego y euskera. Es columnista de opinión en el diario *El Correo* y otros periódicos de Vocoento. Dirige desde 2010 el Festival Internacional de Literatura y Arte con Humor Ja! Bilbao.

www.juanbas.es

El refugio de los canallas es la novela de madurez del veterano escritor y columnista de prensa bilbaíno Juan Bas.

Mediante una conseguida estructura y un ritmo narrativo rápido, la novela salta en el tiempo constantemente, adelante y atrás, entre 1946 y 2015, para dar vida y muerte a una pluralidad de personajes contrapuestos y tocados

por una gratuita tragedia.

El refugio de los canallas trata con fuerza el tema shakespeariano del odio irresponsable que unos padres infundieron en sus hijos hasta causar la destrucción de todos ellos. Del sinsentido y la estupidez cruel, despiadada, autista y endogámica que fue la larga lacra de ETA, así como de la existencia de un GAL esencial y terrible con una bajeza moral comparable a la de la banda. Y trata en definitiva de la razón de Estado cuando transita por secretas cloacas; y del patriotismo, que a veces es el último refugio de los canallas y otras, el primero.

A los vascos cuya decencia les hizo superar el miedo y no miraron hacia otro lado ni alimentaron el odio durante los años de plomo

En la jaula metieron a una joven pantera. Era todo un descanso, hasta para los sentidos más embotados, ver cómo ese animal salvaje se revolvía en esa jaula tan triste.

FRANZ KAFKA,
Un artista del hambre

El idiota estaba agarrado a los barrotes y aulló al ver el agua mientras varias mujeres entonaban un himno.

CORMAC MCCARTHY,
Meridiano de sangre

Si alguien pregunta por qué hemos muerto,
decidle, porque nuestros padres mintieron.

RUDYARD KIPLING,
Epitafios de guerra

(2010)

Dos ancianas se sientan al atardecer en un banco de un jardín público de Bilbao. No son familiares ni amigas, la causa de su relación es un hecho del pasado que marca todavía el presente: la hija de una de ellas mató de un tiro al hijo de la otra hace casi treinta años.

Es primavera, un día de labor del mes de mayo. «Ha quedado buena tarde.» La madre de la asesina se llama Margarita Mendieta Valdelomar. Le da la merienda a la otra mujer, «como todos los días», una tarea que requiere paciencia y que lleva a cabo en un banco de la plaza Jardines de Albia, «si hace buen tiempo», o en la residencia para ancianos enajenados o con discapacidad física donde vive María Teresa Altamira Pontes, la madre del asesinado, «si hace malo».

Margarita trae siempre un yogur natural, en el que mezcla trozos de fruta de temporada, y dos pasteles de arroz que compra en una pastelería de la cercana Gran Vía. «De Arrese, que son de confianza. Los mejores de Bilbao, de toda la vida.» Primero le hace tomar el yogur, con cuidado de que en cada cucharada vaya un trozo de fruta. Es lo que más esfuerzo le cuesta; María Teresa protesta y retira la boca de la cucharilla con frecuencia. «Señor, qué paciencia hay que tener con esta pobre mujer. Como con un niño pequeño.» Luego, con los pasteles de arroz es más fácil.

—Lo que tienes tú es mucha cara. Lo que te gusta, bien que te lo comes seguido.

Margarita también le da el pastel a la boca, en porciones con corteza de hojaldre. Lo trocea hasta que solo queda la parte central, difícil de dividir por cremosa, que le da a la mano para que se la coma ella sola, aunque suela mancharse al hacerlo. Cada anciana termina por comer un pastel entero, medio de cada uno, ya que Margarita le da un trozo a María Teresa y el siguiente se lo come ella.

Desde el banco en el que están sentadas se ven dos banderas de un tamaño descomunal separadas por menos de cien metros. Una, la española, pende de un mástil situado en la fachada del palacete de la Comandancia de Marina. La otra, una ikurriña, preside la entrada de Sabin Etxea, la sede del Partido Nacionalista Vasco. Una de esas tardes, Margarita oyó decir a un hombre con acento andaluz que pasaba por delante de su banco «con disfraz de turista», refiriéndose a las banderas:

—¡Hala! A ver quién la tiene más grande.

«Qué vulgaridad. A juego con la pinta.» A Margarita siempre le ha

desagradado lo que considera procaz desde su puritanismo, con un criterio muy estricto, pero en ese caso no pudo evitar que el comentario le hiciera una pizca de gracia a pesar de que carece de sentido del humor y quienes lo utilizan le resulten faltos de seriedad, «de tener muy poco fuste».

Ambas mujeres son viudas, aunque se quedaron sin marido con mucha diferencia de tiempo. El de María Teresa murió de enfermedad hace tres años, los mismos que Margarita se ocupa de ella. El hijo superviviente de María Teresa, «el que prosperó en la vida es un egoísta y un mal hijo», ingresó entonces a su madre en la cara residencia, cuando el mal de Alzheimer ya había acelerado el avance que no cesa y el fallecimiento del padre la dejaba sin enfermero y desvalida para vivir sola. Al marido de María Teresa lo mató cuidar a su mujer. Convivir con la enferma lo agotó psíquicamente y le hizo la vida insostenible. El marido no pudo más. Cayó en una depresión que somatizó en una pancreatitis fulminante.

—¿Qué tal está Maritere?

—Maritere eres tú, cabeza de chorlito. Tú te llamas María Teresa Altamira. Y estás unos días bien y otros mejor. Como una rosa.

La hija de Margarita, la asesina, es Margarita Pérez Mendieta, más conocida como *Ixaso*^[1] y sobre todo *la Pantera*. En 1981 era uno de los miembros de ETA con más delitos de sangre y más buscado por la policía española y bastante menos por la francesa. «Si hubiera seguido, habría matado más tiempo o me la habrían matado a ella.» Fue en ese año cuando le metió una bala en la cabeza al hijo de María Teresa Altamira, que era un número de la Guardia Civil que servía en una casa cuartel situada cerca de Vitoria y tenía veintitrés años.

El alzhéimer juega con asiduidad un cruel engaño a la mente presa del olvido de María Teresa: la ilusión de que a su hijo acaban de matarlo y se ha enterado en ese momento. Así le sucede de nuevo esta tarde. La anciana llora con sollozos angustiados. «Qué papeleta.» Como otras veces, Margarita le toma una mano entre las suyas e intenta en vano consolarla.

—Han matado a mi niño.

La palabra *niño* referida a un hombre, a un hijo, acongoja a Margarita. «El niño al que mató mi niña.»

—No llores, Maritere. Si eso pasó hace mucho tiempo. Anda, mujer, no seas así. No te lleves el mal rato.

Cuando la Pantera asesinó al hijo de María Teresa, las noticias difundieron su presunta autoría, ya que fue identificada por los dos únicos testigos que quisieron hablar y que la vieron con el guardia civil en una

discoteca antes del asesinato. Los testigos la reconocieron en las fotos de la policía a pesar de que aquella noche llevaba una peluca rubia de cabello liso que ocultaba su melena negra y rizada. Los ojazos color verde esmeralda de intensa mirada resultaron inconfundibles, al igual que la elevada estatura, uno setenta y cuatro, y el cuerpo atlético. Era una mujer que no pasaba desapercibida.

La hija no se parece a la madre. «Clavada a su padre. Un hombre muy guapo y con buena planta: alto, moreno y con los mismos ojos verdes que echaban fuego. Un chulo que gustaba mucho a las mujeres; me engañó todo lo que quiso y más. Eso no se me ha olvidado. Fue culpa mía; no le daba lo suficiente.»

En armonía con su humildad de carácter y tendencia a sentirse culpable de lo que es inocente, Margarita es una mujer menuda de físico anodino y ojos pequeños y juntos de un color marrón desvaído. Siempre se ha maquillado en exceso, más que en un remedo de embellecimiento por vía cosmética, para tapar las marcas que le dejaban los puñetazos del marido. Después de su muerte conservó la costumbre por inercia. Ese exceso de pintura, ahora que es una anciana, resulta vulgar y un poco ridículo para quienes la tratan.

En 1981, Margarita fue al funeral del guardia civil asesinado por su hija. A la entrada de la iglesia pudo acercarse a María Teresa, a la que no conocía, para transmitirle su profunda condolencia y sobre todo pedirle perdón por ser la madre de la asesina. «"Mi parte de culpa por haber traído a una mala bestia al mundo", quería decirle, pero no supe hacerlo bien.» La desvencijada madre sin hijo miró a Margarita con incredulidad antes de escupirle en la cara. «Intenté ponerme en su lugar para disculpar la humillación; me costó. Por muy hundida y rabiosa que estuviera, fue excesivo. Debía haber apreciado mi buena voluntad y que yo no tenía culpa, si es que alguien no la tiene.»

Margarita, cuya humildad se contradice con una soberbia del piadoso de la que no tiene consciencia, recuerda y reconsidera aquello «una vez más» mientras restaña con un pañuelo la baba que hace tres décadas se armó en escupitajo y que ahora se le cae a María Teresa de la boca entreabierta. «Qué asco me da. No puedo evitarlo. A veces, esta cruz que me he cargado a la espalda se me hace demasiado pesada de llevar.»

La enferma ha dejado de llorar porque la cabeza errática la ha transportado a un nebuloso limbo de la infancia y ha vuelto a olvidar por completo no solo la muerte del hijo, sino toda su vida. «Por lo menos no le dura mucho rato ese tormento. Hasta que se le cruce el siguiente.»

En estos tres años, Margarita nunca ha conseguido obtener de María

Teresa un atisbo de lucidez suficiente para colegir si, cuando le escupió, sabía que su marido había sido también guardia civil y víctima de ETA, o si se enteró después. «Lo más seguro es que no. Ahora es imposible sacarle nada en limpio. No suele acordarse ni de mi nombre y no sabe quién soy, se le olvida cada vez.» Simplemente va a su lado cogida del brazo; «se deja llevar como se dejaría llevar por cualquiera, como un perrito».

Lo que no ha logrado Margarita es tomar afecto a su protegida. La mima y procura darle un simulacro de ternura, «pero no he sabido quererla. Me mortifica esa falta por mi parte, pero es así; los sentimientos no pueden fabricarse». Margarita se disculpa en parte y achaca esta carencia a que es muy difícil querer de verdad a una persona no allegada cuando solo ha sido posible el trato con el muro de por medio de una enfermedad que aísla y despersonaliza tanto.

La madre de la asesina volvió a ver a la madre del asesinado en 2007 por una circunstancia azarosa. Fue a la residencia de la Alameda Mazarredo para visitar a una amiga impedida a la que habían ingresado allí y que murió poco después. Margarita reconoció al instante a María Teresa a pesar de la desfiguración de la vejez y de los muchos años transcurridos desde su único encuentro. «Nunca se me borró su cara.» Prefirió creer que no fue a causa del escupitajo.

Margarita tomó ese nuevo encuentro con María Teresa como una señal evidente. «Dios me dice que me ocupe de esta mujer.» Infirió que «la purga de la gran culpa de mi hija», en la cárcel desde 1983 por ese y por otros crímenes, no era suficiente para establecer un equilibrio moral con sus víctimas. «Por eso Dios me manda esta señal, esta penitencia.» Además, tampoco le consta a Margarita que haya conseguido alguna vez hacerle comprender a María Teresa, «aunque se lo he dicho muchas veces», que quien acabó con su hijo «está encerrada desde que era una joven de veintiséis años; hace veintisiete: más de la mitad de su vida».

De este modo, Margarita alumbró esas clarividencias y llegó a la conclusión de que cuidar a esa mujer, sumida en el aislamiento del alzhéimer, «y hacerle un poco de compañía porque su hijo la visita de Pascuas a Ramos», era de alguna forma lo justo, «mi deber piadoso como cristiana para no sentir vergüenza cuando me toque estar ante Dios» y la manera de ganar de un modo implícito en esta vida aquel perdón que le fue negado con un salivazo.

Las dos ancianas se levantan del banco. Salen del jardín cogidas del brazo y con pasos lentos, desacompañados.

(1981)

El chico le propuso a la chica que fueran juntos a los servicios de la discoteca.

—Y nos metemos un tirito. Tengo una coca de vicio —le dijo el chico.

—Tú lo que quieres es follarme en un váter —le dijo la chica.

—No, mujer, qué va... Bueno, si tú quieres sí, claro. Eres guapa de la hostia. ¿Te puedo dar un beso?

En vez de responder, la Pantera abrazó al guardia civil libre de servicio y vestido de paisano, adosó su boca a la suya y lo besó largamente, metiéndole ella la lengua. Al finalizar el prolongado morreo le divirtió la cara de asombro encantado que puso el picoletto.

—Prefiero que lo hagamos en mi coche —dijo ella—. Estaremos más tranquilos. Lo tengo aparcado ahí fuera.

—Donde tú quieras y como tú quieras.

El guardia civil había ido solo a la discoteca. La recomendación del mando era que salieran siempre en grupo, por seguridad, pero el chico quería ligar y no le gustaba la patanería de sus compañeros al abordar a las chicas cuando se atrevían a entrarle a alguna, pues en grupo cantaban de plano que eran picoletos por detalles como los acentos, los cortes de pelo militares y las marcas de licores habituales en el sur que pedían; las espantaban al momento.

Aquella noche de martes había poca gente en la discoteca. La Pantera llamó por ello más la atención, tanto de los hombres como de las mujeres. Al comprobar que ella le sostenía las miradas, el guardia civil pensó que una tía tan buena no se encuentra a menudo ni se te pone a tiro. Cuando por fin se decidió a ir a su lado, apreció que a corta distancia estaba aún mejor y que con los tacones era más alta que él.

Antes de salir juntos de la discoteca se besaron de nuevo, a iniciativa del chico. Esta vez la Pantera le permitió que mandara en el beso y trenzó su lengua a la suya.

La Pantera también había salido a cazar, aunque la finalidad de su caza era distinta. Lo hizo por iniciativa propia, también sin obedecer órdenes. Sabía que esa discoteca la frecuentaban los picoletos de la cercana casa cuartel y que era un buen lugar para cobrar una pieza si encontraba alguna lejos de la manada. Tuvo suerte. Intuyó que aquel chico solitario era la pieza y le mostró el reclamo de su mirada promisoria y el cruce de las largas piernas. Después, durante el diálogo que entablaron, constató que era guardia civil de la manera más sencilla, se lo preguntó de modo directo. Redujo su

desconfianza para que fuera sincero; antes de la pregunta le confesó que ella, aunque era vasca, se sentía española, estaba a favor de las fuerzas armadas y admiraba a la Benemérita. El chico mordió el anzuelo y creyó que decirle la verdad incluso le ayudaría a terminar de ligársela. Hasta se abrió la cremallera de la chupa y le mostró un instante la culata de la pistola que emergía de su cintura. La Pantera pensó que era tonto, y guapo. Se podía permitir mezclar el deber y el placer. No era la primera vez que lo hacía ni sería la última.

Ya en el coche, un Simca 1200 que un grupo de apoyo había robado y al que habían cambiado las matrículas, el chico se sentó en el asiento del copiloto, tras desplazarlo hacia atrás todo lo posible, y ella sobre él. Mientras le dejaba soltarle el cinturón y desabrocharle la bragueta, el chico descubrió que bajo la minifalda de cuero ella no llevaba bragas y se le ocurrió que había salido vestida para matar, como en la película. El guardia civil tuvo que dejar su pistola, una Star, en el asiento del conductor.

Tras un breve magreo mutuo, la firme erección de los veintitrés años fue rápida. Ella misma se metió la polla y, todo lo erguida que le permitía estar el techo del coche, cabalgó al chico con rotundos golpes de pelvis. Después, cambió algo de postura y se inclinó hacia delante para que él creyera que quería facilitarle que le chupara los pezones sin alterar la penetración. Desde esa posición, la Pantera, que tenía veinticuatro años, pudo alcanzar sin que él se diera cuenta la Browning que estaba en el asiento de atrás, oculta bajo un periódico y ya montada. Él le preguntó con respiración afanosa si podía correrse dentro. Ella quitó el seguro de la pistola, le dijo que no le iba a dar tiempo y le disparó en la sien izquierda. La bala de nueve milímetros no salió por el lado opuesto del cráneo ni la muerte acabó con la erección. Tenía la cabeza tan dura como la polla, pensó la Pantera.

Nadie vio el fogonazo ni oyó el disparo.

(1983)

Margarita Mendieta, la madre de la Pantera, entró en la catedral de Bilbao, cercana a su casa. Acudía todos los días a rezar, pero la visita de esa mañana añadía algo muy especial y espinoso.

Apenas había feligreses; era día de labor. Margarita se arrodilló en el primer banco, el más cercano al altar, como tenía por costumbre. Rezó sus oraciones habituales y después preguntó a Dios si debía hacer lo que se le había ocurrido y podía llevar a cabo por darse una oportunidad única. Si sería un pecado o todo lo contrario: el deber moral ineludible de una cristiana. Si la dura idea se la había inspirado Él o era una trampa del demonio. Si se trataba del bien o del mal.

Margarita creía con firmeza en la existencia de Satanás y en su labor soterrada de llevar a la perdición eterna a quienes sucumben a sus encantos, tentaciones y engaños. Consideraba que la extrema falta de humanidad de su hija podía deberse a que estaba poseída desde niña por el príncipe de las tinieblas. Pensó incluso en que le practicaran un exorcismo cuando cumplió quince años, pero Leonardo, su marido, se negó en redondo y la tachó de loca.

Dios le dio permiso sin reservas para que obrara; así lo intuyó e incluso creyó oír la serena voz dentro de la cabeza. La absolvió de la culpa que iba a sentir y le dijo que el elevado fin justificaba el grave acto. Margarita agradeció al Señor el que la guiara con la luz de su infalible respuesta por la senda tan oscura y sin retorno que había escogido tomar.

Muy nerviosa pero decidida, Margarita salió de la catedral y fue a casa para llamar por teléfono.

(2010)

Al amanecer del mismo día de mayo en que las dos ancianas meriendan en los Jardines de Albia, Margarita Pérez Mendieta, *la Pantera*, escribía una carta en su pequeña celda individual, cuatro metros de longitud por dos y medio de ancho, de la cárcel de Nanclares de la Oca. El presidio, para hombres y mujeres en régimen de separación, se ubica cerca de Vitoria y de la discoteca, cerrada desde hace muchos años, donde la Pantera le pegó un tiro al hijo de María Teresa Altamira.

La Pantera tiene cincuenta y tres años. Los veintisiete que lleva encerrada han transcurrido en diversas cárceles españolas. A Nanclares la han trasladado hace once meses. «A esta nevera. El frío helador de Vitoria, un horror de ciudad que ni merece formar parte de Euskal Herria, sea lo que sea Euskal Herria, si es que es algo, fuera de la cabeza.» Cumple una condena de cientos de años por diecinueve asesinatos y pertenencia a banda armada. En la práctica, esos siglos se limitan al máximo contemplado en la legislación penal, que son treinta años. Cuando en 2003 sumaba un par de décadas entre rejas, los dos tercios de la pena, pudo solicitar un tercer grado, la excarcelación parcial: «Casi todo el día fuera y la noche dentro». Para que se lo concedieran era preciso, además de buena conducta, requisito que cumplía sin la más leve falta, expresar por escrito firmado, sin ambigüedades, el arrepentimiento por los delitos cometidos, pedir perdón a las víctimas, el rechazo del uso de la violencia y la promesa de no volver a formar parte de ETA. Fue expulsada de la banda en 1983 por indisciplina, poco antes de su detención.

«No lo hice, no pedí nada.» Aunque sí se planteó hacerlo y dudó bastante. A esas alturas de la condena, la privación de libertad la había destrozado física y anímicamente; «el puto *mako* te devora poco a poco, sin parar, por fuera y por dentro». Poder salir de la cárcel, aun con restricciones, era «muy tentador». Y para mayor facilidad y evitación de represalias internas, «por ser una expulsada de ETA, no tengo que pedir permiso ni rendir cuentas a nadie». La banda y su brazo político negaban a los militantes presos solicitar terceros grados y obtener beneficios penitenciarios de ninguna clase a cambio de concesiones o trabajo.

Pero pensó entonces que esa no era la cuestión. «Con ejército o sin él sigo siendo una *gudari*^[2] que tomé las armas por la causa y eso es para siempre, aunque ya no crea en causas ni en nada ni en nadie y me haya convertido en una amargada. Un viaje a ningún lado que ha resultado muy duro, demasiado, mucho más de lo que imaginé.» Intentó alejar esas ideas por la debilidad que entrañaban, sin conseguirlo. «En fin. Es jodido, pero hay que

estar siempre a la altura de las circunstancias.» Así que resolvió, con una fuerza de voluntad forjada en la propia flaqueza, de la que se sintió orgullosa, que «pedir sopitas» sería una vergonzosa claudicación, «y yo todavía soy la Pantera».

Hoy, ese día de mayo de 2010, cuando le faltan menos de tres años para salir libre, ve las cosas más o menos igual que en 2003, salvo por el derrotismo absoluto y la consciencia de que es imposible una vuelta de hoja. No obstante, ahora la diferencia esencial está en que siente que se ha quedado «sin fuerzas y sin orgullo», y que ya no puede más, no lo soporta «ni un día más».

Ese amanecer, tras haber dormido mal, «aún peor que de costumbre», escribe con dificultad, lentitud y titubeos una carta de arrepentimiento para que le concedan el tercer grado. Está informada de que bastantes compañeros de los históricos, de los veteranos como ella, han hecho lo mismo y han declarado que dejan de pertenecer a ETA. Y que otros muchos están a punto de hacerlo. «Porque estamos hasta los cojones de chupar trullo toda la puta vida y porque hemos perdido. Ya lo dijo el cínico de Txomin cuando mandaba: el primero en salir de ETA será un traidor y el último un imbécil. Todo se ha derrumbado. No ha servido para nada; nos han dado bien por el saco. Bueno, a algunos sí que les ha servido, y de la hostia además. A los curillas del PNV sobre todo. Nosotros pegamos los tiros y ellos han manejado el cotarro. Unos sacuden el árbol y otros recogen las nueces, como decía el hijo de la gran puta del jesuita. Nos la han jugado y solo se acuerdan de nosotros a la hora de utilizarnos. Y para colmo tendrán los santos cojones de llamarnos traidores los que nunca se han arriesgado más que dándole al pico. A ver quién se atreve. Y lo de que los presos tienen todavía mucho poder con los de arriba ya no se lo cree ni el más tonto. Aunque es cierto que si nos plantáramos la mayoría, entonces sí que se acabó ETA para siempre. Además, ¿quién cojones son ahora los de arriba?: unos putos críos acojonados y torpes a los que les viene el hierro muy grande y no tienen pero es que ni puta idea de cómo son las cosas y cómo tienen que ser. Aunque tampoco es que los de antes fueran una maravilla. Pakito era un demente y un irresponsable; un acomplejado; un pobre hombre que ponía el hierro en manos de cualquier subnormal y lo mandaba a pegar tiros. Fue él quien decidió echarme de ETA. Me cago en Dios. Qué frenética le ponía a la meapilas de mi madre cuando me cagaba en Dios. El barco se hunde, ya se hundió hace tiempo, y toca el sálvese quien pueda, le duela a quien le duela. Y que se joda si le duele. A mí también me duele. O igual ya no, porque me han dado tanto tiempo por el culo que me importa todo un huevo, incluida yo misma. Lo único que conservo entera es la mala hostia. Y seguramente ni siquiera eso. Todo esto no es nada más que la puta verdad; nada más y nada menos.»

Pero *todo esto* solo lo piensa, no lo plasma en el papel, donde tacha más de lo que escribe; emborriona con mucha tinta cada palabra eliminada para que no se pueda leer. Así acaba de hacerlo con *me arrepiento*, que ha sustituido por *lamento*. Ha dejado en principio como definitiva la frase: «Lamento todo el daño causado y los sufrimientos de tanta gente, de ellos y de los nuestros, porque no ha servido para nada. Hemos perdido la guerra». Al escribir la palabra *guerra* piensa «si de verdad ha sido una guerra; una guerra de liberación contra España y Francia», como le enseñaron a considerarla. «O todo ha sido una mentira. Una mentira ni gorda ni pequeña: una mediana mentira que no merecía tanto sacrificio ni tanta muerte; quizá no merecía nada. Pero ya qué más da lo que fue.»

Acto seguido, cambia de rumbo mental y se plantea lo del perdón a las víctimas. Sin saber que parafrasea al general Narváez en su lecho de muerte, pues desconoce quién fue ni lo ha oído nombrar nunca porque en toda su vida habrá leído menos de un centenar de libros escogidos sin ningún criterio, cavila: «¿Cómo puedo pedir perdón si no queda ni uno? ¿A quién? Me los cargué a todos». Recuerda sin emoción ni pesar, con imágenes tan breves como los fogonazos de su pistola, a la mayoría de hombres que asesinó, incluido el hijo de María Teresa Altamira, «mientras me lo follaba». A todos los que mató a tiros a corta, muy corta distancia y a quemarropa. «La Browning nunca se me encasquilló. Me gustaba disparar, para qué negarlo. Matar de cerca, cara a cara, es un polvo muy fuerte. A ninguno le disparé por la espalda, bueno, menos a un madero que intentaba huir. Todos eran unos cabrones que merecían morir porque eran el enemigo; sin más. Así de sencillo.»

Esta dificultad conceptual añadida de «cómo pedir perdón», que no atina a resolver, le hace distraerse de la redacción de la carta y perder interés por concluirla. Arranca la hoja del bloc de bolsillo, la rompe en pequeños fragmentos con un movimiento de mano idéntico al de su madre cuando trocea cada tarde los pasteles de arroz, los hace bolitas y se los traga uno a uno. Mientras, toma una grave decisión que en realidad ya había tomado hace tiempo sin formulársela en la mente con todas las palabras.

Más que el sabor del papel le desagrada el de la tinta. Le ayuda a poder engullir las bolitas el agua del diminuto lavabo de la celda sobre el que orina a horcajadas desde hace días porque el retrete tiene la bomba averiada y aún no han venido a arreglarla; «sin poder evitar que el grifo se me clave en el culo ni el pis se salga».

Terminado el engullido y asimilada la decisión, se vuelve a sentar en su cama con delgado colchón, de ochenta centímetros de anchura, toma de nuevo el bloc y el bolígrafo y escribe: «*Ama*, por lo menos te perdono. Sé que con

esto voy a destruirte del todo». Debería haber puesto «mamá», que es como la llamaba, así como a su padre, «papá», pero le parece inadecuado, por poco vasco, para dejarlo por escrito.

Piensa en por qué se le ha ocurrido perdonar a su madre, si no la quiere y le resulta indiferente que se muera, intenta creer, pero en el fondo sabe que no es cierto.

«No la he visto en los veintisiete años.» Siempre se negó a comparecer cuando su madre venía al locutorio de cada cárcel, «vez tras vez», hasta que, resignada, dejó de ir. Lo que sí acepta es el paquete de comida que cada mes le envía con religiosa puntualidad. «Será que la perdono porque con el tiempo he dejado de odiarla, supongo.»

Lee lo escrito, frunce el ceño con gesto preocupado o dubitativo, inspira y espira con urgencia, como si no encontrara suficiente aire en el cubículo, «es mi manera de suspirar», tacha a conciencia «sé que con esto voy a destruirte del todo» y deja el breve mensaje sobre el lecho.

«*Ama*, por lo menos te perdono.»

En el comedor, durante el desayuno, la Pantera no habla con nadie, lo cual no resulta extraño, pues en general es huraña y mira a sus compañeras por encima del hombro. La mayoría de las reclusas de Nanclares de la Oca, cuarenta y dos con ella, son hispanoamericanas que cumplen condenas por narcotráfico. La Pantera es allí la única presa de ETA y la única asesina. Salvo por la excepción de la celda individual, no la mantienen aislada de las demás. La tratan con distancia, respeto y cierto temor por lo que ha sido.

No toma del desayuno más que el café con leche. «No tengo hambre. Dicen que nos van a pedir a todos los presos de ETA que nos pongamos en huelga de hambre. Para forzar el acercamiento a las cárceles de Euskadi, la copla de siempre. Yo ya estoy cerca y me daba igual cuando estaba lejos. Ya estaba lejos de todo en cualquier sitio. Seguro que lo de la huelga de hambre lo han decidido la abogadita y la cuadrilla de listos que cortan el bacalao. Se les habrá ocurrido la idea mientras se metían una *jamada* por la cara en el reservado de algún buen restaurante de amigos de la causa. A la abogadita se le ha puesto la jeta como a mí, como un cuero viejo, y eso que carga con algún año menos que yo. Es que dedicarse a la patria envejece mucho, es lo que tiene. Todo por la patria, como dicen los picoletos.

»Qué bien se ven las cosas desde fuera y qué fácil se dan las órdenes; el marrón nos lo comemos los que estamos dentro. Como cuando la gente gritaba por la calle “ETA, mátalos”. Mátalos tú, joder, el que gritas un rato y luego te vas a tomar potes a los bares, a ver si tienes huevos. Huevos para matar y para que te maten a ti o acabes en el trullo para los restos.»

La Pantera mira, sin conseguir evitar hacerlo, la mesa de las colombianas, hasta que su mirada se cruza con la de la Chirli, que la cambia para esquivarla. «Sudaca de mierda. ¿Quién te has creído que eres? Si eres más fea que un mono. Si tuviera tiempo y ganas, te reventaba a hostia limpia y te pisaba el coño hasta dejarte seca.» Pero esa amenaza de sequedad de coño se convierte en todo lo contrario en el suyo. «Todavía se me pone bien mojado; como un caracol, me decía el aldeano simplón que era Mailu.»

Imagina que en vez de pisotearle el coño se lo acaricia con el pie y que después lo coloca más arriba y enreda los dedos en el pubis ensortijado y sin depilar, como el de ella. La mira de nuevo con desvergüenza y se excita hasta el punto de que emite en la mesa, «qué cachonda me he puesto», sin que nadie se dé cuenta, un breve resoplido con la boca abandonada y entreabierta, como se le queda a María Teresa Altamira cuando se le cae la baba en plena ausencia mental.

Es cierto que la Pantera considera a la Chirli fea, pero le resulta de un atractivo sexual irresistible sin que sepa el porqué, «más allá de que tenga muy buen cuerpo y sepa moverlo». Quizá esté relacionado con la morbosa cicatriz junto a la boca, larga y cárdena, que su chulo le hizo al darle un guantazo con el dorso de la mano. Le rasgó la cara con un marcaputas de oro macizo que lucía en el dedo meñique y tenía forma de cabeza de rinoceronte, el mismo animal del tatuaje de la colombiana en un omóplato. Un rinoceronte era el símbolo con que el proxeneta marcaba a sus putas. Unos meses después trincaron a la Chirli en el aeropuerto de Barajas con el recto lleno de pelotas de cocaína.

«Se ha atrevido a despreciarme, la muy hija de puta. A mí.» La excitación se le corta en seco y deja de mirarla.

Ayer, la Pantera intentó intimar con la Chirli en los servicios del patio. La colombiana no solo la rechazó, sino que osó decirle «con mucha guasa y ese acento de huevona»:

—No me lo *tomés* a mal. Todavía no me lo tengo que hacer con viejitas. Usted me comprende y me disculpa.

El desprecio, la burla y la falta de miedo y respeto que le demostró la Chirli enardecieron el deseo de la Pantera, pero sobre todo aumentaron su frustración, que se transformó pronto en una tristeza aguda y dolorosa. No era la primera vez que la rechazaban en estos últimos años, «pero sí la última. Nunca me ha llenado follar con mujeres, fue porque no había nada más. A mí siempre me han gustado los tíos. Y yo a ellos. Con locura. Y en mi forma de ser y de hacer las cosas y de entender el sexo soy como un tío. Eso me decían».

Durante su largo encarcelamiento se las ingenió para paliar su sed de hombres. «No está mal, dadas las circunstancias. Me tiré a cuatro pichabravas: un médico, dos funcionarios y un cura. El médico era un psiquiatra que dijo que yo era la psicópata perfecta. Eso no le quitó las ganas que tenía de follarme, al muy hipócrita.»

Pero de todo eso hace mucho tiempo. «Ahora me cortarían un dedo a cambio de pasarle la lengua por todo el cuerpo en bolas a esa asquerosa calientapollas, o calientacoños.» Se ríe ella sola, tan poco que parece una mueca en vez de una sonrisa.

Durante la llegada de la menopausia, la Pantera perdió por completo el gran apetito y capacidad de disfrute sexual que la había acompañado y tantas veces guiado desde la pubertad. «Aquello sí que fue tener el coño seco.» Al completarse el proceso, hace poco, ha recuperado las ganas y el deseo, incluso con creces, pero no se ha librado de la sorda depresión que la invadió por entonces, hace unos cuatro años, que persiste hasta hoy y que se ha incrementado hasta un punto crítico de no retorno por el desaire de la Chirli; «la gota que me ha colmado el vaso».

A sus cincuenta y tres años, la Pantera conserva todavía el cuerpo elástico y atlético que unido a su estatura le confiere un porte espectacular. «Yo, que he puesto como perros salidos a todos los hombres que me ha dado la gana. Yo, que repetía el chiste, y casi no era exageración, de que no sabía cómo era una picha floja porque nunca había visto una. Esto es lo más jodido: haber ido a menos.» Porque el problema es que su hermoso rostro de morena de finos rasgos y pómulos altos y marcados ha envejecido mucho en esta última década, demasiado para su edad. Las patas de gallo, los surcos cruzados de la frente y las arrugas sobre el labio superior son como de sexagenaria avanzada. Sus grandes ojos conservan el intenso color verde esmeralda, pero no el brillo de la mirada, que se ha extinguido por completo. «El precio físico de tanta cárcel. No quiero salir de aquí hecha una vieja. Qué gracia. Ya soy una vieja. No queda ninguna otra salida.»

Tras el desayuno, la Pantera va a su quehacer cotidiano, cuidar a los perros del presidio. En Nanclares de la Oca mantienen una perrera para animales perdidos o abandonados por acuerdo con una asociación que se ocupa de recogerlos. Hay jaulas para unos cuarenta, «tantos perros como presas». Los dejan vivir un par de meses desde su llegada y si nadie los reclama o los escoge, son sacrificados por un veterinario para dejar sitio a los nuevos.

A la Pantera siempre le han gustado los perros.

«Por un puto perro, por no atropellarlo, se jodió lo que podía haber ido

bien y ahora todo sería distinto; o no, y ya estábamos condenados de antemano tanto él como yo, cada uno por su lado, hasta que se cruzaron nuestros caminos sin rumbo, en mala hora, o en buena. Porque aquellas pocas horas con Luis fueron seguramente lo mejor que me ha pasado en mi cochina vida.

»De pequeña quise tener perro y no me dejaron. Se lo pedí a mi padre muchas veces, pero decía que no quería bichos en casa. Ya había suficiente bicho con él.»

Al poco de ser trasladada a Nanclares, ella pidió encargarse de cuidar la perrera. Cada mañana asema las jaulas y da de comer a los animales. «Sin encariñarme con ninguno. Me llevaría aún más disgusto cuando les toca morir.»

Ese día, tras realizar la rutinaria labor, sale a la puerta de la perrera, fuma un cigarrillo y mira el cielo despejado. «Qué azul tan intenso y tan terrible.» Luce el sol, pero todavía es temprano y la mañana permanece fría. Un escalofrío, que no se debe a la baja temperatura, le sacude el cuerpo y le endurece los grandes pezones que tanto placer le han dado a lo largo de la vida. Apura el cigarrillo hasta el filtro, vuelve a la perrera y escoge de entre las correas colgadas una que parece resistente. «Esta aguantará.» Ha elegido una larga cadena con una ancha tira de cuero cerrada para agarrarla. Pasa la cadena por el interior del agarradero para formar un lazo constrictor que prueba en el antebrazo y después se pone al cuello.

«Lo cierto, porque no quiero morir engañándome, es que entré en ETA nada más que por hacerme la importante y llevar la contraria, sobre todo a mi madre; para ser considerada alguien especial que da miedo y resulta atractiva al mismo tiempo. Siempre me gustaron en las películas los personajes de las malas con rollo difícil, de las asesinas guapas. Qué cría más tonta era. He tirado mi vida a la mierda.»

Coge un cubo metálico, le da la vuelta y lo coloca debajo de un punto del techo de la perrera que tiene un gancho de hierro como dispuesto ex profeso para facilitar su propósito. Los perros huelen el miedo de la Pantera y ladran nerviosos.

—¡Menos escándalo, putos perros! Que esto no es para tanto. Y no os preocupéis, ya aparecerá otra idiota que os cuide.

Se sube al cubo y engancha con una doble vuelta el extremo de la cadena en la punta curvada del hierro. «Tiene forma de interrogación. ¿Esa tontería se me ocurre en este momento? Mejor pensar en eso en vez de en que me han vencido. Pero por lo menos yo marco el punto final.» Hace tambalearse el cubo. «Venga, atrévete ya. Ten cojones.» En el instante de derribarlo con los

pies ve con nitidez la morbosa cicatriz de la Chirli, tangente a su sensual boca. Ya se ha colgado. «Ya está.» Los eslabones de la cadena se le hunden en la carne del cuello. «Duele mucho.» Se obliga a mantener los brazos paralelos al cuerpo, con los dedos de las manos tensos, estirados, pero no puede evitar un pataleo sincopado. «Aguanta. Siempre a la altura de las circunstancias.» Cuando está a punto de llevarse las manos al cuello para mitigar el insoportable ahorcamiento, «no lo aguanto», comienza la asfixia. La falta de oxígeno en el cerebro le produce una vertiginosa excitación sexual y le disipa el pánico. «Me corro. Me muero.» Justo antes de la definitiva negrura, entre veloces y surrealistas imágenes eróticas, ve a Luis Enciso desnudo y erecto. «Luis, Luis. Mi chico, mi hombre.» Siente con un realismo asombroso la enorme polla de Luis Enciso eyaculando en su boca, «mi hombre desde chico», y oye su bramido de macho al correrse. «Mi amor.» Y nada más.

Margarita Mendieta no tiene teléfono móvil y no recibe la noticia del suicidio de su hija hasta que, después de haber dejado a María Teresa Altamira en la residencia, vuelve al anochecer a su vetusto piso de la calle Carnicería Vieja. En efecto, la llamada telefónica que por fin la encuentra la destruye del todo.

(1996)

Margarita Mendieta caminaba por el Campo Volantín, un paseo paralelo a la ría. Solía hacerlo algunas veces cuando su marido vivía. Iba a esperarle a la salida del cuartel de La Salve, situado al final del paseo, donde servía con el grado de capitán de la Guardia Civil. Después volvían juntos a casa por el mismo camino.

Margarita perdió a su esposo en 1976. Ese día de 1996 se cumplía el veinte aniversario del asesinato de Leonardo. A modo de homenaje o de rito de recuerdo, Margarita decidió dar ese mismo paseo hasta La Salve.

Aunque la viuda había renovado la permanencia de los restos de su marido en el nicho del camposanto de Derio, allí iba muy poco. No le gustaban los cementerios y, además, al poco tiempo del asesinato de su marido, los amigos de los asesinos profanaron el nicho con una pintada insultante que celebraba la muerte y que ella misma tuvo que borrar con dificultad. No quería comprobar si esa afrenta se había repetido.

Hizo el paseo sola, a la ida y a la vuelta.

No había vuelto a mantener relaciones de ningún tipo con otro hombre. Tenía ya sesenta años.

Margarita pensó que veinte años era ya mucho tiempo. Cada vez conservaba menos recuerdos de su marido. Sí permanecía vívido el que Leonardo tenía muy mal carácter, la mano demasiado larga con ella y que le daban unos prontos tremendos. De lo que menos se acordaba era de la vida matrimonial; de lo íntimo. Pero le quiso. Era su gallardo capitán. La dejó viuda a los cuarenta. Le pareció demasiado joven para serlo y demasiado mayor para rehacer su vida.

Leonardo Pérez Aguado fue asesinado por ETA. A todo el círculo familiar y social de la pareja truncada le pareció una siniestra paradoja, que solo podía llevar a cabo una desnaturalizada con los sentimientos desviados o inexistentes, el que Margarita Pérez Mendieta, la hija de ambos, que contaba en 1976 diecinueve años, ingresara en ETA justo después de que la banda acabara con la vida de su padre mediante una bomba adosada a los bajos del coche.

Margarita habló sola y en voz baja mientras avanzaba por el paseo. El cuartel de la Guardia Civil quedaba ya cerca. Había comenzado a hablar sola hacía unos cuantos años. Solía hacerlo en casa y raras veces en la calle.

—Me podían haber matado también a mí, con él. Habría sido lo mejor, que Dios me perdone. Ojos que no ven. Pero entonces no habría podido hacer

lo que después la conciencia y Dios me dijeron que tenía que hacer y que tantas pesadillas y remordimientos me ha costado y me cuesta todavía. Además, tampoco quería morir de un modo tan horrible. No sirvo para mártir. Pobre Leonardo.

La bomba lapa no funcionó correctamente. En vez de explotar, deflagró e incendió el coche. El capitán Pérez Aguado, envuelto en llamas, no acertó con la manilla de la puerta del Renault 12 y se quemó vivo en su interior. Un testigo declaró que los aullidos de dolor de la víctima fueron prolongados y espantosos.

A la única persona a quien apenas extrañó la decisión de la hija de ingresar en ETA fue a su madre.

—Desde pequeña supe cómo iba a salir: torcida como un sarmiento. Era una niña violenta, soberbia y desobediente que siempre estaba enfadada conmigo, igual que su padre.

Margarita llegó a las inmediaciones del cuartel. Cuando iba a esperar a Leonardo aguardaba allí a que saliera, sin acercarse a la puerta. Sabía que a su marido no le gustaba que la vieran sus hombres porque se avergonzaba de no tener una mujer guapa. Miró el cuartel a esa distancia un momento, sin especial emoción ni nostalgia, antes de iniciar el regreso a casa.

(1981)

El 24 de febrero por la mañana, desbaratado ya el golpe de Estado, poco antes de que el teniente coronel Tejero se rindiera, algunos de sus guardias civiles huyeron del Congreso bajando a la calle por las ventanas de la oficina de prensa. Entre esos guardias civiles estaba Luis Enciso Expósito, el hombre que ocupará el último pensamiento lúbrico de la Pantera antes de morir.

Enciso no entendió del todo en qué había participado, ni siquiera después de los hechos. No hizo preguntas cuando su teniente en la casa cuartel de San José de Valderas, situada en la carretera de Extremadura, lo seleccionó junto a otros números y le ordenó vestir el uniforme de campaña e ir armado de subfusil y pistola. Sí le sorprendió que les repartieran mucha munición, cinco cargadores por cabeza para el arma larga, pero no que el autobús que los llevó a Madrid se detuviera junto al Congreso de los Diputados, donde se juntaron con los demás guardias civiles escogidos para el golpe hasta sumar los cuatrocientos cuarenta y cinco que entraron en formación con el teniente coronel al frente.

Enciso abandonó por la mañana su puesto de guardia en una de las puertas del hemiciclo porque lo hizo su compañero más próximo, al que siguió por inercia. Le extrañó que tras salir por la ventana lo desarmaran y detuvieran los policías nacionales que primero le ayudaron a descender a la calle.

Luis Enciso cumplía siempre las órdenes de sus superiores, cualquier orden, sin rechistar y sin cuestionársela. Si en vez de pegar unos tiros al techo le hubieran mandado disparar contra los diputados, los habría matado sin inmutarse. Por la misma simpleza primitiva, podía también desobedecer sin motivo ni explicación. Su única constante de carácter se hallaba en ser un duro forjado en la calle y en el reformatorio; un perro apaleado desde niño, de absoluta amoralidad, que se libró de ser carne de presidio solo porque consiguió entrar, recomendado, en la Guardia Civil. El blindaje de esa dureza solo sufrió una fisura de debilidad, en 1983, y la causa fue la Pantera.

(1976)

La mañana que murió quemado vivo en su Renault 12, el capitán Leonardo Pérez Aguado ofreció a su hija llevarla en el coche y ella aceptó. El capitán estuvo a punto de no ir a trabajar ese día porque se había levantado de la cama con un lumbago bastante fuerte, pero tenía asuntos pendientes en el cuartel de La Salve que no debían demorarse. Tomó dos aspirinas tras el desayuno y decidió ir. Si la molestia no se le pasaba, volvería a casa antes de la hora.

Margarita hija, que contaba diecinueve años, iba a salir de casa al mismo tiempo que su padre.

—¿Adónde vas, hija?

—A trabajar. ¿Ya no te acuerdas? Empiezo hoy.

—Claro. Es verdad.

Marga, como le gustaba que la llamaran desde niña sin que sus padres le hiciesen caso, no había querido seguir estudiando después de terminar el colegio. Acababa de encontrar trabajo de camarera en una cafetería de la avenida del Ejército, la calle principal del barrio de Deusto, cercana al cuartel de La Salve.

—Déjame que te lleve, me pilla casi de camino. Me hace ilusión llevarte tu primer día de trabajo.

—Bueno, si te empeñas —accedió Marga con la displicencia habitual con que hablaba a su padre.

Padre e hija salieron juntos de casa. Recorrieron la calle Carnicería Vieja en dirección a la ría y la cruzaron por el puente peatonal de hierro. El capitán Pérez Aguado estacionaba el coche en una plaza alquilada a muy bajo precio de un garaje del muelle de Marzana. El dueño del garaje debía un favor al guardia civil por haber liberado a su hijo, que fue detenido en una de las manifestaciones por los obreros muertos en Vitoria, a tiros de la policía, y lo pagaba de ese modo.

Por el corto camino, Leonardo sometió a su hija a un interrogatorio sobre diversas cuestiones de su vida y amistades. La chica contestó a las preguntas con poco más que monosílabos y cara de desagrado. Leonardo se enfadó por su actitud y laconismo. Tanto al padre como a la hija se les agotaba la paciencia muy pronto y dejaban aflorar su mal carácter a la primera de cambio.

—Hay que sacarte las palabras con sacacorchos. ¿Tanto te molesta que te pregunte por tus cosas?

—Sí, un montón. ¿Por qué no me dejas en paz de una vez?

Esta pregunta retórica marcó el comienzo de una agria discusión. Marga la concluyó con brusquedad a la entrada del garaje.

—Eres insoportable —rara vez le llamaba papá—. Prefiero ir en autobús.

Cuando ya se alejaba de él, Leonardo alzó la voz.

—¡Margarita! ¡Ven aquí ahora mismo!

—No me da la gana —dijo sin darse la vuelta.

—¡Es una orden!

Esta vez la hija sí se volvió, un instante, para decirle con sonrisa burlona y un remedo de saludo militar:

—A sus órdenes, mi capitán. *Agur*. —Y siguió su camino.

La despedida en vascuence acabó de sacar al capitán de sus casillas. Llamó todavía un par de veces a su hija, sin resultado. Con impotencia y bufando, entró en el garaje a grandes zancadas. El lumbago se le agudizó por la tensión de la mala leche.

Cada día, Leonardo Pérez Aguado se arrodillaba en el suelo sobre un periódico para inspeccionar los bajos del coche y comprobar que no le habían colocado un artefacto. También miraba el interior del vehículo antes de abrir la puerta. Esa mañana, por culpa del lumbago, se limitó a la segunda medida de precaución. Intentó también la primera, pero no fue capaz. Puso una rodilla en tierra con la espalda recta, pero al intentar doblar la cintura el dolor le resultó insoportable.

Esa mañana, después de preparar el desayuno a su marido, Margarita volvió a la cama a dormir un rato más y no supo que padre e hija se habían ido juntos. Marga nunca contó a su madre lo cerca que estuvo de morir con su padre en el atentado. O de salvarlo. Pues también pensó que si hubiera entrado en el garaje, él le habría pedido que mirara debajo del coche en su lugar; sabía lo del lumbago. Marga se preguntó qué habría hecho si hubiera descubierto ella la bomba: ¿se lo habría dicho?, ¿o no y se habría ido con rapidez y una disculpa improvisada? No supo qué responderse; tampoco se lo volvió a cuestionar una segunda vez. Un año después entró en ETA militar.

(2010)

El mismo día de mayo, poco después de que Margarita Mendieta reciba la noticia de que su hija se ha ahorcado en la perrera de Nanclares de la Oca y ya de noche, Amaia Zaldúa Erreka regresa a su solitario caserío, que fue construido en la cima de una loma del barrio rural de Boroa, perteneciente al municipio de Amorebieta, en Vizcaya.

Amaia, al igual que Margarita, rebasa los setenta años, pero se conserva ágil. Es una aldeana alta y huesuda, casi escuálida, cuya larga nariz destaca en un rostro demacrado de boca grande con labios finos siempre fruncidos en un gesto de mal humor y unos ojos entre grises y azules de mirada dura. La expresión de la cara transmite una mezcla de hosquedad y desconfianza, de odio denso reconcentrado a lo largo de muchos años. Ese odio, el sufrimiento por la patria a la que se niega su derecho a la independencia y la pérdida de un hijo, han conseguido que su rostro esté surcado por una profusión extraordinaria de arrugas, como le sucedía a la Pantera y le sucede a la abogada del brazo político de ETA.

«De joven, más de uno de por aquí se pensaba que yo era guapa y no me dejaba ni a sol ni a sombra. También él, de otro modo, sin necesidad de palabras. Y me fui a quedar con el peor; así es la vida de aperreada. Eso me pasó por no haber salido de casa.» Amaia siempre ha vivido en Amorebieta. Lo más lejos que llegó fue a Madrid, cuando el viaje de novios. La gran ciudad la aturdió.

El autobús de línea la deja en la carretera y tiene que subir el sendero en cuesta que lleva a su caserío. Ascende el camino a oscuras con rapidez y la cabeza baja, mirando al suelo para no tropezarse con alguna piedra saliente o suelta. «Los castrones del ayuntamiento me prometieron ya no sé ni cuándo otra farola para alumbrar el camino. Me parece que como no ponga yo algo, ya puedo esperar sentada. Mejor mirar bien dónde pongo los pies, que a esta edad si te caes te rompes un hueso, por lo menos, y ya no se arregla. Ya nada tiene arreglo; solo a peor. Mañana les traigo de comer a los gatos sin casa de por aquí. Las salchichas esas que compro a cincuenta céntimos el paquete que les gustan tanto. Ahora no se ve ni uno.»

Amaia piensa siempre en euskera vizcaíno, su lengua materna, incluso cuando habla en castellano sin tiempos verbales subjuntivos, al igual que muchos euskaldunes. Con su marido solo se comunica en su idioma, salvo cuando lo insulta con palabras gruesas y le falta léxico, entonces recurre al castellano, idioma que aborrece, como todo lo español, «y porque sirve tan bien para insultar por tener mucho para elegir. Obligatorio tenía que ser hablar euskera para poder vivir en Euskal Herria. Qué menos. También para los que

vienen de fuera, que ahora son un montón y muchos negros y moros, esos son todavía peores que los andaluces y todos aquellos que vinieron entonces. A chupar del bote de lo nuestro. Entonces y ahora».

Amaia Zaldúa viene de Bilbao, de la concentración semanal de Senideak, la organización de familiares de presos de ETA. Aunque su hijo desapareció hace veintisiete años, Amaia Zaldúa no falta a ningún acto ni manifestación convocado por los suyos: Senideak, Etxerat, sucesora de las ilegalizadas gestoras proamnistía, y la también ilegalizada Batasuna. En ese momento hay en las cárceles españolas y francesas unos ochocientos presos pertenecientes a ETA, la gran mayoría en España.

«Malos tiempos corren para los nuestros, hay que reconocer lo que hay que reconocer. Los perros muerden más que nunca y se llevan para adentro a todo el que les parece, da igual si ha hecho algo o no. Se inventan lo que quieren. Y torturan como siempre, como seguramente le hicieron a mi pobre hijo.

»Ahora resulta que todos somos de ETA. Pero como hay Dios, me creo con todas las de la ley que los chicos, los *gudaris*, volverán a ponerse fuertes y a hacerse respetar como antes, y a hacerles pagar muy caro todas las humillaciones y todo el daño a nuestro pueblo. Han dicho que paran la lucha y que hacen tregua solo para volver a ser más y armarse bien y descansar. Seguro. Son zorros. Y muy pronto a dar caña otra vez a base de bien. Que aquí, si no es con el palo en alto y metiendo miedo y buenos escarmientos, te pisan y te aplastan.»

El hijo de Amaia, Joseba Zubia Zaldúa, alias *Mailu*^[3] y *ZZ*, fue jefe del comando Donosti de ETA militar entre 1979 y 1983. Lo de *ZZ* como apodo tomado de las iniciales de sus apellidos se le ocurrió a un conmitón por un insecticida que se llamaba *ZZ*, cuya publicidad decía que «los mata bien muertos». El sobrenombre era adecuado. Se le atribuyeron siete asesinatos cometidos con armas cortas, la mayoría por tiros en la nuca, y diez con bombas. De estos últimos, dos víctimas fueron niños que vivían en una casa cuartel de la Guardia Civil en Irún. Aunque no lo expresó, Joseba Zubia lo lamentó y estuvo afectado por ello un tiempo.

El bautismo de sangre de Mailu fue el capitán Pérez Aguado. Tras la preparación militar en Argelia, Mailu fue integrado a principios de 1976 en el *talde*^[4] que después comandó. Colocó bajo el coche la bomba que abrasó vivo al padre de la Pantera.

Mailu, el nombre de guerra que prefería, nunca llegó a ser un preso. Fue secuestrado en 1983 por el GAL, «los de la guerra sucia», torturado y hecho desaparecer. No se encontró su cuerpo. «¿Qué te hicieron y dónde estarás,

hijo?»

El general de la Guardia Civil Ramírez Goliardo, jefe del cuartel de Intxaurre, el gobernador civil de Guipúzcoa, José Ángel Elorriaga, y el subcomisario de la policía nacional Julio Arnedo, que fueron procesados y condenados por el caso Zubia en 1990, siempre negaron saber el paradero del etarra, encomienda que el entonces coronel Goliardo reconoció haber encargado a dos de sus hombres, cuya identidad no quiso revelar, para que la llevaran a cabo a su albedrío y sin dar explicaciones posteriores.

Amaia Zaldúa llega a lo alto de la loma, donde apenas distingue la masa del caserío de doble planta donde vive con Patxi Zubia, su apagado marido, a quien no ha querido nunca y desprecia. «Aquí todavía se ve menos. Este *ganorabako*^[5] se ha dejado la luz de fuera sin encender. No sé si está más atontado ahora que no bebe que antes cuando era un borracho.»

Pero al aproximarse a la casa la mujer tiene un palpito lúgubre, parecido en lo esencial, aunque más difuso e inconcreto, al de aquel amanecer del invierno de 1983 en que su instinto de madre le reveló sin tener noticias, con una intuición certera, que a su hijo lo habían matado por la noche. Ahora es algo más impreciso, pero también es un olfateo de muerte. «Ha pasado algo raro y nada bueno ha sido. No sé por qué, pero lo sé.»

El cielo nocturno está despejado y la luna en cuarto menguante ilumina lo suficiente para distinguir el pilón de cemento donde daban de beber a las vacas cuando las tenían, distante del caserío unos diez metros. Los pasos de Amaia, guiados por el presentimiento, se dirigen derechos hacia el pilón.

La concentración de familiares de presos de ETA de esa tarde había sido en el punto de cita de costumbre, la plaza frente al teatro Arriaga, lugar de paso de mucha gente. Eran cerca de cincuenta hombres y mujeres, todos bien entrados en la madurez e incluso en la ancianidad, como Amaia. «Aquí quien más y quien menos somos todos del frente de juventudes. Hay chicos que llevan mucho *mako* encima y padres con muchos años de sufrimiento por ellos. Que parece que víctimas solo son los del otro bando, los que se quejan a todas horas y lloran a base de bien. Que no jodan la marrana de lo nuestro y no morirán más. De todos modos, ya me cambiaba yo por cualquiera de estos que están aquí conmigo con los carteles. Sin libertad, es verdad, pero los tienen vivos a los hijos.»

Hace unos años, Amaia oyó en Euskadi Irratia, emisora pública en euskera, la única que escuchaba, un debate en el que participaba el padre de un preso de ETA y el padre de un policía municipal de San Sebastián al que asesinó la banda porque lo acusó de ser traficante de drogas y chivato de la Guardia Civil; fue el bautismo de sangre de la Pantera. El padre del etarra se

quejaba del dinero y del tiempo que le costaba ir a ver a su hijo, preso, «prisionero», decía él, en la cárcel de Botafuegos, en la muy lejana Algeciras. El padre del policía dijo que a él le costaba muy poco ir a visitar a su hijo: un cuarto de hora y el precio del tique del autobús municipal que lo llevaba al cementerio donostiarra de Polloe. A Amaia le pareció una salida de «malasombra» y muy fuera de lugar.

Los padres de los presos se colocan siempre en hilera, de cara a los viandantes, y apenas suelen hablar entre ellos. «Ya está todo dicho.» Cada uno lleva colgado del cuello un cartelón con la fotografía y el nombre de su hijo o lemas que demandan el acercamiento a prisiones de Euskadi o la amnistía. La mayor parte de los peatones simula que los ignora y procura pasar a cierta distancia de los manifestantes. Amaia lleva la foto de un preso sin familiares al que fue a visitar una vez, al penal cántabro de El Dueso, por encargo de Etxerat. No le han pedido que vuelva.

Etxerat, la organización que los moviliza, tiene fama de manipular a estos padres, explotando sus sentimientos con el fin de rentabilizar al máximo su entrega a la movilización por los presos. «Pues ¿no se me ha puesto al lado el *españolazo* este de Iturri? Aquí está por su hijo, como los demás, eso desde luego no se lo puede quitar nadie, pero me ha dicho un pajarito que es del PP, el muy facha. Me cambio de sitio y que me note a las claras que es por él.»

Amaia se acerca al pilón. Sus pasos se tornan inseguros, impropios de ella. Al lado del gris cemento que la luz de la luna torna en lechoso, sobre una piedra plana engastada en la hierba, hay un par de objetos iguales que al acortar la distancia distingue que son dos botellas de vidrio oscuro; también ve que el pilón en desuso está lleno de agua y que hay algo voluminoso dentro.

Pero esa tarde los padres de presos hablaban entre ellos más que de costumbre porque comentaban la noticia, que habían difundido los medios de comunicación desde el mediodía, del suicidio de Margarita Pérez Mendieta, la Pantera. «Son cárceles de exterminio. Suicidarse ahí dentro es igual que fusilarte en el paredón.»

Mailu tuvo a sus órdenes en el comando Donosti a la Pantera. Fue su amante durante cierto tiempo, sin que pesara para ello que Mailu le confesara que fue él quien mató a su padre. También fue Mailu quien, en 1983, transmitió a la Pantera que había sido expulsada de la organización por indisciplina continuada que ponía en peligro la seguridad del comando.

Cuando Amaia supo años después que su hijo y la Pantera estuvieron en el mismo comando, temió la posibilidad de que hubiera habido una relación entre ellos. «Bien sé yo el porqué, y no sería por poca cosa, sino por algo que

habría sido muy feo y muy prohibido. Nadie más que yo sabe ni sabrá por qué. Me llevaré eso conmigo a la tumba. Los secretos de verdad no se cuentan jamás. A nadie. Es parecido a que no ha pasado lo que se guarda bien con llave y no se abre nunca.»

Casi al final de la concentración, al anochecer, Amaia vio pasar por la otra acera, camino de casa, a Margarita Mendieta, a la que conoce y detesta desde hace mucho. «Mira qué casualidad. La viudita. Siempre fue una birria de mujer. Nunca entendí qué le vio él. Ahora, la que hace como que no nos ve es ella, la mona pintarrajeada. Esa sí que es una renegada y una traidora. Pero ya sabrá lo de la hija y bastante le ha caído encima. Tampoco me gustó nunca la hija, y no solo por mi hijo; era una guarra y una loca, pero era de los nuestros. En el fondo, aunque la madre se lo merezca, pobre mujer. Es lo peor que te puede pasar: vivir más que un hijo.»

Amaia Zaldúa vio por primera vez a Margarita Mendieta en 1976, cuando el funeral por su marido, el capitán Leonardo Pérez Aguado. «No había vuelto a saber nada de él. Fue una sorpresa muy mala. Ya me lo había temido muchas veces.» Amaia la observó despreciativamente mientras Margarita entraba en la iglesia detrás del féretro portado por guardias civiles. Ambas mujeres tenían cuarenta años. El funeral, lleno de tensión e incidentes, fue en Bilbao.

El motivo por el que Amaia estaba allí, a escondidas y temerosa de que alguien conocido la viera en el funeral de un enemigo, tenía su origen en el secreto que se llevará con ella a la tumba. «Acepté que lo habían matado nuestros *gudaris*, así es la guerra y era un capitán del enemigo, pero no pude evitar el dolor y el remover hasta el fondo los recuerdos.»

Amaia no supo con certeza que su hijo fue el asesino de Pérez Aguado, aunque lo sospechara, sin permitirse nunca llegar más allá de la sospecha. «Dijeron que la *ekintza*^[6] contra el capitán la hizo el comando Donosti, el *talde* de Joseba. Igual dijeron por decir. Además, entonces no mandaba él todavía. No pudo ser mi hijo. Y si me engaño, en eso debo engañarme.»

Ya al pie del pilón, Amaia ve que las dos botellas para vino tinto están vacías y manchadas de tierra. Lo primero que reconoce es la *txapela*, que emerge del agua como si fuera un islote negro. Y el culo gordo de su marido, que también asoma. El grifo que ha servido para llenar de agua el pilón gotea. Patxi Zubia está boca abajo, con el corpachón empotrado en el bebedero. Se ha ahogado en poco más de tres palmos de agua y con la boina puesta. Amaia se lleva ambas manos a la boca y sofoca un sollozo sin lágrimas. «Calma. Calmada, que ya nada se puede hacer. No creía que tenía valor como para esto. Me tiemblan las manos. Era un cobarde y un flojo para las cosas de la vida. Y de matarse, ¿por qué se ha matado ahora y no antes? O después.

Cualquiera sabe lo que se le pasaba por esa cabeza tan difícil y tan cerrada de guardárselo todo hasta pudrir. Siempre callado y triste. Un triste. Menos cuando estaba muy borracho y hacía el tonto. Después de lo de Joseba también cuando iba cocido estaba triste. No nos conocimos a fondo; no mucho. Yo creo que ninguno de los dos quiso. Habrá que llamar a la hija para que se encargue de lo que se tenga que encargar. Pero dentro de un rato. Primero tengo que hacerme a la idea y quiero quitarme los zapatos.»

Amaia no toca nada. Se aleja del pilón y entra en el caserío, cuya puerta está entreabierta. «Podía haber dejado cerrada la puerta. Así que tenía por ahí vino escondido. Un borracho es siempre un borracho, hasta la muerte. ¿Voy a echarle de menos? Al fin y al cabo, a pesar de los pesares y del engaño, ha sido toda la vida aquí juntos.»

Amaia sube al dormitorio para quitarse los zapatos. Procura no mirar la cama donde ha dormido durante más de medio siglo con el hombre que yace en el pilón con los pulmones llenos de agua. «Las bodas de oro no las celebramos; para qué.» Se calza las zapatillas y baja a la cocina. Se encuentra allí con un pequeño desaguisado. Una sartén demasiado llena de aceite está colocada sobre los quemadores de gas, con numerosas salpicaduras de grasa. «No se ha molestado ni en sacar la espumadera de la sartén.» En la mesa hay un plato y cubiertos sucios, un trozo sobrante de una barra de pan, migas esparcidas y otra botella de vino vacía con pegotes de barro seco. «La última merienda. Tripero hasta el final. Y se puso tibio de vino antes de ahogarse en agua. De haber tenido de sobra, seguro que habría llenado la pila de vino.» Y en el suelo de la cocina ve las cáscaras de cuatro huevos, los bordes de tres gruesas lonchas de tocino y las mondas de dos patatas. «Todo sucio adrede y tirado al suelo. A mala leche. Su manera de pobre hombre de venganza. De despedida, como escupirme, pero a distancia, sin llevarse uno de mis bufidos. No se atrevía ni a levantarme la voz. *Gizajo*[\[7\]](#).»

Antes de hacer cualquier otra cosa, Amaia Zaldúa recoge la basura del suelo, friega los cacharros y limpia todo a conciencia. Después, saca del frigorífico una bolsa con un kilo de guisantes frescos. Se sienta a la mesa, enciende el pequeño televisor que está sobre la encimera y lo deja en el canal que ha salido, donde emiten *El intermedio*, un programa satírico conducido por el veterano humorista Gran Wyoming. Antes, Amaia solo veía ETB-1, el canal en euskera de la televisión pública vasca. Pero desde que los socialistas gobiernan Euskadi ha dejado de ver el canal en euskera y de oír Radio Euskadi porque los considera invadidos por unos usurpadores. «Se juntaron todos los españolistas. Si no, de qué. Un pucherazo de esos canallas. Los mismos de la guerra sucia.» Ahora le sirve cualquier canal, y más en el estado de choque y estupefacción en que se halla. Mientras mira la pantalla sin

percibir lo que ve, se pone a desgranar los guisantes de las vainas. «Tengo que llamar a la hija y decirle. No puedo esperar más. Ahora, enseguida.»

En el programa del Gran Wyoming han realizado un montaje audiovisual con imágenes del más reciente comunicado de ETA, en el cual la banda anunció una nueva tregua que la mayoría de ciudadanos y de la clase política ha interpretado, al igual que Amaia, como una trampa estratégica para ganar tiempo y recuperarse de su grave debilitamiento.

En el plano general se ve a los tres portavoces de ETA sentados en hilera tras una mesa, flanqueados por una ikurriña, la bandera de Navarra y otra con el *arrano beltza*, un águila negra utilizada como simbología *abertzale* que era la bandera del rey de Navarra Sancho *el Fuerte*, en el siglo XIII. Los etarras llevan capuchas blancas, *txapelas* y unas chaquetas sin solapas, *kaikus*, también negras, abotonadas hasta el cuello. Levantan los tres al unísono el puño izquierdo, momento que por manipulación del vídeo repiten una y otra vez al ritmo de una efectista balada *heavy metal* de Iron Maiden, componiendo una coreografía grotesca y graciosa.

«Es tontería intentar llorar porque nunca me ha salido. Ni cuando lo de Joseba, así que mucho menos voy a poder llorar por este. Solo solté lágrimas cuando el *Lagun*^[8] se escapó detrás de aquella perra encelada y cruzó la carretera y me lo atropellaron. A escondidas, porque no podía ser llorar por un perro y no por mi hijo. Pero las cosas son como son. Hijos no iba a tener más, así que perros tampoco.

»Borracho de mierda, me has dejado sola. Te hice la vida imposible, pero porque te lo merecías por ser un débil que nunca has servido para nada. Los guisantes son más fáciles de pelar que las habas. Tanto tiempo a remojo en el pilón se habrá quedado todo arrugado. Que no se me olvide poner los garbanzos a remojo, para mañana, con el bacalao que sobró, que le gustan mucho a ese borracho.»

(1961, 1977)

Mucho tiempo antes de convertirse en Mailu, cuando Joseba Zubia tenía cinco años, un hombre de su pueblo le salvó la vida.

Era sábado por la mañana y Joseba estaba con su padre en el bar Mugarra, la tasca de la familia, situada en una calle en cuesta de Amorebieta.

Patxi Zubia Lezamiz atendía la taberna en la que terminó de alcoholizarse. La había conseguido por traspaso y mediante un préstamo del banco. No se molestó en cambiar el nombre, que era el apellido del dueño anterior. Su mujer, Amaia Zaldúa, apenas ponía los pies en el negocio para no verlo beber.

Ese día de 1961, el padre, más pendiente de la ronda de vinos que tomaba con los parroquianos que de su hijo, no se dio cuenta de que el niño salía a la calle y cruzaba la carretera.

Un viejo camión cargado con jaulas de pollos venía en esa dirección, cuesta abajo y a toda velocidad, ya que se le acababan de romper los frenos apenas doscientos metros más atrás.

El niño cruzó la carretera sin mirar en el momento en que el camión, sin tiempo material para que el conductor pudiera esquivarlo, se le echaba encima. Los fuertes brazos de un hombre joven levantaron al pequeño Joseba del asfalto.

Moisés Landa Aguirre, que contaba entonces treinta años y era también vecino de Amorebieta, se jugó la vida y salvó la del pequeño. Casi bajo las ruedas del camión, corrió con el niño en volandas hasta el otro lado.

El camión siguió su descenso sin control hasta salirse de la carretera y volcar, sin mayor consecuencia que unos cuantos pollos muertos.

Patxi Zubia abrazó emocionado a Moisés y le dijo con lengua algo trabada por el vino que le debía la vida de su hijo y que eso nunca lo iba a olvidar.

Mailu tomó su nombre de guerra del político soviético Viacheslav Mólotov. Le gustó que Mólotov signifique en ruso martillo y que se diera su nombre al conocido cóctel incendiario. Le pareció el sobrenombre adecuado porque había que ser como un martillo de hierro, duro y contundente, que golpea el clavo hasta hundirlo, sea cual sea el clavo. También había que tener capacidad para ser *ingude*[\[9\]](#) y saber recibir y aguantar cuantos golpes te diesen.

Mailu nunca supuso que al final de su corta vida le tocaría ser yunque

más que martillo y que no aguantaría el atroz castigo físico, la tortura.

Para remachar el clavo con su martillo, cuando ETA escogió como fácil objetivo a Moisés Landa, que en 1977 era concejal del Ayuntamiento de Amorebieta y militante de Alianza Popular, Mailu, que acababa de cumplir veintiún años, pidió ser su ejecutor. Con la cara oculta por un pasamontañas, se le aproximó por detrás cuando Moisés se dirigía al ayuntamiento y le pegó un par de tiros en la nuca con un revólver del 22, que asegura a corta distancia que las balas de pequeño calibre rebotan dentro del cráneo y destrozan el cerebro.

Mailu demostró que era capaz de acabar sin titubeos incluso con quien le salvó la vida, porque con ningún enemigo tiene que haber consideraciones personales ni sentimientos. Sin embargo, el día que asesinó a Moisés Landa se emborrachó después por la noche, a solas y hasta perder el sentido.

(1990, 2013)

En 1990, Jon Ander Goiriena Dorronsoro, alias *Apatxe*, le pegó tres tiros a Koldo Mendiluce Simancas y acabó con su vida. Mendiluce tenía treinta y un años y era concejal por el partido socialista en el Ayuntamiento de Zamudio, en Vizcaya.

Apatxe, que tenía veintisiete años en 1990, también era vecino de Zamudio y vivió en el pueblo hasta su integración en el tantas veces reconstituido comando Donosti que en su día comandó Mailu. De un modo parecido a este, por vinculación personal con la víctima, aunque en este caso debida al odio, Apatxe pidió encargarse del asesinato de Mendiluce.

Además de la vecindad municipal, Goiriena y Mendiluce ocupaban la misma casa, situada a las afueras del pueblo. Mendiluce vivía con María Rosa Naveda Robledo, su mujer, en la primera planta, mientras que Goiriena trabajaba con su padre en la planta baja, donde tenían un pequeño negocio de fabricación y venta de cerámica y figuras de barro cocido pintadas a mano.

Los vecinos se trataban lo imprescindible por su antagonismo político. Goiriena hijo hacía una excepción con María Rosa, a la que deseaba desde que la vio por primera vez y con la que procuraba mostrarse todo lo simpático que era capaz. María Rosa era una mujer muy atractiva de treinta años a la que el joven vecino no le caía ni bien ni mal: le resultaba indiferente. Su marido y ella no tenían hijos.

En una ocasión, Jon Ander Goiriena se atrevió a abordar a la mujer y a expresarle sin tapujos y con cierta torpeza su deseo y enamoramiento. María Rosa lo rechazó con desprecio. Le dijo que estaba muy enamorada de su marido y que le era fiel. Añadió, quizá de modo gratuito, que en caso de que decidiera no serlo, desde luego su adulterio no sucedería con alguien como él. Goiriena se retiró humillado. La reacción fue de odio, pero no hacia María Rosa, sino hacia su afortunado marido. Poco después entró en ETA y fue agregado muy pronto al comando Donosti para cubrir una baja.

Mendiluce iba a todas partes acompañado por un escolta. Había que eliminarlos a los dos. Para conseguirlo, Apatxe contó con la ayuda de otro miembro del comando Donosti, Nekane Laguna Irastorza, alias *Mariberoa*[\[10\]](#).

Apatxe y Mariberoa siguieron a pie por las calles, a cierta distancia y a cara descubierta, a Mendiluce y su guardaespaldas. El simple plan era acercarse cuando no se dieran cuenta y dispararles por la espalda; Apatxe a Mendiluce y Mariberoa al escolta.

Cuando la pareja de etarras ya empuñaba las automáticas y estaba muy cerca de sus objetivos, el escolta se dio la vuelta y vio lo que se les venía encima. Reaccionó con suma rapidez, desenfundó su arma y apartó a Mendiluce de un empujón.

El intercambio de disparos a tan corta distancia y sin parapeto alguno fue profuso y mortífero. Mendiluce cometió el error de echarse cuerpo a tierra en vez de salir corriendo. Recibió en el suelo tres disparos de Apatxe, dos de ellos en la cabeza. Murió en el acto, sin percatarse de que conocía a su asesino.

Mariberoa y el escolta se acribillaron mutuamente. Apatxe se llevó un tiro del escolta en un muslo y el rebote de una bala disparada por su compañera le atravesó un pulmón. Lo detuvieron allí mismo.

Goiriena saldrá de la cárcel en 2013. Volverá a Zamudio sin alharacas ni celebraciones. Rehusará que los antiguos simpatizantes del pueblo le hagan un homenaje.

María Rosa Naveda continuará viviendo sola en la primera planta de la casa que habitó con su marido. No habrá rehecho su vida tras el asesinato, aunque hayan transcurrido veintitrés años.

Goiriena reabrirá el negocio de fabricación y venta de cerámica y figuras de barro, cerrado desde el fallecimiento de su padre.

María Rosa y el asesino de su marido se verán obligados a verse a diario. Goiriena mantendrá con ella, que todavía le resulta atractiva, una actitud de mutismo y provocadoras miradas de hostil y arrogante dureza. La viuda se defenderá de la muda agresividad con el mismo silencio y la vista desviada hacia otro lado cada vez que la mire el asesino. Tendrá miedo y asco.

María Rosa no soportará esta situación. Un día, cuando Goiriena cierre su tienda para irse a comer, la viuda buscará entre las herramientas que fueron de su marido el martillo grande. Romperá con mucho estrépito el cristal del escaparate de la tienda, entrará al local y convertirá en añicos todos los cacharros y figuras de barro. Acto seguido, cogerá las maletas, que ya habrá hecho, y se irá de Zamudio para no volver jamás. Al día siguiente, una inmobiliaria colocará en la primera planta un letrero con la información de que se vende.

Cuando Goiriena regrese a su tienda por la tarde y se encuentre con los destrozos, se limitará a recoger los cristales rotos y las trizas de barro cocido. No dará parte al seguro.

(1989)

El caso Zubia salió a la luz porque José Ángel Elorriaga Ormazabal, gobernador civil de Guipúzcoa hasta ese año, pidió al juez Baltasar Garzón, de la Audiencia Nacional, que lo recibiera y le tomara declaración. Así se hizo en el despacho del juez en presencia del secretario y una mecanógrafa. Elorriaga, que acudió sin abogado, confesó que el general Ramírez Goliardo, el subcomisario Julio Arnedo y él mismo fueron los responsables del secuestro, tortura y desaparición del etarra Joseba Zubia Zaldúa.

Elorriaga se negó a responder al juez del porqué de su confesión, aunque aclaró que no se debía al arrepentimiento. Tras algunos interrogatorios y comprobaciones, Garzón abrió el sumario y comenzó a instruirlo.

Al concluir el primer careo entre Elorriaga y Arnedo, el policía le dijo por lo bajo, al oído:

—Gorda chivata maricona. Juro que te limpiaré el forro aunque sea lo último que haga en esta puta vida.

Cuando encararon al gobernador civil con Goliardo, el jefe de la Guardia Civil se limitó a decirle que siempre le había parecido que no era de fiar y que estaba mal de la cabeza. Como para darle la razón, por aquella época Elorriaga comenzó a raparse las cejas, ya de por sí poco pobladas, con las tijeritas de manicura. También le dio por limarse las uñas de las manos de un modo maniático hasta dejarlas reducidas al mínimo, como cuando se las comía de niño y se metían con él en el colegio por gordo.

(1980)

Cuando no estaba de servicio, Luis Enciso pasaba la mayor parte de su tiempo libre en la cantina de la casa cuartel de San José de Valderas dedicado a jugar a Galaxian, un videojuego de marcianitos del que se había hecho adicto. Jugaba partida tras partida. Como no era hábil, pasar el rato le costaba meter un montón de chapas de cinco duros, el precio de cada partida. Sus compañeros que también tenían afición a Galaxian le pegaban la bronca y se quejaban de que Enciso tenía monopolizada la máquina. Pero Luis hacía oídos sordos y no paraba hasta que conseguía la puntuación suficiente para poder poner sus iniciales en la lista de los mejores jugadores del día. Se escribían pasando el cursor por el abecedario y fijando cada letra con el botón de disparo. Tres letras mayúsculas. Las de Luis eran *LEE*, correspondientes a Luis Enciso Expósito, sus apellidos y los de su madre, ya que no tenía padre conocido. Le solían tomar el pelo por estas iniciales.

—¿Cómo que *LEE*? Si tú no lees ni los carteles.

Ese día, Enciso estaba como siempre, poseído por los marcianitos, en realidad una especie de insectos o pájaros bombarderos y kamikazes de vivos colores que saltaban contra él para acabar con sus preciosas tres vidas. Le subyugaba el peligroso silbido de los atacantes, el ruido seco y a la vez con un poco de eco deslizante de los cañonazos láser de su tanque y el indescriptible y complejo ruido de cada baja del enemigo al desintegrarse. Le relajaba la monotonía del juego, el que las sucesivas pantallas con nuevas oleadas de bichos fueran idénticas y que el único aumento de dificultad estribara en su mayor velocidad, pero sin que la aceleración llegara a resultar agobiante.

Para variar, ese día llevaba buena puntuación y todavía no se lo habían cargado ni una vez. Enciso estaba feliz. Pero para fastidiarle el buen rato, apareció Bergón, un compañero pesado y tocapelotas, que se puso a su lado.

—¿Tienes para mucho, Enciso?

—Un poquito.

—Pues el sargento Delicado quiere que te presentes a él pero ya.

—¿Para qué?

—Ni puta idea. Pero ha dicho que como tardes, te mete un paquete de tres pares de cojones.

El sargento Delicado era el responsable de la armería y un hueso. Enciso dudó y se distrajo. La distracción le costó el que una de las bombitas blancas acertara y perdió el tanque envuelto en una sorda explosión: una vida menos.

—¡Joder! Con lo bien que iba. Bueno, ya voy. Cuídame la partida. Ahora vuelvo.

—Vete tranquilo.

Pero Enciso no acababa de soltar los mandos.

—¿Vas a ir o no?

Enciso dejó jugar a Bergón, que sonrió complacido, y salió de la cantina a paso rápido pero sin dejar de volverse varias veces para comprobar si su partida quedaba en buenas manos.

El sargento Delicado no quería verlo. Enciso volvió a la cantina de muy mala hostia. Bergón seguía jugando y conservaba aún el segundo tanque.

—Me has engañado.

—Ya sabes, Enciso. En el amor y en la guerra vale todo. Y como no hay manera de que sueltes la máquina. ¿Qué te ha dicho el sargento?

—Es mi partida. Quítate.

—El que se fue a Sevilla perdió su silla, colega.

Enciso cogió una silla de la mesa más próxima, la enarboló sobre su cabeza y golpeó con fuerza la de Bergón, que soltó los mandos, cayó al suelo y comenzó a sangrar por la brecha abierta en la sien. Enciso ocupó raudo su puesto y continuó con la partida.

(1955)

Amaia Zaldúa, que había cumplido diecinueve años y llevaba casada menos de uno, estaba ocupada en la huerta del caserío. En realidad, mantenía las labores de la huerta al día y no hacía falta que estuviera allí esa mañana. Era la disculpa consigo misma para estar pendiente del sendero que llevaba a su casa. Deseaba que él viniera, que viniera de una vez, otra vez; aunque fuera solo una más. Ya había ido dos veces, tenía que haber una tercera. No le daba vergüenza. Lo deseaba tanto, por encima de sus escasas ideas y sus recatos, que el deseo del acto, de que pasara de nuevo, la llenaba de un calor profundo que traspasaba su joven bajo vientre y subía hasta las angulosas mejillas arreboladas.

(2010)

Hacia las cinco de la tarde de ese día de mayo, en cuanto su mujer sale del caserío para ir a la concentración de Bilbao, Patxi Zubia desentierra las tres botellas de vino tinto de año que tiene escondidas al pie del roble. «Cuidado con romperlas, que no hay más.» Como está bastante gordo y torpe, le cuesta ponerse a cuatro patas, manejar en esa postura una azada pequeña y además tener que hacerlo con suavidad para no romper los vidrios. Tras quitarles apenas la tierra adherida y las caperuzas de papel de aluminio con que protegió los tapones, descorcha las tres, tira los corchos a la hierba y por fin da un largo trago de una de ellas. «Cuatrocientos días sin probarlo, más de un año. ¡Dios, qué bueno está! Y fresco por la tierra. Me cago en mi estampa, que no va a haber cuatrocientos uno. Esa bruja me quitó lo único que me quedaba para soportar vivir. El poco consuelo. “Vas de una vez a Alcohólicos Anónimos o te largas de aquí —ahora sí que me voy a largar del todo—. No te aguanto más veces borracho. Tú eliges.” Lo hizo solo para joderme. Como todo. Para joder al carnero, al capado, al manso. Elegí mal. Siempre he elegido mal. Y lo peor es que la elegí precisamente a ella. En mala hora.

»Qué duro resulta saber que es verdad, que tiene razón, que soy un pobre hombre. No me atrevo a desobedecerla más que con estas tres botellas. Y con lo que voy a hacer. Suponiendo, claro, que eso le parezca mal, que a saber. Igual hasta se alegra de perderme por fin de vista. Tampoco llego a creer eso. Setenta y seis años. Suficientes. Demasiados para haber malvivido. ¿Por qué hoy? Y por qué no. Algún día tiene que ser, y tenía que haber sido mucho antes.»

Patxi deja dos botellas sobre una piedra, al lado del pilón, y la tercera, la empezada, se la lleva al caserío.

Aunque ha comido a la hora de siempre, la una y media, con rapidez y voracidad, todo el almuerzo que le ha puesto Amaia, consistente en alubias rojas con chorizo, morcilla, costilla y tocino, de primero, y falda de ternera guisada con tomate, de segundo, se hace una temprana merienda de cuatro huevos fritos con patatas fritas y panceta. «No pierdo el apetito. Será porque no tengo miedo. O por lo contrario. Siempre tengo hambre. Y sobre todo sed. Hacerme comer alubias con todos sus sacramentos con agua, qué contradiós. Pero igual han caído los dos platos. Alubias siempre hay que repetir. Y eran de Gernika, de las buenas. No, nada de miedo porque en realidad ya llevo como muerto desde entonces. Dar el paso nada más queda y ya dejo de pensarlo por fin. Para siempre. Dejo de atormentarme. Necesito esa paz aún más que el vino. Si pedir perdón por él *serviría* de algo, igual podía seguir viviendo. Pero no sirve para nada. La culpa es de cada uno y cada uno tiene la

suya, y no se pasa nunca. La mía me pesa demasiado, más que mis kilos. Yo sé bien cuál es mi culpa: haber calentado con odio la cabeza de un chaval hasta convertirlo en otro más que odia y que luego mata por ese odio que le sobraba sentir.

»Cuando dijeron en el pueblo a mala idea que él mató al pobre Moisés, no quise creerlo y no me lo creí. No pudo ser. No pudo volverse tan malo. Pero de todos modos se me cayó entonces la venda del todo y vi que era casi como haberle puesto yo la pistola en la mano. Quizás mejor hubiese sido si aquel día, de niño, sin Moisés, el camión... Que Dios me perdone ahora, al final, por pensar eso. Ya me castigó matándolo después. Entre ella y yo convertimos al hijo en un animal sin entrañas. Sobre todo ella, pero yo tuve mi parte; mucha parte.»

Mientras cocina, Patxi se bebe media botella a morro y de cuatro tragos. «Las cáscaras y todo al suelo. Que lo recoja la bruja al volver. Después de encontrarme. Solo se me ha roto una yema. Y al sacar. También se puede untar.»

Patxi vuelve a los mismos pensamientos circulares. «Sí, yo también le metí al hijo el odio en la cabeza; el mismo que a mí ya no me queda. Cuando todavía era un crío. Un irresponsable. Eso no tiene perdón de Dios. Bastante me importa ya a mí que me perdone Dios o san Pedro. Solo él. Pedirle perdón. No fui capaz de barruntar las consecuencias. Ella, sin embargo, no se arrepiente de nada. Ni entonces ni ahora ni nunca. En el fondo le tengo envidia por ser tan animal como el hijo y no tener piedad. Porque ni siente ni padece por culpas. Dura como una piedra. Joseba era como ella. No sé cómo he aguantado cuatrocientos días sin beber y no he acabado antes. Sí lo sé: por dejadez, por pereza.»

Terminada la copiosa colación y apurada la primera botella de vino, Patxi Zubia sale del caserío y va derecho al pilón, o más bien a las dos botellas restantes. Antes de volver a beber, eructa ruidosamente. Tapona el desagüe con el pañuelo lleno de mocos que lleva en el bolsillo y abre el grifo. Mientras se llena el pilón, bebe y bebe sin descanso hasta terminar la segunda botella. Cierra el grifo. «Suficiente agua, de sobra para esto.» Le entra un sudor frío y ganas de vomitar. Se retira un par de pasos y vomita toda la merienda mal masticada y el vino. Lo hace inclinado, sin angustia, con las manos apoyadas en las rodillas, mediante tres vigorosos surtidores. «Pena del vino que no le ha dado casi tiempo a emborracharme. Pero hay otra botella; la última.» Le queda un sabor agrio en la boca. Se limpia la comisura de los labios con el dorso de la mano y traga saliva.

Patxi Zubia despacha su última botella más despacio que la anterior y se fuma tres Ducados seguidos. El primer trago le sabe un poco mal. Cuando

termina la botella, deja el casco al lado del otro.

«Igual de lo que más me arrepiento de todo lo que me arrepiento es de no decirle nunca al hijo con mis palabras que le quería mucho, mucho más que mucho, mucho más que a mí mismo; y haberle dado un abrazo fuerte; no le di besos ni cuando era niño. Cuando me di cuenta de que se lo quería decir, ya no podía ser, ya me lo habían matado. Qué puta mierda ha sido toda mi puta vida de tarugo; siempre con la boca cerrada para callar y abierta para beber.» Mira su caserío y el roble con cierto detenimiento y después se mea encima; más por ganas y desidia que por miedo. Se coloca delante del pilón a lo largo, se ajusta la *txapela*, mete las gordas manazas en los bolsillos laterales del pantalón de pana, cierra los puños para que le resulte más difícil sacarlas y se deja caer de frente en el pilón. Se hace daño en la nariz al dar contra el fondo. Contiene la respiración todo lo que es capaz. Entonces sí le domina el pánico. Intenta salir, incorporarse, sacar las manos de los bolsillos, pero solo consigue lo que ha previsto, encajarse más entre las paredes de cemento. «Perdóname por fin, hijo. *Agur.*» Y abre la boca por última vez.

La docena de gallinas, que andan siempre sueltas por el terreno del caserío, picotean la vomitona. Acaban ebrias y duermen una larga siesta. La tierra chupa el resto del vino vomitado por Patxi Zubia, pero su olor persiste varias horas, hasta poco antes del regreso de Amaia Zaldúa y del encuentro con el cadáver de su marido.

(1955)

Patxi Zubia tenía veintiún años en 1955, la misma edad de su hijo cuando asesinó a Moisés Landa, el hombre que le salvó la vida.

El cabo primero Leonardo Pérez Aguado, que sería padre de la Pantera dos años después y aún no se había casado con Margarita Mendieta, tenía veintidós.

Patxi Zubia llevaba menos de un año casado con Amaia Zaldúa.

Joseba nacería en 1956 y quemaría vivo al capitán Pérez Aguado veinte años después.

En 1955, Pérez Aguado servía en el cuartelillo de la Guardia Civil de Galdácano, pueblo vecino de Amorebieta. Una noche de ronda por Amorebieta entró en compañía de un número en una taberna del pueblo. Como siempre que aparecía la pareja de la Guardia Civil en un establecimiento, se hizo el silencio entre la clientela, con la excepción de Patxi Zubia, que estaba borracho y cantaba a voz en cuello canciones prohibidas en vascuence. Patxi no se percató de la presencia de los guardias y nadie en el bar se atrevió a avisarle. El cabo primero observó al elemento subversivo con una sonrisa y lo dejó seguir cantando un ratito más antes de intervenir y llevárselo detenido.

En el cuartelillo de Galdácano, que comandaba el cabo primero, se encargó personalmente de dar una metódica paliza a Patxi Zubia. También, para humillarlo, le meó encima cuando estaba en el suelo derribado por los golpes.

Al día siguiente, avisada de que su marido estaba allí, Amaia Zaldúa fue al cuartelillo a buscarlo. Amaia tenía diecinueve años, como la Pantera cuando entró en ETA después del asesinato de su padre.

Pérez Aguado le dijo a Amaia que podía llevarse al imbécil borracho de su marido, al que previno de que en caso de pillarlo reincidente, o en cualquier otro fregado, haría que fuera al trullo una temporada. Patxi Zubia se mantuvo silencioso y como con vergüenza. En el rostro se le notaban las señales de los puñetazos y tenía un ojo cerrado por la hinchazón. Pérez Aguado sabía dejar marcas; su esposa lo comprobaría desde el primer año de matrimonio.

La joven mujer miró a su marido con la pena conmisericordiosa con que se observa a un pobre hombre.

—Esos golpes que le ves es porque se ha caído por las escaleras. Lo que es todo un misterio es cómo ha podido hacerlo, porque aquí no hay escaleras

—le dijo a Amaia con guasa y sonrisa burlona; sus hombres le rieron la gracia—. El olor a *meaosque* le notarás es porque es un trompa muy cerdo y se ha orinado encima.

Leonardo Pérez Aguado clavó en Amaia Zaldúa sus penetrantes ojos verdes. La miró de arriba abajo y después de nuevo a los ojos, con chulería y provocación. Pensó que no era guapa, pero tenía algo, igual el que se le notaban las ganas de rabo. Aunque era una aldeana larguirucha llena de huesos y con una nariz que cortaba el viento, no le importaría joder con ella y enseñarle lo que era un hombre de verdad. Porque ese desgraciado de marido tenía que ser a buen seguro un picha triste que la dejaba a dos velas. No se equivocaba.

Amaia entendió la mirada del guardia y se la sostuvo con sus ojos grises de ave rapaz. Venteó como un animal el aire cerrado de la estancia, en el que predominaba el olor a orines de su marido, con una dilatación de sus grandes narinas. Quería añadir una sensación olfativa evocadora de haberse sentido deseada por aquel hombre, para recrearla en el futuro.

(1963)

Patxi Zubia cerraba su taberna los lunes. Aprovechó el día de fiesta para ir con Joseba, que tenía siete años, a pasar la tarde a un *txakoli* que le gustaba, un caserío con mesas corridas entre árboles en el barrio de Astepe, perteneciente a Amorebieta.

Como era una tarde muy calurosa, Patxi prescindió de beber vino y se refrescó con una jarra de cerveza con gaseosa, de la que dio al niño medio vaso. Padre e hijo se comieron unos huevos fritos con panceta, lo mismo que merendó Patxi cuarenta y siete años después, antes de suicidarse anegado de agua y culpa.

Tras la merienda con Joseba, Patxi le enseñó a jugar a la rana. El juego, aunque le pareció al niño difícil, pues costaba acertar a distancia con las grandes monedas de hierro en la pequeña boca de la rana metálica, le gustó. Pasaron juntos un buen rato, unas horas de sencilla felicidad entre padre e hijo.

Cuando ya iban a irse, apareció por el *txakoli* Moisés Landa con su mujer y los dos hijos, que eran solo algo mayores que Joseba, a quien su padre indicó que saludara con unos besos a Moisés y su mujer.

Patxi se empeñó en invitarlos, pero Moisés se negó porque pensaba hacer una merienda cena con su familia y le parecía demasiado que Patxi pagara todo. Pero insistió y finalmente Moisés accedió a que convidara a una jarra de cerveza, que Patxi compartió con la pareja. Mientras la tomaban, Joseba jugó un poco con los hijos de Moisés a la rana, haciéndose el entendido en el juego y mostrándoles los trucos que acababa de enseñarle su padre, que fue su modelo a seguir hasta que se dio cuenta en la adolescencia, con lástima, de lo que era en realidad.

Patxi pensó que cuando se encontraba con Moisés en presencia de Joseba le entraban celos. Le habría gustado ser él, su padre, quien hubiera salvado a Joseba de las ruedas del camión sin frenos. Aunque como esa tarde en la cervecera estaba sobrio, porque para él tomar cerveza era como beber agua, se reconoció a sí mismo que en aquella mañana, de la que hacía dos años, con todo el vino que ya llevaba en el cuerpo no lo habría hecho con la suficiente rapidez y reflejos y el camión los habría atropellado a ambos, o al niño en cualquier caso. Otra cosa es que hubiera conseguido salvar a su hijo pereciendo él. Eso habría sido heroico: un padre que da la vida por su hijo es digno de admiración, aunque sea póstuma.

Muchos años después, la posibilidad de haber resultado muertos padre e hijo le parecía que habría sido lo mejor para todo el mundo. En 1983, cuando

Joseba desapareció, Patxi pensó que Dios lo había castigado por aquel pensamiento haciéndole caso.

(1984)

Joseba Zubia Zaldúa, *Mailu*, llevaba un año desaparecido y sus padres lo daban ya por muerto. Los medios de comunicación *abertzales* habían publicado que era más que probable que Mailu fuera una víctima de la guerra sucia contra ETA.

Patxi Zubia intentó asimilar la muerte de su hijo con más alcohol. Añadió a la gran cantidad de vino que trasegaba diariamente una botella de coñac barato cuya ingesta repartía durante la jornada en dosis que redondeaban la ebriedad que conseguía con el vino. No estaba sobrio nunca. Ya al levantarse de la cama y antes de desayunar pegaba largos tragos a la botella de coñac para desviar la resaca y posponerla *sine die*. Su objetivo inconsciente era matarse de este modo en un plazo indeterminado, sin prisa. Pero su resistente hígado lo aguantaba todo. Con el alcohol ni siquiera conseguía incrementar su perenne estado de estupefacción.

Una noche como cualquier otra, cuando Patxi volvió al caserío haciendo las eses de siempre, Amaia se atrevió a decirle que la muerte del hijo no era para él más que una disculpa y que le había venido bien para justificar el ser un borracho todavía más grande. Patxi reaccionó con una ira que su mujer desconocía. Le dijo a gritos que cómo se atrevía a insultarle de ese modo con algo tan terrible y tan injusto y que era la mujer más mala y dañina del mundo. A Amaia le dio miedo. Patxi le puso el puño delante de la cara, pero terminó por golpear la pared con tal fuerza que se aplastó los nudillos. La anestesia del alcohol le mitigó el dolor.

—Si te atreves a ponerme la mano encima, te mato, cabrón —le dijo Amaia en castellano y sin levantar la voz.

Patxi la miró con odio. Ella le aguantó la mirada con reto, como hizo cuando el guardia civil le clavó los ojos y se dio cuenta de que la deseaba. Su marido terminó por mirar al suelo.

—Pero no hay cuidado. No te atreves. Tú no te atreves nunca a nada —añadió la mujer con todo el desprecio que fue capaz de transmitir.

Amaia no dijo nada más y consideró que lo mejor en ese momento era dejar solo al borracho para que se calmara o perdiese el conocimiento. Salió de la cocina mientras él, ya ajeno a su presencia, bebía a morro un inacabable trago de vino frío de la botella de la nevera.

Amaia se fue a ver la televisión hasta que notó que su marido subía la escalera a duras penas para ir al dormitorio. Esperó un poco más. A los pocos minutos, los fuertes ronquidos del borracho se oían desde abajo. Amaia apagó

el televisor y volvió a la cocina. Cogió del armario de las cosas de limpieza un insecticida en spray, el de las cucarachas. Apagó todas las luces y subió a su vez al dormitorio.

Patxi dormía boca arriba, con la boca muy abierta. Esa posición incrementaba la intensidad de los ronquidos. Amaia se desnudó, se puso el camisón y masculló para sí misma que a ella no le enseñaba el puño nadie. Y ese desgraciado menos que nadie. Roció en la boca abierta de su marido una buena cantidad de *matacucarachas*. No asoció el insecticida con el ZZ del nombre de guerra de su hijo. Patxi tosió dormido, cambió de postura y dejó de roncar. Amaia escondió el insecticida y se metió en la cama, pero se volvió a levantar al instante porque la habitación olía a rayos por el producto químico y se iba a marear. Antes de que abandonara el cuarto, volvieron los ronquidos.

Por la mañana, Patxi se despertó con dolor de garganta, como siempre que roncaba en demasía, y con un dolor de cabeza más intenso del habitual y peor sabor de boca. El insecticida no le produjo más que esas molestias y algo de diarrea. Le extrañó un poco tener los nudillos de la mano derecha doloridos y amoratados. Supuso que se habría golpeado con algo en plena trompa. Antes de ir a buscar la botella de coñac y de aguantar las arcadas de alcohólico matinales sí recordó que había tenido por la noche una bronca con su mujer, pero no logró acordarse de por qué fue.

(1979)

Mailu fue nombrado jefe del reconstituido comando Donosti. De los cinco miembros del anterior, tres fueron detenidos y uno ametrallado en un control de carretera. Mailu fue el único que quedó y por eso le dieron la jefatura. La Pantera formó parte del nuevo comando, que tenía su escondite al otro lado de la muga, en un piso franco en San Juan de Luz.

Mailu había oído hablar de la Pantera, cuya fama de bomba sexual la precedía. Pero cuando la conoció en persona se quedó asombrado; pensó que era una tía impresionante, la mujer más bella y atractiva que había visto fuera de una pantalla de cine.

Mailu era un tipo corriente en todos los sentidos, salvo por las dotes para ser un asesino, y su vida amorosa había sido escasa. Mentalmente se guiaba por una mezcla de fanatismo, incultura y puerilidad canalizada en un marxismo leninismo de manual con ribetes carlistas.

Aunque ya no era religioso, de chaval, como tantos otros etarras, pasó unos años en el seminario.

Daba como cierto un error histórico, la fabulación de que el pueblo vasco ha deseado la independencia de su territorio desde por lo menos la Edad Media y que en la Antigüedad fue una especie de Arcadia feliz, una irreductible aldea de Astérix frente a romanos, visigodos y moros, hasta que fue invadida por los castellanos.

Creía que la lucha armada por la liberación de la patria vasca triunfaría a medio plazo porque ETA iba a ser cada vez más fuerte y obligaría al Estado español a claudicar sin condiciones. Francia también cedería, aunque no sabía cómo; era una cuestión de fe.

Entonces, tras la victoria, y sobre todo durante la necesaria dictadura del proletariado inicial, los militantes de ETA, aclamados como héroes, serán una policía y ejército del pueblo que vigilará las fronteras con España y Francia de esa República Popular de Euskal Herria independiente y socialista, que incluirá a Navarra y el País Vasco francés, gestionada por y para los vascos y con el euskera como único idioma.

Mailu creía también en el valor de la sinceridad y se sintió en el deber de serlo con la Pantera. Le confesó que fue él quien llevó a cabo el atentado contra su padre. La Pantera le dijo que eso no sería un problema entre ellos.

La noche de la confesión, la Pantera fue a la habitación de Mailu, se desnudó y se metió en su cama. Habría preferido acostarse con Trikote[11], otro del comando; lo había visto en cueros en el cuarto de baño y apreció que

estaba cachas y tenía una buena polla. De hecho, Mailu no le atraía nada, pero se había cargado a su padre y era su manera de premiarlo.

La Pantera odiaba a su padre y al mismo tiempo le atraía. Se parecía demasiado a él en el físico, el carácter airado, la capacidad para la violencia y la fría crueldad.

(1991)

Margarita Mendieta, la madre de la Pantera, era una de las escasas treinta personas de la concentración de Gesto por la Paz en Bilbao. Desde su constitución en 1986, la asociación ciudadana vasca se concentraba en silencio en todas las poblaciones importantes de Euskadi cada vez que ETA cometía un atentado mortal. Lo hacían con una única pancarta referente a ese atentado. El de ese día había acabado con la vida de un brigada de la Comandancia de Marina de San Sebastián, un cocinero. Ninguno de los cocineros vascos famosos expresó públicamente su repulsa por el asesinato de un modesto colega.

Margarita Mendieta acudía a todas las concentraciones de Gesto por la Paz en Bilbao y a ninguna de los familiares de presos, aunque su hija estaba encarcelada desde 1983.

Aquella concentración fue en la Gran Vía, delante del palacio de la Diputación Foral de Bizkaia. La mayoría de la gente pasaba ante los concentrados ignorándolos, sin dedicarles apenas una rápida mirada, al igual que iba a suceder años después con las concentraciones por los presos de ETA.

Amaia Zaldúa había ido ese día a Bilbao para hacer compras en las rebajas de El Corte Inglés. Pasó por allí, por la acera de enfrente, y a la debida distancia se paró a observar a los concentrados. Distinguió entre ellos a Margarita Mendieta, la traidora entre aquellos traidores, a la que no había visto desde el funeral por su marido, hacía quince años. La reconoció al momento, como le sucedió a la propia Margarita cuando se encontró en la residencia con María Teresa Altamira, aunque no la hubiera vuelto a ver desde que le escupió en la cara.

Encontrar a la viuda del capitán Pérez Aguado y madre de la Pantera perturbó a Amaia Zaldúa. Le hizo recordar a su hijo muerto y al capitán, también muerto. A su hijo lo recordaba cada día, en un momento u otro, pero Leonardo Pérez Aguado hacía tiempo que no le venía a la memoria.

Cuando volvió al caserío buscó entre los escasos libros alineados en un anaquel y sacó el de fotografías de paisajes del País Vasco, regalo de la caja de ahorros. Dentro del libro guardaba el recorte del diario *El Correo Español* del día de 1976 que se publicó la noticia del asesinato de Pérez Aguado. Allí estaba bien escondido. No había peligro de que su marido tocara un libro. Escogió ese periódico españolista para recortar el recuerdo porque era el que traía una foto de él, sin tricornio. Hacía mucho que no la miraba. Se demoró un rato en su mustia contemplación.

(1982)

Para Luis Enciso no tuvo consecuencias su participación en el golpe de Estado del 23 F. Quedaron exentos de responsabilidad, por obediencia debida, los guardias civiles con grado inferior a teniente.

Enciso fue destinado al cuartel fortaleza de Intxaurreondo, situado en un barrio de San Sebastián, lejos del núcleo urbano; la plaza más fuerte de la Guardia Civil en Euskadi.

El coronel Ramírez Goliardo, un guerrero de la vieja escuela y un fascista convencido, estaba al mando absoluto de Intxaurreondo, su Fort Apache. El reciente Gobierno socialista presidido por Fernando Gómez no lo había destituido porque hacía bien su trabajo contra ETA; era la más temible bestia parda para la banda. Además, tenían otros planes para él que discurrirían por las cloacas del Estado, por las que Goliardo, partidario de las operaciones paralelas libres de trabas legales, ya transitaba de vez en cuando.

En 1982, un año antes de que se organizara el GAL, Enciso y otro guardia civil fueron los encargados de llevar a cabo una de esas operaciones sucias.

Aunque era un recién llegado a Intxaurreondo, a Goliardo le agradó que Enciso hubiera estado con Tejero en el Congreso, valoró también su buena hoja de servicios y lo escogió para una misión en la retaguardia del enemigo, como le gustó enunciar. Goliardo lo emparejó con el sargento Pastrana, un hombre de confianza y eficaz torturador con el que el coronel hacía la vista gorda respecto a sus trapicheos de poca monta con cocaína decomisada que oficialmente se quemaba en su totalidad. Lo que Goliardo no sabía era que en esos trapicheos participaba un etarra no fichado que también hacía sus negocios a espaldas de la organización. Tampoco Pastrana sabía que su cómplice perteneciera a ETA, hasta que descubrió sus cartas.

La operación en la retaguardia del enemigo consistía en ejecutar a dos miembros de ETA en territorio francés. Un confidente de Goliardo en el sur de Francia había identificado en Biarritz a Mikel Calvo Martínez, *Txirrindulari*[\[12\]](#), y a Josu Isasmendi Bedia, *Otsoko*[\[13\]](#), dos veteranos en la reserva militar de la banda de los que se especulaba que estaban refugiados en Cuba o Venezuela.

Pastrana y Enciso cruzaron la frontera en coche con documentación falsa y las armas, un subfusil MAT-49 y una pistola ametralladora Uzi, ocultas en un doble fondo del maletero. Las dos armas procedían de un zulo cuya ubicación en el robledal de Endara, municipio de Oyarzun, reveló un detenido tras una breve sesión de tortura. El MAT y la Uzi no se incluyeron en el

inventario de armas encontradas.

Según la información facilitada, Txirrindulari y Otsoko vivían juntos en un pequeño apartamento cercano a la playa de Biarritz. Casi todos los mediodías tomaban un pastís en la terraza de un bar próximo. Pastrana y Enciso comprobaron durante dos días seguidos que así era y que el lugar resultaba idóneo para la acción. Por ser todavía invierno, se sentaba poca gente en la terraza y la huida era fácil.

El tercer día, los dos guardias civiles, con las armas colgadas en bandolera y disimuladas bajo amplias prendas de abrigo, se dirigieron hacia sus objetivos. Antes del atentado, Pastrana se metió dos rayas de coca. Enciso pasó; no bebía, ni fumaba ni se drogaba, le bastaba con sus descargas de adrenalina.

Aparte de Txirrindulari y Otsoko, en la terraza solo estaba un hombre mayor, en una mesa distante. Unos metros antes de llegar a la mesa de los etarras, Pastrana y Enciso se cubrieron los rostros con caretas de plástico de los enanos gruñón y mudito de la Blancanieves de Walt Disney, que habían comprado en una tienda de chucherías. Los etarras no tuvieron tiempo de reaccionar, tan solo miraron con asombro a aquellos dos tipos con guantes y las caretas de los enanos que se paraban ante ellos. A muy corta distancia, Pastrana y Enciso los acribillaron hasta vaciar los cargadores. Después, se fueron a paso rápido, tiraron las armas al suelo y se quitaron las caretas. Volvieron a España en tren, por separado.

Fue un error de identificación. En lo único en que coincidían los asesinados con los dos etarras era en que también llevaban barba, si es que Txirrindulari y Otsoko seguían sin afeitarse, y en que tenían parecida edad.

Los muertos eran unos cuarentones belgas, una pareja de homosexuales que vivía de sus rentas parte del año en Biarritz.

El caso metió bastante ruido en los medios de comunicación de Francia, y no metió más porque las víctimas no eran ciudadanos franceses. *Le Monde* llegó a especular como hipótesis del desconocido móvil el error de identidad con militantes de ETA y la autoría del delito por parte de mercenarios paramilitares españoles.

Goliardo prescindió de su soplón e incluso sopesó mandar a alguien a que le pegara un tiro en la rodilla, por imbécil.

(2013)

Por cumplimiento de las condiciones de renegar de la pertenencia a ETA y haber pedido perdón a las víctimas, el alavés Gontzal Ruiz de Gamarra Tudea, alias *Zurracapote*, y el navarro Martín Erasun Nazar, alias *Txintxorta*[\[14\]](#), gozarán de su primer permiso de fin de semana fuera del centro penitenciario de Badajoz.

Saldrán juntos del presidio el sábado por la mañana. Tendrán que volver el domingo para el recuento de las ocho de la tarde.

No se plantearán ir a casa. Es poco tiempo para el largo viaje y escasa la motivación. Ruiz de Gamarra está divorciado y no tiene hijos y Erasun es soltero. Tres de sus padres han muerto. Solo queda con vida la madre de Erasun, que está distanciada de su hijo.

Ruiz de Gamarra y Erasun pasarán ese tiempo en libertad en Badajoz capital. Básicamente se dedicarán a comer, beber y pasear sin rumbo. Comprarán dos décimos de la Once que se frotarán en las inexistentes jorobas y que no les tocarán, y dos de lotería que tampoco. Encontrarán por casualidad un asador vasco de mediocre calidad, en el que comerán y beberán en demasía y en cuyo exterior jugarán a la rana con la misma entrega con que lo hicieron Patxi Zubia y su hijo hace medio siglo.

Por la noche se plantearán ir a un bar de putas cuya eficiencia les ponderará un lugareño, pero les dará pereza por estar borrachos y preferirán irse a dormir la trompa a la habitación del barato hostel.

El domingo por la mañana, con bastante resaca, matarán el tiempo sentados en una terraza a la sombra, viendo pasar a la gente y bebiendo cerveza tras cerveza.

Tras comer pronto y otra vez mucho en el mismo asador, disipar la resaca a base de vino y copas de pacharán y transformarla en una nueva y pesada ebriedad, cogerán el autobús de línea para volver al penal a dormir la siesta. Les sobrarán cuatro horas de asueto y se tumbarán en los camastros de sus celdas a las cuatro de la tarde.

(2010)

El mismo día del suicidio de la Pantera, en una zona boscosa al oeste de Aia, a escasos kilómetros de esa minúscula aldea del interior de Guipúzcoa, se produce un pequeño corrimiento de tierras, un desprendimiento en un desnivel que es el efecto final y bastante posterior de las abundantes lluvias de abril y de la palanca en el suelo arcilloso que hizo un viejo roble desgajado por un rayo.

El desprendimiento deja al descubierto, como si se cortara un pastel por la mitad y quedase a la vista un diente incrustado en medio, una fosa excavada hace veintisiete años y los restos humanos que ocultaba: el esqueleto de Mailu, Joseba Zubia Zaldúa, el hijo de Patxi y Amaia al que secuestró, torturó y asesinó el GAL.

«Me van a matar así. Desnudo. Descalzo. Como un animal. Matadme de una vez, cabrones. No puedo ni andar. Me duele todo. *Txakurrak*[\[15\]](#).»

Un sendero que no llega a camino forestal corta el bosquecillo por el norte. Puede circular por él un vehículo con cierta dificultad, como comprobaron una noche de febrero de 1983 Pastrana y Enciso, de paisano, que en un Seat 131 llevaron a Mailu hasta allí, según se les ocurrió sobre la marcha, para cumplir las órdenes de palabra que les dio su jefe, el coronel Ramírez Goliardo, de terminar con el etarra y enterrar su cuerpo.

Lo transportaron en el maletero del coche. «Me ahogo aquí dentro. No tengo aire, solo respiro por la nariz. Mal.»

Iba esposado a la espalda, amordazado y completamente desnudo, al igual que lo tuvieron, salvo por la mordaza, en un chalé secreto mientras lo torturaban. En el sótano de la casa nadie ajeno al tormento podía oír sus gritos y además querían que hablara, que revelara el escondite en Francia de la cúpula de ETA, pues como jefe de comando tenía que saberlo, consideraron con acierto.

Aunque Pastrana era un experto con las tenacillas y el soplete, tardaron en conseguirlo. No les importó dejar marcas visibles en el cuerpo de Mailu; ningún forense iba a certificarlo.

Un rato después de la aparición del esqueleto, que no se encontrará hasta cuarenta y un días después y por casualidad, pues nadie frecuenta ese paraje ni habita cerca, el cielo se encapota y se pone a llover en Guipúzcoa. La lluvia, persistente y copiosa, lava los solitarios huesos.

«No voy a cavar. No puedo ni coger la pala con estas manos como me las habéis dejado. Mis uñas. Todas arrancadas, menos una. Por la que te he

delatado, Itxaso.»

El cráneo, tras el desprendimiento de tierra, y al revés de como cayó el cuerpo a la fosa, ha quedado boca arriba y parece carcajearse porque se le ha desencajado la mandíbula.

«Quítame la linterna de la cara, *hijoputa. Txakurra.*»

A esa risa tétrica le faltan cuatro piezas dentales.

«Enterrado directamente en la tierra. *Gora Euskadi askatuta. Gora ETA.* Tengo miedo.»

Una muela la extrajo el dentista, otra se desprendió por obra de la larga corrosión bajo tierra y dos dientes se los saltó Luis Enciso a hostia limpia como fase preliminar del interrogatorio, antes de pasar a la sesión de tortura.

«No quiero morir. Lo peor es el miedo. Aún peor que haber hablado. Los cazarán a todos. Se acabará ETA y la liberación de Euskal Herria. Por mi culpa. Por no haber aguantado el dolor sin hablar.»

El cráneo tiene también dos orificios. «Dispara ya, te lo ruego. Por favor. No más.»

Los agujeros se deben a la bala de calibre nueve milímetros que entró por el hueso parietal y salió por el frontal. Tras recorrer el cerebro de Mailu, el proyectil tuvo fuerza para salir por el frontal. Fue una bala disparada por una pistola automática Astra modelo A-80, más moderna que la Browning que usaba la Pantera.

«Pensar en ti es lo último que quiero pensar. Pensar en ti, Itxaso, *maitea*[\[16\]](#). Perdóname. No he aguantado tampoco; también te he delatado a ti y estos cabrones te encontrarán y te matarán como a mí. Por la última uña. Daría cualquier cosa por no morir. Dispara ya, *hijoputa*. Pensar en ti, solo en ti, *maitea.*»

(2002, 2015)

En enero de 2002, ETA secuestró a Mauricio Cilleruelo Pérez, un funcionario de prisiones que trabajaba en el centro penitenciario de Burgos y era militante del Partido Popular. Para liberarlo, la banda terrorista puso una condición inaceptable para el Gobierno: el indulto de diez presos concretos que cumplieran penas por delitos de sangre.

ETA sabía que su exigencia no era viable; lo que pretendía era una prolongada publicidad por el secuestro. Aunque la banda había anunciado la ejecución de Cilleruelo si los presos no eran indultados, esta vez no puso plazo para el cumplimiento de la amenaza.

Cuando el funcionario de prisiones llevaba ya seis meses secuestrado, sucedió algo extraordinario de lo que ETA tardó demasiado tiempo en enterarse.

Cilleruelo estaba confinado en una exigua celda subterránea: un cubo de cemento de dos metros de lado con precaria ventilación. El único mobiliario era una delgada colchoneta y un balde de plástico sin asa para que el secuestrado hiciera sus necesidades. Lo mantenían casi a oscuras con el fin de que no se suicidara tragándose los trozos de vidrio de una bombilla rota. La única luz que entraba en el zulo, equivalente a la de una cerilla, provenía del tubo de ventilación, cuyo diámetro no llegaba a cinco centímetros.

Tras el medio año en esas terribles condiciones, sin poder leer ni entretenerse con nada, la integridad mental de Cilleruelo comenzó a deteriorarse. Procuraba recitar poemas en voz alta y cantar canciones para ejercitar la memoria. El poema que más veces declamaba era la «Canción del pirata», de Espronceda. «Con diez cañones por banda, viento en popa a toda vela...» Pero este mantra se volvió en su contra y el poema se convirtió en algo descontrolado, una obsesión angustiosa que no podía dejar de repetir una y otra vez.

El exiguo zulo se ubicaba bajo el suelo de la cocina de un aislado caserío de las afueras de Zugarramurdi, al norte de Navarra y al lado de la frontera con Francia. La trampilla de acceso al zulo y el respiradero estaban dentro de un armario fresquera y disimulados por cacharros de cocina. Había instalada dentro del armario, cerca del respiradero, una lámpara con una bombilla de cuarenta vatios que estaba encendida todo el tiempo y era la que daba la mínima luz al zulo.

De la custodia y alimentación del secuestrado se ocupaba una única persona. Se trataba de Fermín Ituren Lanestosa, miembro legal de ETA, es decir, no fichado por la policía. Fermín, un cincuentón soltero y cojo, vivía en

el caserío solo y de una pensión de invalidez por accidente laboral.

Una vez al día, Ituren se ponía un pasamontañas, retiraba los cacharros de la fresquera, metía a cuatro patas medio cuerpo en el armario, abría la trampilla y le daba a Cilleruelo la comida en un recipiente de plástico, sin cubiertos, y el agua para beber en otro parecido. El secuestrado cogía la comida de las manos de Ituren, que no le dirigía la palabra, le daba el cubo con sus excrementos y recibía otro balde limpio.

Ituren no cocinaba mal y preparaba la misma comida para Cilleruelo y para él. El custodio comía en la mesa de la cocina. Durante los primeros meses Ituren oía al secuestrado recitar los poemas y cantar las canciones. Cilleruelo alternaba sus salmodias con gemidos, sollozos y súplicas. Llegaban al exterior por el tubo de ventilación y no hacían perder el apetito a Ituren. Después, Cilleruelo permaneció tan silencioso como su guardián, pues la obsesiva repetición del poema de Espronceda solo le sonaba en la cabeza.

Unas semanas antes de que Cilleruelo se sumiera en el silencio, su sufrimiento se vio incrementado por un fuerte dolor de muelas. El secuestrado pidió a su guardián algo que lo aliviase. Ituren no disponía más que de aspirinas, un analgésico insuficiente para la muela picada que afectaba al nervio.

Ituren sabía bien lo que era un dolor de muelas y consiguió ampollas de Nolotil inyectables por medio de su contacto. Se las daba a Cilleruelo a beber y nada más hacerlo le exigía que le devolviera la ampolla de vidrio. El dolor terminó por desaparecer y Cilleruelo no contó con ninguna distracción más aunque fuera negativa, como esta, para contrarrestar la locura.

Una noche del mes de junio, Fermín Ituren murió en la cama de un infarto que le sobrevino mientras dormía.

El solterón era un misántropo y apenas se relacionaba con nadie. Iba cada dos semanas a Zugarramurdi a hacer compras y tomar algo en un par de bares. No lo echaron de menos hasta la tercera semana y no se descubrió el cadáver en la cama hasta la cuarta. La organización no supo de su muerte hasta la quinta. El secuestro era tan largo que solo se comunicaban con Ituren cuando había alguna nueva consigna que transmitirle y en mucho tiempo no hubo ninguna. El último contacto fue el del Nolotil.

Mauricio Cilleruelo murió en el zulo de inanición. La dirección de ETA así lo dedujo, aunque no envió a nadie a comprobarlo. Se decidió dejar el asunto como estaba y que Cilleruelo quedara como un desaparecido, igual que Mailu. Ojo por ojo. Y sobre todo no les pareció conveniente a los que decidían que se supiera que había muerto de hambre y de sed; demasiado cruel.

El cadáver de Cilleruelo no se encontrará nunca. En 2015, el caserío de Fermín Ituren, que no dejó testamento ni tenía familiares, será remozado y el Gobierno de Navarra lo convertirá en un centro de estudios etnográficos. La tapa del zulo pasará inadvertida.

(1981)

—Pero tú, ¿qué hostias te has creído que es esto? ¿Crees que puedes hacer lo que te salga del coño cuando te parece? Sin órdenes y sin nada —gritó Mailu.

Era el día siguiente a la noche en que la Pantera había matado al joven guardia civil, el hijo de la enajenada María Teresa Altamira, en el aparcamiento de la discoteca.

—No es para que te pongas así. Ha salido bien y uno menos —intentó quitar hierro al asunto la Pantera.

—¿Que ha salido bien? Te han identificado. Tu foto en la tele es lo que ha salido bien.

—Ya he salido otras veces. Ya me conocen.

—¿Por qué no sales también en *Interviú* en pelotas? Así te iban a conocer mucho más y seguro que te gustaba.

—Que se hagan pajas con mis fotos. No estaría mal. Las que te hagas tú, me dejás mirar. O mejor no.

Mailu y la Pantera discutían en castellano. Aunque la Pantera mantenía el mismo criterio que la madre de Mailu respecto a que saber euskera debe ser obligatorio para todos los que viven en Euskal Herria, ella nunca hizo nada por aprenderlo. Se sentía exenta de ese deber y de casi todos; privilegio de ser una guerrera.

—Eres una puta loca. Al picoletto te lo cargaste después de follártelo.

—Después, no. Mientras me lo follaba. ¿Te pone celoso?

Mailu y la Pantera estaban solos en un pequeño chalé adosado de Hendaya, el nuevo piso franco. Los otros dos miembros del comando Donosti de entonces, reducido a cuatro, habían ido al supermercado para hacer la compra semanal.

—Ahora estás hablando con el jefe del *talde*, no te olvides. Tenme respeto, Itxaso. —Mailu prefería llamarla por su otro sobrenombre.

—Yo no me olvido nunca de nada.

La Pantera fue amante de Mailu durante poco tiempo y sin exclusividad. En ese breve periodo también se acostó unas cuantas veces con Trikote, el que estaba cachas y tenía buena polla, y solo una vez con Karraka, el experto en explosivos, que era de mecha rápida para todo, recordaba la Pantera. A Karraka le estalló en las manos una carga de dinamita en mal estado que preparaba para una *ekintza*.

La Pantera se tiró a todo el comando, con excepción de Agurtzane, que era novia de Karraka. A la Pantera le gustó demostrar quién era la hembra dominante y que ningún hombre que no fuera maricón se le resistía. Tampoco se acostó después con Azufre, el sustituto de Karraka, porque olía mal. Todos estos encuentros sexuales los llevó a cabo sin ocultárselos a Mailu, incluso con exhibicionismo.

En una ocasión propuso un trío a Mailu y a Trikote, pero los dos hombres se cohibieron.

Mailu estaba encoñado con la Pantera, que aunque ya no era su amante oficial se seguía acostando con él, pero muy esporádicamente y solo cuando ella lo disponía. Cuando lo intentaba él, lo rechazaba por sistema. Le administraba el sexo con cicatería para tenerlo colgado de ella, por mera diversión pero también para que supiera quién mandaba en realidad. Mailu intentaba ocultar con poco éxito su enamoramiento y lo que sufría por celos.

—Venga, ya está bien de bronca. Si hacemos las paces, te la chupo antes de que vuelvan esos dos. No te lo creas: es broma —añadió la Pantera de inmediato.

(1970, 1972)

En 1970, Joseba Zubia y Luis Enciso eran dos chavales de la misma edad, catorce años. Nunca coincidieron en Bilbao. No iban a conocerse hasta trece años después, cuando Enciso le saltó dos dientes a puñetazos y más tarde le pegó un tiro en la nuca que acabó con la vida de Mailu.

Joseba estudiaba en el colegio de los maristas de la calle Iturribide. Lo decidió su madre. Aunque costaba un esfuerzo económico, valía la pena porque era un colegio de curas serio, con fama de buena docencia y estricta disciplina, que los hermanos maristas aplicaban sin escatimar el castigo físico. Joseba iba al centro y volvía a Amorebieta en el autobús del colegio. Estaba medio pensionista, se quedaba a comer al mediodía. No pisaba la calle y recibía un número de bofetadas mayor que la media del alumnado.

Luis era un golfillo de las Siete Calles, el Casco Viejo, donde también vivía Margarita Pérez Mendieta, que tenía entonces trece años, ya le gustaba que la llamaran Marga y era la chavala más guapa del barrio. Ellos sí se conocían.

Marga iba al colegio de monjas Nuestra Señora de Begoña, cercano al de los maristas. Las monjas no pegaban a las niñas, practicaban el terror psicológico y el oscurantismo intelectual. Marga sacaba buenas notas, pero su indisciplina y arrogancia le acarreaban frecuentes castigos, para disgusto de sus padres. Leonardo, que tenía el grado de teniente y ya servía en la casa cuartel de La Salve, la castigaba a quedarse en casa cada vez que se enteraba de que la habían castigado en el colegio. Pero no se atrevía a ponerle la mano encima, a diferencia de lo que hacía con Margarita, su mujer. De hecho, Marga, a pesar de que nunca lo vio, notaba cuándo su padre había golpeado a su madre, aunque esta se preocupaba por disimularlo ante la hija, que comenzó a odiar al padre.

Joseba estaba más cerca de los últimos de la clase que de los primeros y no era popular. Los de Bilbao, mayoría en la clase, consideraban a los que venían de los pueblos unos paletos. Cordero, uno de los matones del colegio, la tomó con Joseba y lo tenía de criado.

Un misionero marista fue al colegio a darles una charla y en la redacción posterior que tuvieron que escribir los alumnos sobre el tema, a Joseba se le ocurrió poner que le gustaría ser misionero en África para ayudar a los pobres negros. Esta declaración fue la que le puso en el camino del seminario, al que entró al año siguiente con la aprobación de su madre y la indiferencia de su padre. Duró en el seminario de Derio un par de años, hasta que su falta de vocación resultó evidente y llegó la recomendación de que era mejor que lo

dejara.

Cuando salía del colegio, Marga acortaba la falda del uniforme, que le llegaba a media rodilla; la doblaba y sujetaba con un par de imperdibles hasta convertirla en una minifalda a mitad de sus largos muslos que desdoblaba antes de volver a casa. A los trece años ya había pegado el estirón, entrado en la pubertad y tenía cuerpo de mujer. Antes de ir a casa, que estaba en la calle Carnicería Vieja, solía juntarse con amigas del barrio y tonteaba con los chavales, entre los que estaba Luis Enciso.

Luis iba a la escuela pública de Achuri, donde su aprovechamiento era escaso y las piras habituales. Vivía con su madre en un piso muy modesto y pequeño de Barrencalle, la paralela a Carnicería Vieja. Luis no tenía padre conocido y su madre era puta. Ejercía su oficio en un cabaret de La Palanca, nombre popular de la calle Las Cortes, la zona de prostitución y alterne de Bilbao. Era una buena madre y se avergonzaba de que a su hijo pudieran llamarlo «hijo de puta», cosa que sucedía y que Luis resolvía con los puños. La madre nunca permitió a su hijo que fuera a su lugar de trabajo y Luis cumplía la orden a rajatabla. Cuando sus amigos de la calle iban a La Palanca a ver putas de esquina, Luis no los acompañaba.

A Luis le gustaba Marga y a esta le seducía su fama de *mangui* y de duro, lo cual no impedía que también le pareciera un simple y un ignorante. Sobre todo frecuentaba su compañía por desobedecer a su madre, que le había prohibido tratar con él por ser hijo de una mujer de la vida y un futuro delincuente que acabaría mal.

A Luis le atraía que Marga fuese una niña medio bien de uniforme y le atemorizaba que su padre fuera guardia civil, pero no lo suficiente como para dejar de rondarla.

Un día que estaba con ella a solas, Luis grabó en la corteza del tronco de un plátano de sombra del cercano paseo de El Arenal, con la punta de la navaja, profundamente, las iniciales de sus nombres enlazadas por una equis. A Marga le gustó ese *LxM*.

Otro día, Luis y Marga se besaron en el portal de este. Fue el primer beso para ambos. Luis había tenido ya relaciones sexuales completas con una vecina más bien fea, amiga de su madre, pero no se besaron y tampoco repitieron, porque Luis no quiso.

Aquel día en el portal, Marga dejó que Luis le metiera mano por encima de la ropa y un poco bajo la falda. Ella le frotó el pene, con el pantalón de por medio. Le pareció que lo tenía muy grande, y estaba en lo cierto, pero pensó que quizá era lo normal por no tener todavía elementos de comparación. Él se corrió en los calzoncillos y a ella, notarlo, la excitó.

Poco después, a Luis lo mandaron al reformatorio por primera vez. Lo pillaron robando las huchas de los feligreses de la iglesia de San Antón, lo detuvieron y lo pusieron a disposición del juez de menores.

Dos años más tarde, en 1972, Marga vio a Luis por el barrio. Nada más salir del reformatorio lo habían detenido de nuevo. Dos policías de uniforme, dos grises, lo llevaban sujeto por un brazo y por el cuello. A Marga la acompañaba un chico de buena familia que le gustaba, aunque menos que Luis, al que no había olvidado desde el escarceo erótico en el portal.

Marga y Luis se miraron a los ojos con intensidad y pena. Luis bajó la cabeza avergonzado y el gris lo empujó para que caminara más rápido. El acompañante de Marga la invitó a que continuaran su paseo y a merendar chocolate con churros. No se atrevió a preguntarle quién era aquel quinqui.

Marga y Luis no volvieron a encontrarse hasta 1983, después de la muerte de Mailu. Entonces eran Enciso, guardia civil en el GAL, y la Pantera, expulsada de ETA; tardaron muy poco en reconocerse.

(1968, 1986, 1990)

Al subcomisario de policía Julio Arnedo Betanzos le pusieron en Bilbao, en 1968, los mote de *Mariflor* y *Margarito* los estudiantes de Económicas cuando estaba en la temible Brigada Político-Social, la Gestapo de Franco, y con esos alias se quedó, sobre todo con el primero. No le pusieron esos mote por homosexual ni amanerado, pues Arnedo era todo lo contrario, un gallo de corral sexista y homófobo, sino por su atildamiento excesivo en el vestir. Aunque no tenía más que veinticuatro años, lucía siempre chaqueta y corbata, sujeta con un ancho alfiler sobre el esternón, incluso para infiltrarse entre los estudiantes en un vano intento, ya que era muy conocido y además se hacía notar con descaro por su actitud chulesca.

En 1986, Mariflor oficiaba de presidente de la plaza de toros de Vista Alegre. Era práctica establecida hasta entonces que las plazas de toros las presidieran delegados del Gobierno que normalmente eran comisarios. Arnedo fue el último policía en presidir Vista Alegre.

Aquella tarde toreaban en una corrida mixta Curro Romero y Pepe Luis Vázquez. Mariflor, como era frecuente en él, llegó a la plaza bien cargado de whisky y de cocaína. En el palco presidencial se metió otros dos lingotazos y un par de rayas.

Curro Romero toreaba su tercer toro de la tarde y llegó la suerte de matar, pero el diestro dio una de sus famosas espantadas: se negó a empuñar la espada, se retiró al burladero y de ahí al callejón. Después contaría que el toro le había mirado mal y que supo que iba a cogerlo si entraba a matarlo.

La plaza se llenó de pitidos y abucheos y el coso de almohadillas. Cuando se hizo el silencio, Mariflor, puesto de pie en el palco, gritó al torero con su potente voz de entonación retadora:

—¡Curro! ¡El año que viene va a venir a verte tu puta madre..., y yo!

Tras esta mezcla de descalificación y anuncio de fidelidad inquebrantable, que fue saludado por una carcajada del tendido, Mariflor bajó al callejón con el propósito de detener a Curro Romero y llevarlo a comisaría. Como presidente de la plaza y policía tenía la facultad de detener a un torero que se negara a matar a un toro.

Mientras el policía y el torero discutían con acaloramiento, el toro saltó la barrera cerca de ellos, irrumpió en el callejón y tuvieron que salir corriendo cada uno para un lado.

En 1990, el juez Garzón de la Audiencia Nacional mandó detener a Arnedo y dictó auto de prisión preventiva contra él por el caso Zubia. Ese

mismo año, el público de Vista Alegre estaba descontento con la gestión del presidente de la plaza que sucedió a Arnedo. Una tarde de presidencia desastrosa alguien desplegó en el tendido de sol una pancarta enorme que decía en letras mayúsculas: «MARIFLOR LO HACÍA MEJOR Y ESTÁ EN LA CÁRCEL».

(2010)

«A ver qué han puesto de menú esta noche. Está bien que lo anuncien a la entrada del comedor, por si resulta disuasorio y aconsejable pasar de largo. *Rabo de buey al vino tinto con puré de patata*. Guloso. Además, aquí lo bordan. Y el puré de patata es casero, hecho con mantequilla, nada de margarina. Irresistible tentación. Y como bien dijo el gran Oscar Wilde sobre las tentaciones, el placer está en ceder a ellas sin reservas tras simular resistencia; rendirse sin condiciones. ¡Caramba!, que hubiera dicho el vinagre de Baroja, estoy de buen humor, aunque no sé por qué. Hay que celebrarlo. ¿Por qué seguirán poniendo en las cartas de los restaurantes “rabo de buey” si es de vaca? No quedan más que cuatro bueyes viejos por ahí, yo soy uno de ellos, y algunos de cría de Vega Sicilia, de carne carísima. Y rabo de toro, cuando hay corridas: bochornoso y sanguinario espectáculo que da la dimensión del auténtico atraso y salvajismo de este país de analfabetos. A Arnedo le iban los toros, sintomático. Las procesiones de la Semana Santa tampoco se quedan a la zaga con su oscurantismo de antiestética medieval. Goliardo era de una cofradía en su Zamora natal y salía de procesión con el siniestro capirote en la cabeza. Le pegaba. La escasa distancia del tricornio al capirote y tiro porque me toca. Rabo de buey o de vaca, tanto da; está muy bueno.»

Al mismo tiempo que Amaia Zaldúa comienza a pelar guisantes en la cocina de su caserío, José Ángel Elorriaga, gobernador civil de Guipúzcoa entre 1982 y 1989, durante los cuatro gobiernos socialistas presididos por Fernando Gómez hasta 1993, entra sudoroso al comedor del vetusto balneario de Cestona bamboleando sus ciento cuarenta y cuatro kilos de obesidad mórbida acentuada por su uno sesenta y ocho de estatura; «soy un garbanzo demasiado cocido». Se sienta a su mesa para cenar solo, como de costumbre.

«Para empezar, habitas tiernas con virutas de jamón serrano, y para terminar, tocino de cielo con una montañita de nata montada. Total, ya puestos, el pecado completo. Y una botellita de Marqués de Riscal; reserva, *of course*. Habitas, montañita, botellita... Buen *apeto*; pésimo y viejo chiste. “Más malo que la carne de pescuezo”, como habría dicho la abuela Engracia. Mañana vuelvo al régimen draconiano y me pongo a perejil y agua. Palabra de honor. *Risa teneatis* en el coro griego del teatro.»

Por tercer año consecutivo, Elorriaga, que tiene sesenta y nueve años, pasa una quincena de mayo en el balneario de Cestona. «No voy a otro mejor porque a mamá le gustaba mucho este decadente establecimiento. Por homenaje a ella. Y porque el restaurante es bueno.» Se somete a una cura de aguas y barros y un régimen alimenticio estricto con el fin de bajar algo de

peso y su nivel de ácido úrico en sangre, el cual le produce dolorosos y largos ataques de gota en los tobillos y las rodillas.

La gota es solo uno más de los achaques y enfermedades que padece; el más suave en comparación con la diabetes, bocio, arritmia cardiaca, hipertensión, insuficiencia renal, retención de líquidos, cáncer de próstata y dos hernias de disco. Toma morfina por vía oral para los dolores. La consigue sin receta de un farmacéutico al que soborna. Se ha hecho adicto. «Bendita hermana morfina.» A su médico de cabecera le asombra que siga vivo.

«Ese estólido galeno no comprende que es porque en realidad no estoy vivo. He sido siempre un muerto. Un nihilismo tan absoluto, tan perfecto, tan terrible como el mío, te otorga una naturaleza metafísica, ajena a la vida. Soy un muerto solitario, valga el pleonasma; el único habitante de la Luna.»

—Perdone el señor. Ese menú no es el suyo, señor. Usted tiene el de régimen: acelgas con refrito, pescadilla al horno y fruta del tiempo —le dice a Elorriaga la camarera, una diminuta dominicana de voz apagada y parecida de cara a la Chirli, la colombiana con la cicatriz junto a la boca que ponía cachonda a la Pantera.

—La pescadilla que se muerde la cola.

—¿Cómo dice, señor?

—Que no me quite el buen humor, amable señorita. Tengamos la fiesta en paz. Ceno lo que me da la real gana, ¿estamos? Traiga lo que le he pedido y punto. No me obligue a llamar al *maître*.

—No, señor. Como diga el señor.

—Eso está mejor. ¿Las habitas son naturales o de bote?

En el techo acristalado del comedor suena la lluvia; la misma lluvia sobre Guipúzcoa que lavará los huesos desenterrados de Mailu.

El exgobernador Elorriaga, al igual que el general Ramírez Goliardo y el subcomisario Arnedo, fue condenado en 1990 a treinta años de prisión por el secuestro y desaparición de Joseba Zubia Zaldúa en 1983 y absuelto de los delitos de pertenencia a banda armada y tortura. Salió de la cárcel en 2005 gracias a un suplicatorio al Congreso por motivos de salud. Inhabilitado para todo cargo público, vive de las saneadas rentas de su herencia familiar.

«Arnedo solo era un policía corrupto, un rufián vicioso y un mercenario inmoral. Fue una equivocación darle responsabilidades, fondos reservados y poder para obrar a semejante vivalavirgen. Juró que iba a matarme por inculparlo, pero por ahí anda y yo aquí sigo, esperándolo, como si se tratara de mi zascandil ángel exterminador. Goliardo era un puritano hipócrita que no

tenía nada que ver con el libertino significado de su apellido, un patriota convencido, como Mailu. Por creer, Goliardo creía hasta en Dios, revelación inequívoca de una inteligencia inferior. El guardia civil y el etarra eran dos fascistas de libro, de los que piensan que las patrias existen y que valen el precio de morir y matar por ellas. Ambos, estúpidos y despreciables.

»"El patriotismo es el último refugio de los canallas", escribió el certero doctor Johnson. A veces es el primero, el estandarte que portan canallas aún peores. Incontestable Samuel Johnson, perspicaz descubridor de imposturas, de los más logrados enmascaramientos de la feroz condición humana. Borges aprecia su clarividencia desde lo opuesto: "El principal mérito de Johnson era su capacidad de ver la verdad". ¿Qué sería del ser humano sin la mentira? ¿Y qué es la verdad y a quién corresponde su uso? En uno de sus cuentos, Isak Dinesen considera que la verdad es para sastres y zapateros. ¿Y qué era yo? ¿Por qué ayudé a torturar y matar si no creía en la patria ni en nada? Quizá por armonía poética y consecuencia. Dar muerte como cúspide de la negación del valor de la vida. O solo fui otro nazi, más refinado, racionalista y pretencioso que ellos. Militante comunista en la universidad y socialista después, qué gracia; manierismos románticos. Aunque es posible que sí creyera en que uno debe hacer lo que está llamado a hacer por pura lucidez y superioridad mental; y para servir a la razón de Estado más allá de la legalidad, que no es para mí más que una variable convención arbitraria.

»El Estado, ese triturador implacable de entidad superior al cual respeto y que posee los atributos del perfecto depredador según Frederik Selous: apetito constante y ningún escrúpulo. Admiro la voracidad del Estado y su rigurosa práctica de la ley del Talión; si es que soy capaz de sentir admiración por algo. El Estado, que es como el guerrero al que nada destruye y aniquila a todo el que se le enfrenta. El Estado es la realidad inexorable; la patria no es más que una trasnochada entelequia con una mano de purpurina *kitsch*.

»Hicimos oídos sordos a la prevención de Marco Aurelio: "Si contra tu enemigo no encuentras más recurso que la violencia, terminarás por ser derrotado, pues le darás razones para aumentar y aun mejorar la suya". Fue un error utilizar contra ellos las mismas tácticas que el terrorismo y aún más abyectas. Y además hacerlo tan mal. Ha sido su machacona coartada para el victimismo. Y que saliera a la luz, aunque solo fuera una parte, nos cubrió de oprobio. Ahí me equivoqué. Sin embargo, hemos ganado. Están derrotados en todos los frentes, aunque a medio plazo sacarán rédito político y se volverán a infiltrar en la legalidad y las instituciones.

»¿Y puestos a matar, por qué matar a uno y no al otro? ¿Al etarra en vez de al militar? Tal vez simplemente por estética y civilización. Y oportunidad. Uno era un bárbaro y el otro un romano de uniforme. El discreto e irracional

encanto de lo castrense. Preferí el nacionalismo del rastacueros al del bárbaro. El provincianismo de uno al del otro, aunque fueran similares en cuanto al grado de engreimiento. Provincianismo y engreimiento van siempre de la mano y provienen de un fracaso cultural. Vuelvo a Borges, a lo que escribe sobre Argentina en su cuento *El otro*: “Cada día que pasa nuestro país es más provinciano. Más provinciano y más engreído, como si cerrara los ojos”. Y en fin, porque me excitaba la idea de ver torturar a un bárbaro desnudo. Puede que Goliardo tuviera razón y también concurren en mí unas gotas de psicopatía, la angostura del cóctel, pero no lo admitieron como eximente durante el juicio en la Audiencia Nacional.»

Elorriaga es un homosexual vergonzante con escasa pulsión para el sexo, reducida experiencia y ninguna relación sentimental. Vivió con su madre hasta la muerte de esta, en 1989. Su fallecimiento le dejó el camino expedito para entregarse. «De haber estado viva mamá, no lo habría hecho. Verme en el banquillo y luego entre rejas la habría aniquilado.» En la cárcel permaneció aislado a petición propia y por permiso especial.

Elorriaga acostumbra a leer periódicos mientras hace sus comidas solitarias, de las cuales solo algunas son pantagruélicas.

«Las habas al final son de bote. La malcarada camarera de bolsillo me la ha metido. Pero son de buena marca, yo diría que Gutarra. El jamón es de bodega, pero tiene un pase. Aprobado justo.»

Su obesidad flácida se debe más a un sedentarismo absoluto y a la retención de líquidos. «Elogio de la indolencia, como decía en aquel memorable artículo el histrión británico Robert Morley, la encarnación de Pickwick. La indolencia es la lógica expresión de la acedia. Como al cofrade hipopótamo Morley, me gusta pasar horas sobre la cama, boca arriba, mirando el cielo raso, la pantalla blanca sobre la que proyecto mi alma negra.»

Se ha reservado como lectura para la cena una larga entrevista al expresidente Fernando Gómez que ha publicado *El País*. Sonríe al leer una de las frases que ha destacado el diario en letras mayores: «Al Estado se le sirve también desde los sótanos y las cloacas». «Eso bien lo sabemos los dos, ¿verdad, Fernandito, guapo? Con la diferencia de que yo pagué un precio mucho más caro por practicarlo que tú por ordenarlo desde la sombra, desde la zona opaca de impunidad ante la ley. Sin que atempere mi agravio la condición subjetiva de que a mí estar en la cárcel me resultara tan indiferente como respirar o dejar de hacerlo. No fue más que otro aislante alrededor de mi propio aislante ontológico.

»Fernando Gómez. Qué encantador de serpientes y qué caradura ha sido siempre este seductor, atractivo y brillante príncipe entre maquiavélico y

zarzuelero. Tan mentiroso como aquella mujer que decía Charles Simic que fingía el orgasmo hasta cuando se masturbaba a solas. En qué penosa caricatura que come del poder financiero y le baila el agua a la derecha se ha convertido.»

En la entrevista, Gómez confiesa que en 1983 tuvo en su mano la decisión de acabar con la cúpula de ETA. Los tres jefes de la banda vivían juntos en un chalé de Bidart que estaba localizado. Pero el expresidente afirma que al final le pudo el respeto a la legalidad y a la inviolabilidad del territorio francés y no dio la orden. «Qué desfachatez tienes.» Gómez concluye esa parte de la entrevista diciendo que muchas veces ha dudado acerca de si tomó la decisión acertada. Se habría ahorrado el dolor de muchas muertes posteriores. «¿Por qué cuenta ahora el fantasma este cuento?»

Elorriaga come las tres últimas habas con el último trozo de jamón frito, apura la copa de vino y la llena de nuevo.

«Yo propicié que la minuciosa y cruenta demolición de Mailu saliera a la luz. Y busqué la cárcel para mí y los otros con la confesión. ¿Por qué? Tal vez debo volver de nuevo a Borges, al tema del traidor y del héroe. Aunque más que la literaria ambigüedad de la traición, jugué el rol del delator, bastante menos glamuroso. Fue mi manera de flagelarme y degradarme, como compensación tras el desorden de los sentidos, del exceso que supone la esencia del asesinato. El ayuno después del festín.

»Y me pareció adecuado que Arnedo y Goliardo, los dos perros de presa, resultaran también sacrificados para dar un empaque ritual a mi inmoliación y a mi pequeño desafío al Estado de remover un poco su pozo séptico. Ambos asesinos pasaron muchos menos años en la cárcel que yo.

»Gómez no me perdonó la innecesaria confesión, aunque no lo implicara. Comprendí que era tarea estéril airear el secreto a voces de que la orden de guerra sucia contra ETA partió de él. Creo que cuando perdió el poder, incluso negoció con su sucesor de la derecha, el megalómano Alabarda, que no me concediera el indulto. Roma no paga a traidores, por lo general, pero lo que no hace nunca es perdonarlos.»

La atemorizada camarera sirve a Elorriaga el rabo con puré de patata. «Generosa ración.» En el comedor siempre está puesta la televisión y a volumen alto, pues así lo demandan la mayoría de los comensales, ancianos acostumbrados a verla mientras comen. Elorriaga se ha quejado varias veces por tener que soportar la tabarra, pero no ha conseguido que le hagan caso.

«Delicioso. La carne en su punto; se suelta casi sola de las tuercas de hueso caudal. Y el puré, cremoso y denso; sublime.»

El deleite que le proporciona el plato distrae al exgobernador de la lectura de la entrevista. Lo que se ve en la televisión le llama la atención. Es el programa de humor que al mismo tiempo mira sin ver Amaia Zaldúa. El vídeo manipulado de los etarras que levantan una y otra vez los puños al ritmo de la balada *heavy* coincide con el momento en que Elorriaga se ha metido en la boca un hueso más pequeño para chupetearlo a conciencia y desprender hasta la última brizna de carne. La chanza televisiva le sorprende y le hace mucha gracia. Sin darle tiempo a escupir el hueso, le asalta una carcajada y se lo traga. La tuerca se le atraganta y le impide respirar.

Elorriaga gorjea con aparatosidad, pero no consigue liberar el hueso. Muy angustiado, se lleva una mano a la garganta, se pone de pie y al hacerlo empuja con su abultadísimo abdomen la mesa y derriba con estrépito todo lo que hay sobre ella. La botella se rompe y el vino se extiende por el suelo formando el dibujo de una explosión que a Elorriaga le parece un símbolo plástico que representa a la muerte auténtica, la que carece de literatura, la que lo quiere atrapar de verdad.

«¡No quiero morir!» Los comensales más cercanos acuden a auxiliarlo, pero no saben cómo. La camarera pone cara de tragedia y pide socorro como si fuera ella la que se ahoga. «¡Me ahogo! ¡No! ¡No! ¿Voy a terminar así? ¡Es grotesco!»

Elorriaga transforma el ronco gorjeo en una mezcla de grito desesperado, que no puede brotar, y estertor agónico; la voz desconocida de un animal extinguido.

«Es como el garrote vil o la horca lenta: una tortura; justicia poética.»

Alertado por la escandalera, el cocinero acude al comedor. Es un gigante de uno noventa con unos brazos largos y hercúleos y unas manazas capaces de triturar una patata cruda. De joven fue socorrista en la playa de Zarauz y sabe practicar la maniobra de Heimlich.

Elorriaga está a punto de desmayarse y la mente se le nubla. Suda a mares y se le salen los ojos de las órbitas. El cocinero toma cartas en el asunto. Se coloca detrás de Elorriaga y se pega a él; componen una estampa de cierto aire homosexual.

El cocinero lo abraza por encima del estómago con dificultad a pesar de su envergadura, pone la manaza izquierda sobre la derecha cerrada en puño y oprime y alza a la vez al exgobernador. Para poder llevarlo a cabo necesita realizar un gran esfuerzo, tanto como en su época de levantador de piedras en las pruebas de deporte rural. A la tercera va la vencida.

El hueso sale disparado de las fauces de Elorriaga, traza una parábola, da

en medio de la frente de la llorosa camarera y cae al suelo ajedrezado del comedor. Ha quedado sobre un cuadro blanco, al lado de la flor de vino tinto, que ha estallado sobre un cuadro negro. Elorriaga lo mira y no piensa en nada, tiene en ese instante la mente también en blanco, detenida. Todo su afán es ahora respirar con premura y avaricia de aire.

(1980)

Koldo Arrieta Mendibil, alias *Karraka*, el encargado de explosivos del comando Donosti al que le explotó en las manos la carga de dinamita sudada que pensaba colocar en el cuartel militar de Loyola, tenía veinticinco años y era natural de Ondarroa, pueblo pesquero de la costa de Vizcaya con alcalde de Herri Batasuna, el brazo político de ETA, y mayoría de la población afecta al *abertzalismo* radical.

El funeral de cuerpo presente se ofició en Ondarroa con asistencia de mucha gente, no solo del pueblo. Herri Batasuna fletó varios autobuses que partieron de Bilbao y San Sebastián. No faltaron los principales miembros de la mesa nacional de HB. Amaia Zaldúa acudió desde Bilbao, sin su marido. Patxi Zubia ya no iba a esas cosas.

El féretro, con un contenido casi simbólico, ya que el cuerpo de *Karraka* quedó muy desmembrado y disperso, fue llevado a hombros por su cuadrilla de toda la vida desde el coche fúnebre a la iglesia, pasando primero por el ayuntamiento, donde fue colocado a la entrada para el acto de homenaje. Una *ikurriña* cubría el féretro y encabezaba la comitiva la madre del muerto con una gran talla en madera de la serpiente y el hacha, el emblema de ETA.

El alcalde declaró a *Karraka* hijo predilecto de Ondarroa y héroe del pueblo vasco. Dos muchachos tocaron la *txalaparta* durante el acto, se cantó a coro el «Eusko gudariak» puño en alto y un *dantzari* vestido de blanco bailó ante el féretro un *aurreku* de honor al son de un *txistu* y un tamboril. Los gritos de «*Gora ETA militarra*» y «*Jo ta ke irabazi arte*»^[17] arreciaron cuando aparecieron dos encapuchados que quemaron una bandera española. Ya en la iglesia, el cura, que celebró la misa en euskera, tuvo también buenas palabras para el finado y no se refirió a la violencia.

El fuerte dispositivo que la Guardia Civil desplegó en Ondarroa se mantuvo a distancia y con orden de no intervenir.

(1981)

Margarita Mendieta fue una de las diez mil personas que acudió a la manifestación convocada en Bilbao para pedir a ETA la liberación de José María Ryan. Fue la manifestación en el País Vasco más numerosa hasta la fecha en contra del terrorismo de la banda armada. Ocupó buena parte de la larga calle Autonomía, que había recuperado hacía poco el nombre que tuvo en la Segunda República.

José María Ryan era el ingeniero jefe de la central nuclear de Lemóniz, que la empresa Iberduero comenzó a construir en 1972 en la costa de Vizcaya. Desde el comienzo de las obras, movimientos ecologistas y antinucleares, de los que formaban parte las organizaciones *abertzales*, se opusieron con diversas movilizaciones a la construcción de la central por el impacto ambiental de su emplazamiento y la propia energía nuclear. «Ez[18], ez, ez, zentral nuklearrik ez», fue la consigna de manifestaciones, carteles y pegatinas.

ETA hizo suya esta reivindicación y desde 1977 comenzó a atentar contra la central y sus trabajadores con la exigencia de la paralización de las obras. La banda apretó más la tuerca con el secuestro de Ryan. Para liberarlo, puso la imposible condición de que la central fuera demolida en el breve plazo de una semana.

La manifestación recorrió las calles un día antes de que expirara el plazo. A Margarita le acongojó y emocionó que encabezara la marcha la esposa del ingeniero con dos de sus cinco hijos, de tan solo nueve y ocho años, los mayores. Los dos niños, uno a cada lado de su madre y muy pegados a ella, iban con cara de asustados.

Tras la manifestación, Margarita se arrodilló en la catedral y con una larga plegaria pidió a Dios que salvara la vida de Ryan. El que no lo hiciera, lo consideró uno de sus inescrutables designios. Su fe y confianza en el Señor eran entonces inamovibles. Dejarían de serlo en 2010, tras el suicidio de su hija.

El 6 de febrero, ETA comunicó el lugar, un camino forestal, en el que se hallaba el cadáver de José María Ryan. Estaba maniatado, con una mordaza en la boca y tenía un tiro en la cabeza.

Partidos y sindicatos, salvo HB y el sindicato *abertzale* LAB, convocaron una huelga general en el País Vasco contra ETA.

El día 23 de ese mismo mes, el teniente coronel Tejero entró en el Congreso de los Diputados pistola en mano.

La central nuclear de Lemóniz nunca se puso en funcionamiento y quedó en el paisaje como un espectacular cadáver industrial.

(1982)

El gobernador civil de Guipúzcoa, José Ángel Elorriaga, pensó que aquel era el escenario canónico para un funeral: una tarde lluviosa y fría de otoño, con paraguas negros, luz melancólica y asfalto mojado. Se oficiaba en Rentería, la tercera población en número de habitantes de Guipúzcoa.

El cortejo fúnebre esperaba en la puerta de la iglesia la llegada del féretro con el cuerpo de Melchor Gandiaga Portuondo, de sesenta y dos años, empresario de Rentería asesinado por ETA.

Gandiaga no había cedido al intento de extorsión económica de la organización, lo que ETA llamaba el impuesto revolucionario, que pagaban muchos empresarios y profesionales vascos.

ETA enviaba una carta con su anagrama en la que comunicaba al destinatario, como si fuera una distinción, que había sido escogido para contribuir con una cantidad única o periódica a la causa de la liberación del pueblo vasco. Cuando se trataba de un empresario, como era el caso, la carta añadía que el impuesto era una manera de devolver al pueblo lo que obtenía por la explotación de sus trabajadores. A Gandiaga, que era dueño de una pequeña fábrica de construcciones metálicas, le exigían diez millones de pesetas.

Gandiaga no se lo contó a nadie, ni siquiera a su mujer. Vivió solo la angustia. Decidió que no iba a pagar, que su dinero no iba a servir para financiar más asesinatos y extorsiones. Tras el segundo aviso conminatorio, no llegó un tercero.

Al funeral acudió también el lehendakari Goikoetxea, el ministro del Interior Juan Barriuso y el coronel Ramírez Goliardo, de uniforme. Había bastantes guardaespaldas.

Gandiaga daba empleo en su empresa a una treintena de personas, todos vecinos de Rentería. Asistieron al funeral la mayoría. Elorriaga observó las ventanas y balcones de la plaza. Muchos estaban con las persianas bajadas, como si no viviera nadie en esos pisos. El gobernador imaginó a las personas hostiles o atemorizadas, o ambas cosas a la vez, mirando por los resquicios de las persianas la congregación funeraria en la plaza. La estampa de aquel lugar inhóspito, cargado de miedo y silencio opresivo, le recordó a la fea Alexanderplatz de Berlín Este.

En la homilía, el cura habló del asesinato fratricida de Caín a Abel.

(1982)

El presidente del Gobierno, Fernando Gómez, pensó que la festiva iluminación navideña de la calle contrastaba con los féretros a hombros de militares uniformados. El funeral era en Madrid y multitudinario. Los once ataúdes en hilera, todos cubiertos con la bandera nacional y rodeados por una multitud que hacía estrecho pasillo para que pasaran, entraron en la iglesia. Había muchos militares. El ambiente era muy tenso. Se oyeron gritos de militares al poder, Gobierno dimisión y vuelta de la pena de muerte.

El atentado había sido una masacre cometida con un lanzagranadas automático. Tres granadas de fragmentación impactaron en un microbús sin distintivos del ejército de tierra que cada día llevaba al cuartel, por un itinerario distinto en la medida de lo posible, a militares de paisano de la división acorazada Brunete. Un teniente coronel, tres comandantes, tres capitanes, dos tenientes y dos soldados de reemplazo resultaron muertos. Hubo seis heridos graves, dos de los cuales murieron al cabo de unos días.

En la misa concelebrada por el obispo de Madrid y varios sacerdotes, durante la comunión, el presidente Gómez habló a Barriuso, el ministro del Interior, con cuidado de que nadie más le oyera.

—Esto se está yendo demasiado de las manos. Hay que darles en sus madrigueras de Francia, duro y bajo cuerda. Unas dosis de su mismo jarabe. Tenemos que debilitarlos y sobre todo acojonarlos. Y que Francia reaccione de una vez y les meta mano. Organízalo. Como quieras y con quienes quieras, pero con resultados y sin cabrear mucho a los franceses. Yo no quiero saber nada en ningún momento. Nada de nada. ¿Entendido, Juan?

(2014)

Tras la revocación de la doctrina Parot, el preso de ETA Karlos Kortezubi Buruaga, alias *Pelufu*, saldrá de la cárcel con cincuenta y cinco años, antes de lo que esperaba.

Le aguardarán a la salida del presidio su mujer, su hijo mayor y su nuera, con una ikurriña en las manos que agitará como si sacudiera las migas de un mantel, para llevarlo en coche de vuelta a casa, a su pueblo, que es Lasarte-Oria, cercano a San Sebastián.

En el coche de su hijo, Karlos preguntará dónde está la manilla para bajar el cristal de su ventana. Le sorprenderá que se abra y cierre con un elevelunas automático.

Al llegar a Lasarte-Oria al anochecer, en vez de ir a casa, Karlos tendrá reservada otra sorpresa. Sus familiares lo engañarán para parar un momento en una sidrería, que para él es nueva, con la disculpa de que quieren tomar algo. Allí se encontrará con que le han preparado un homenaje, una fiesta de recibimiento con la sidrería cerrada para él. Un nutrido grupo de personas, a las que en su gran mayoría no conoce, le aplaudirán, vitorearán y abrazarán, incluidos los camareros, con familiaridad, cariño y jolgorio. Karlos se sentirá abrumado y le embargará la emoción.

La cena, típica de sidrería, consistirá en choricito a la sidra, morcilla frita, algo de jamón, tortilla de bacalao, chuletón y queso con membrillo de postre. Sidra y tinto Rioja para regarla. El ambiente será cálido y todo el mundo hará gala de vocinglero buen humor.

Con el café y las copas, un par de desconocidos harán breves discursos en los que evitarán toda referencia a ETA. En la decoración festiva del local se habrá excluido cualquier símbolo de la banda. Pedirán a Karlos que diga también unas palabras. Pelufu, el veterano militante que nunca renunció a ETA ni se arrepintió de nada ni pidió medidas de gracia, estará un tanto pedo, se emocionará de nuevo, apenas sabrá qué decir y terminará su breve y entrecortada locución puño en alto y a los gritos de «*Gora Euskal Herria askatuta*» y «*Gora ETA militarra*», los cuales apenas serán secundados.

Unos días después, Karlos volverá solo a la sidrería del homenaje para tomar un vino en la barra y para que le saluden con cordial respeto. Se encontrará con que los camareros son otros y nadie le conoce. Tomará el tinto de dos tragos, lo pagará y se irá rápido.

(2010)

«El zapata en la cabeza no tienes que poner. Roto, como siempre. Siempre hay que arreglarlo todo, yo, yo, inútiles. ¡Abuela! Idiotas las muy putas. ¡Abuela! ¿No te jode? Besugo, besugo.»

El atardecer del día de junio en que un caminante encuentra el esqueleto de Mailu en el bosque de Aia, el exgeneral de la Guardia Civil Agustín Ramírez Goliardo, apoyado en dos bastones, arrastra los pies calzados con zapatillas de casa con pasos muy cortos por el jardín del asilo municipal de Torrelavega, en Cantabria.

Goliardo tiene ochenta y un años, padece artrosis en las caderas y las rodillas y una avanzada demencia senil o alzhéimer. No se sabe a ciencia cierta cuál de los dos males lo anula porque no le han hecho pruebas neurológicas y no se le ha diagnosticado; se consideró que no valía la pena.

«Dicen que son rocas, pero son perros. Las veo, las veo. Se mueven. ¡Abuela! A mí me van a decir. Besugo.»

«Abuela» y «besugo» son las muletillas constantes de su mente enajenada, tan presentes como los dos bastones que le ayudan a caminar. Quién sabe por qué llama tanto a su abuela o si todavía comprende qué es una abuela. Lo del besugo parece más claro. Cuando era el comandante de la fortaleza de Intxaurren iba con frecuencia a un asador de Orio en el que le servían en un reservado magníficos besugos, su pescado preferido, cocinados a la brasa. El dueño del asador escogía para el coronel y los oficiales que lo acompañaban las mejores piezas. No le movía ni el celo profesional ni un afán de agasajo, sino el miedo a los guardias civiles, sobre todo después de que hubieran bebido más de la cuenta.

Goliardo cumplió cuatro años de la pena de treinta por el secuestro y la desaparición de Joseba Zubia Zaldúa. Fue indultado por el primer Gobierno del Partido Popular en 1996, está internado en el asilo desde 2006 y demente desde 2008. Se quedó viudo en 2004. Tiene cuatro hijos, de los cuales tres van a verlo de vez en cuando.

Goliardo arrastra las zapatillas hasta un banco, en el que se sienta una anciana con la cabeza también perdida que juega con un fantasma a *Me quiere o no me quiere* deshojando los pétalos de unas flores, unos pensamientos negros que ha cortado a escondidas de una maceta. La anciana coloca los pétalos negros en el banco, separados entre sí. Goliardo se sienta a su lado, deja los bastones apoyados en el banco y observa el juego sin entenderlo.

—¡Abuela! ¡Abuela! ¿Qué es eso? —le pregunta Goliardo.

—Sí me quiere. Sí me quiere, a mí. Solo a mí. No a esa —dice la anciana con alegría infantil al depositar un noveno pétalo y dar el juego por concluido.

—Yo no te quiero, mala puta. Es sucio. Besugo, besugo, besugo.

«Cochino para cagalera amarilla vieja de vieja de vieja.»

Goliardo mira fijamente los nueve pétalos negros y muda su actitud ausente y a la vez obsesiva. El rostro se le crispa en un gesto de terror y le tiembla la arrugada boca como si viera algo abominable. Su memoria destruida se rehace un instante y ve una imagen del pasado que le produce horror reconocer.

«¡Los dedos con sangre! Las gotas en el suelo. Muchas. Sus aullidos. Las uñas se quedaron negras después. Las uñas en la bolsa para enseñar.»

Los pétalos se han convertido en las nueve uñas duras y ennegrecidas por el tiempo que su torturador Pastrana arrancó a Mailu de las manos una por una y que Goliardo después guardó.

«Para dar miedo. El miedo no lo aguanta nadie. ¡No se aguanta! ¡Me explota!»

El exgeneral se pone de pie con sorprendente rapidez para su decrepitud, se lleva las manos a la cabeza descubierta y glabra, grita por el dolor intenso y lacerante que supera al terror, llama a su abuela por última vez y no vuelve a decir «besugo». Sufre una fuerte apoplejía, cae desmayado y muere a los pocos minutos. La cara se le ennegrece, en armonía con los pétalos de los pensamientos y las uñas arrancadas.

(1986)

—¿Canta o no canta el pájaro? —preguntó el coronel Goliardo, sentado a la mesa de su austero despacho en Intxaurreondo.

—No, todavía aguanta —le respondió el teniente Bocángel, encargado del interrogatorio—. Y eso que Frutos le aprieta a base de bien. Parecía un blandengue, pero no lo es.

El cabo primero Frutos era el sucesor de Pastrana en las labores de tortura.

—Sin dejarlo marcado, espero. Que últimamente están muy tontos con esa copla —dijo con cierto fastidio el coronel.

—Con la carita como un niño. Un niño muy feo, eso sí. Porque cuidado que es feo, el hijo de puta. Como un mono.

—Guárdese las gracias, Bocángel. Moler a golpes a un hombre no tiene nada de cómico y al menos se merece que le tengamos un respeto por resistirse a delatar a los suyos. ¿Estamos?

—A sus órdenes, mi coronel —dijo el teniente con voz más alta y poniéndose en posición de firmes.

—Descanse, descanse. Con el apellido que tiene está obligado a decir cosas propias de la boca de un ángel. —Goliardo esbozó una sonrisa sardónica—. Aunque con ese bigotón de bandido mejicano que lleva usted, no se sabe si tiene boca de ángel o de diablo.

—Pretendo que resulte marcial, mi coronel.

—Sí. Marcial Lafuente Estefanía. —Goliardo fue aficionado a esas novelitas del Oeste, simples y con mucha balacera, hasta que le cosieron las estrellas de capitán; las leía a escondidas—. Vamos a dejarnos de bobadas y a probar con otra táctica —añadió Goliardo al tiempo que se levantaba de su asiento con la misma rapidez que lo haría veinticuatro años después para morir—. Que a veces más vale maña que fuerza.

Antes de salir del despacho, Goliardo cogió de un cajón de su mesa una bolsita de gastado cuero, no más grande que una cabeza de ajo, anudada con un cordón de zapato.

Habían detenido el día anterior a Jon Coria Moreno, de veinte años, vecino de Ermua e hijo de inmigrantes andaluces. Se le suponía miembro legal de ETA y dedicado a cometidos de información. Antes de pasarlo a disposición judicial intentaban sacarle sus contactos, que, con suerte, podían ser con un comando operativo. Aunque se sabía que lo habitual era dejar la

información en un zulo que utilizase el comando y evitar los encuentros.

A Coria lo tenían desnudo en una habitación desnuda. Estaba sentado en una silla metálica sin apoyabrazos, con las manos esposadas por detrás del respaldo. El bisoño etarra sollozaba. El cabo primero Frutos lo había estado sacudiendo en el cuerpo con una toalla mojada con el refuerzo de un par de nudos y en las puntas de los dedos con varillas de paraguas. También lo había dejado sin aire con una bolsa de basura ajustada al cuello.

El coronel Goliardo se sentó frente a Coria en una silla igual. Lo hizo en una posición rígida, con la espalda muy recta y los pies juntos.

—Hola, chaval. Qué serio estás. He de reconocer que tenía razón, teniente. Es feo con ganas, el jodido —dijo Goliardo dirigiéndose a Bocánel, que estaba de pie a su lado y sonrió con aquiescencia mientras pensaba que el coronel a veces era un poco gilipollas y siempre, un cabronazo.

Goliardo dijo lo de la fealdad como si el aludido no estuviera frente a él, ignorándolo con desprecio.

—Te voy a contar un chiste para que te rías y te relajés un poco —dijo Goliardo al etarra—. Uno de guardias civiles, que seguro que son de los que te gustan y te hacen mucha gracia. Pero ahora mismo no me acuerdo de ninguno. Y me sabía uno o dos muy buenos. Qué mala memoria. ¿Se sabe usted alguno, Bocánel?

—No, mi coronel. Soy muy malo para los chistes.

—O nos lo puedes contar tú mismo. Venga, ánimo, hombre. —El etarra negó con la cabeza como si no diera crédito a lo que oía o le resultara difícil de soportar—. Bueno, ya veo que eres un soso y que no tienes sentido del humor. Entonces vamos a cambiar de tercio. Dicen mis hombres que no quieres cooperar. Verás como con esto te convenzo. ¿Sabes lo que tengo en esta bolsita? —Se la mostró cogida con dos dedos y balanceándola.

Coria negó de nuevo con la cabeza. Goliardo desanudó la bolsita con parsimonia.

—¿Te acuerdas de Joseba Zubia Zaldúa? Mailu, el jefe del comando Donosti, que dicen que desapareció y nunca más se supo de él.

Coria negó una vez más.

—Sí, hombre. ¿Cómo no te vas a acordar? Pues antes de irse de vacaciones, nos dejó esto de recuerdo.

Goliardo abrió la bolsita y vació el contenido sobre la palma de su mano izquierda, que acercó al rostro del torturado para que viera bien las nueve uñas negras. Coria bufó de miedo y retiró la cara.

—Míralas bien. Se han quedado negras con el tiempo. Solo hay nueve. La décima no hizo falta arrancársela porque cantó de plano y confesó hasta que fue él quien mató a Cristo.

El etarra gritó de terror con la misma intensidad que Goliardo en su postrera alucinación. Reveló todo lo que sabía, que al final era poco.

(1955)

Tras detener a Patxi Zubia y meterle una paliza, al cabo primero Leonardo Pérez Aguado se le quedó Amaia Zaldúa en el recuerdo, la recreó con imaginación calenturienta y fue consciente de que la deseaba. Averiguó dónde vivía con su marido y rondó un par de veces el caserío de Amorebieta, a solas.

Cuando no iba de patrulla en el Land Rover del cuartelillo, a Pérez Aguado le gustaba desplazarse en solitario en una vieja motocicleta Sanglas que había conseguido de segunda mano de la Guardia Civil de Tráfico. A su sentido de la chulería le gustaba la imagen que daba en la moto con el capote, el tricornio y el subfusil, el naranjero, terciado por delante.

Para quitarlo de en medio, Pérez Aguado detuvo de nuevo a Patxi Zubia, sin mayores explicaciones que ser sospechoso de algo vago.

Con el marido a buen recaudo en el cuartelillo, Pérez Aguado fue al caserío, donde encontró a Amaia dedicada al huerto y las vacas. Le contó que su marido estaba detenido y que dependía de su amabilidad que las cosas no fueran a peor. Entraron a la casa.

Amaia permitió sin resistirse que la desnudara del todo con brusquedad y que la tendiera con la espalda sobre la mesa de la cocina, donde Pérez Aguado la tomó sin quitarse el uniforme ni el tricornio, con la metralleta sobre la misma mesa, dejada en paralelo al cuerpo de la mujer.

La humillación de verse violada por un guardia civil produjo una excitación en Amaia como no había sentido nunca. Aquel chulo, guapo como un diablo, la llevó con sus firmes embestidas de macho seguro de sí mismo a un placer sexual que desconocía. Estar completamente desnuda sobre la mesa, con las piernas abiertas, ante un enemigo con el odiado uniforme que estaba dentro de ella y le removía las entrañas, la arrebató. Aunque intentó disimularlo, llegó a un orgasmo corto y violento que el hombre percibió y lo enardeció con un delicioso y profundo calor que redobló su ímpetu. Se vació dentro de ella al instante siguiente con plena satisfacción. Pérez Aguado valoró que la aldeana flacucha tenía muy buena jodienda, un coño prieto que ceñía bien su carajo y que se corría como una perra en celo.

A Patxi lo dejaron libre ese mismo día.

Pérez Aguado se enteró de que Patxi Zubia trabajaba en una granja de pollos cercana a Amorebieta. Era la granja del camión que se quedaría sin frenos en 1961 y estaría a punto de matar al pequeño Joseba.

El cabo primero podía ir al caserío de Amaia a las horas en que su marido estaba en la granja, sin necesidad de volver a detenerlo. Así lo hizo.

Pérez Aguado y Amaia repitieron bastantes veces el juego de dominación y de que ella era tomada por la fuerza, de que aquellos coitos que la llevaban al frenesí y que esperaba impaciente y cachonda eran contra su voluntad.

El guardia civil supo desde la segunda vez que no era necesario amenazar a la mujer ni advertirle que no contara a nadie sus visitas. Follaban sobre todo en la mesa de la cocina, el mismo viejo mueble de madera en el que Amaia anciana pela guisantes en 2010 haciéndose a la idea de que su marido se ha ahogado en el pilón.

En algunas ocasiones, también yacían en el lecho conyugal, donde Pérez Aguado sí se desnudaba, para satisfacción de la mujer, aunque nunca se permitió acariciar su cuerpo enjuto ni besarle. Nunca se besaron.

Una vez, al guardia civil le complació que lo hicieran sobre el sillín de su moto.

Durante el mes largo que duró la práctica de esta pasión, apenas hablaron. El guardia civil se limitaba a dar las órdenes sexuales precisas y ella a obedecerlas y disfrutarlas, sumisa y en silencio.

Amaia se quedó embarazada del que iba a ser Joseba. Pensó que las probabilidades de que su marido fuera el padre no eran muchas, pero se engañaba. En realidad eran del cincuenta por ciento, pues Paxi, por costumbre establecida, hacía uso del matrimonio todas las noches de sábado, aunque estuviese borracho.

La cara del niño recién nacido no ayudó a resolver la duda: Joseba se parecía a su madre.

Al cabo primero lo cambiaron de puesto y lo mandaron al acuartelamiento del barrio donostiarra de Herrera. No se despidió de Amaia, no le dijo que se iba. Simplemente se la tiró una vez más sabiendo que era la última. Olvidó pronto a aquella aldeana, en cuanto la sustituyó, lo cual fue enseguida.

Amaia esperó durante semanas una nueva visita que no se realizó. Tardó en perder la esperanza, hasta que la perdió del todo y llegó la congoja. No quiso hacer nada por enterarse de qué había sido de él; si seguía en el puesto de Galdácano o se había ido. Aceptó a la postre la ausencia del guardia civil como algo que tenía que pasar y era mejor que pasase, pero nunca lo olvidó ni lo reemplazó, ni siquiera en su mente.

Amaia Zaldúa no volvió a saber nada de Leonardo Pérez Aguado hasta que su hijo lo mató en 1976.

(1965)

Leonardo y Margarita contemplaron orgullosos a su hija. Marga estaba preciosa con el vestido de primera comunión, destacaba entre las demás niñas. La ceremonia se celebraba en la catedral, en la plaza de Santiago.

Leonardo estaba contento. Estrenaba un elegante traje gris marengo, acababa de ser ascendido a brigada y tenía una amante guapísima y discreta que no le pedía más que lujuria. Miró a Margarita, su mujer. Era lo único que deslucía su vida. Pensó que iba pintada como una puerta, que era vulgar y que no valía nada. Le avergonzaba ir a su lado. Menos mal que la niña había salido a él, en todo. Además, soportaba muy mal que su mujer fuese cada vez más meapilas, aunque reportara la ventaja de que apenas tenía que cumplir con el débito conyugal. A Margarita le habían extirpado los ovarios por una infección que casi se la lleva al otro mundo y no podía tener más hijos. Hacerlo solo por vicio de la carne le parecía pecado.

Leonardo reconocía que se equivocó al casarse con esta apocada mujer. Creyó que daba el braguetazo, que era una rica heredera, y el farsante del padre no tenía más que deudas. Lo único que aportó al matrimonio fue el piso libre de cargas de la calle Carnicería Vieja en el que vivían y que les evitaba tener que morar en la austera casa cuartel de La Salve, como casi todos los demás guardias civiles que servían allí. Por lo menos, la mosquita muerta le dejaba hacer su vida sin demasiadas preguntas ni quejas. Si no, sabía que cobraba. A él no le hacía falta que perdiera nadie para pegar a su mujer, según el dicho más o menos popular entre hinchas y seguramente utilizado con cualquier equipo español. «Alguna se llevará esta noche una paliza porque ha perdido el Athletic.»

A su hija le tocaba el turno de recibir la primera hostia. Su madre lloró emocionada y Leonardo le sacó una foto. El sacristán le reconvino por hacer fotos en el templo. A la salida, el guardia civil le enseñó su acreditación, le dijo que mucho cuidado con volver a llamarle a él la atención y le echó el humo del cigarrillo a la cara.

(2000)

Margarita Pérez Mendieta, la Pantera, tenía cuarenta y tres años y llevaba ya diecisiete encerrada. En 2000, cumplía la pena en la cárcel de Alcalá de Guadaíra, en Sevilla.

Era una mañana muy calurosa. La Pantera estaba en el patio, con las demás reclusas, sentada sin más en el suelo con la espalda apoyada contra una pared en uno de los escasos espacios en sombra. Una funcionaria la avisó de que tenía visita en el locutorio. La Pantera le preguntó que quién la visitaba, aunque sabía la respuesta. En diecisiete años solo su madre había ido a verla, más o menos una vez al mes, estuviera en una cárcel cercana a Bilbao o muy lejos, como entonces. Margarita Mendieta nunca se quejó a nadie del esfuerzo físico y económico de los viajes a larga distancia. La funcionaria pensó en contestar a la presa que entre sus deberes no estaba hacer de recepcionista y averiguar la identidad de los visitantes, pero se limitó a decirle que se trataba de una señora mayor. La funcionaria consideró para su respuesta que la Pantera estaba entre rejas, pero muchos de sus antiguos correligionarios aún no y seguían matando.

La Pantera dijo que no quería ver a la visita, como había hecho las ciento noventa y nueve veces anteriores. Contaba las visitas de su madre y sabía que la de aquel día era la que hacía la número doscientos. También supo que era la última vez que su madre iba a verla; la última vez que se llevaba el disgusto y la humillación de que su hija rehusara estar con ella. Supuso que su madre también contaba las visitas frustradas y que con doscientas las daría por concluidas para siempre. Así fue.

La Pantera fue a los servicios del patio y se metió en uno de los retretes para que nadie la viera llorar.

(2015)

Tras su reinserción, para la cual se acogió a la vía Nanclares, Carmen Gorostiza Sesma, no tuvo nombre de guerra, saldrá de la cárcel en enero de 2015 con veinticuatro años de pena cumplidos. Llegó a formar parte de la dirección de ETA, de la que fue expulsada durante su encarcelamiento por desobediencia y traición. Se limitó a cuestionar la lucha armada.

Ese mismo año, Carmen Gorostiza acudirá sin compañía al homenaje público en San Sebastián por el aniversario del asesinato de Joseba Garabieta Iza, sargento mayor de la Ertzaintza y militante del PNV. La dirigente etarra dio la orden en 1987 de que se acabara con su vida por la relevancia del *ertzaina* en la lucha antiterrorista.

Durante el homenaje será observada por los asistentes con cierto estupor; su cara es conocida por haberla divulgado los medios de comunicación, sobre todo cuando salió de la cárcel.

Al final del acto, la antigua etarra se atreverá a saludar a Ana Rincón Pujadas, la viuda del asesinado. Se presentará ante ella con nerviosismo y le tenderá la mano. La viuda le dirá con frío laconismo y cara neutra que ya sabe quién es y hará caso omiso de la mano tendida, lo cual, aunque Carmen Gorostiza lo preveía como lo más probable, la descolocará.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? —le preguntará Ana Rincón con cierta agresividad, después de dar un paso atrás para añadir distancia física a la psicológica.

—No lo tomes como una falta de respeto por mi parte, por favor. Es todo lo contrario. Me gustaría poder hablar contigo, a solas. No ahora, cuando puedas.

—¿Para qué?

—Para decirte algo que me parece importante.

—¿Importante para ti o para mí?

—Supongo que sobre todo para mí, pero quizá también para ti. No lo sé. Permíteme que te lo pueda decir. Por favor.

Ana mirará un instante a Carmen a los ojos, sopesará sus imprecisas palabras y acto seguido desviará la mirada a otro lado para pensar qué va a responderle. Carmen mirará a los ojos que la miran con humildad de juzgada sin posibilidad de absolución, después aguardará en silencio y encenderá un cigarrillo con mano algo temblorosa. Ana demorará unos segundos más su respuesta.

—Está bien. Hablemos. Escucharé lo que tienes que decirme. Pero no aquí.

Las cámaras de los medios de comunicación que habrán acudido al homenaje no dejarán de grabar a corta distancia el encuentro entre las dos mujeres.

—Donde tú digas.

—Dentro de una hora en el bar Zubiaurre; está junto al mercado de La Brecha. Suele ser un sitio tranquilo.

—Lo encontraré. ¿Tiene terraza?

—Sí, creo que sí.

—Si no te importa, como no hace frío, quedamos en la terraza. No soy capaz de estar más de diez minutos sin fumar.

—No creo que estemos juntas más de diez minutos. Pero bien.

Una hora después, las dos mujeres se encontrarán en la terraza del bar Zubiaurre. Carmen habrá llegado con veinte minutos de antelación y estará tomando la segunda cerveza. Cuando llegue Ana, que nunca ha fumado, observará que en el cenicero de la mesa hay ya tres colillas.

—Te agradezco que hayas venido —le dirá Carmen antes de encender otro cigarrillo con mano igual de intranquila que antes.

—No tengo mucho tiempo. Te escucho.

Carmen esperará para hablar a que el camarero le pregunte a Ana lo que quiere beber, que será también cerveza, detalle que agradecerá a Carmen, que por fin se atreverá a decir:

—Quiero pedirte perdón por haber mandado matar a tu marido.

—El perdón: era eso lo que querías decirme —dirá Ana sin el menor atisbo de empatía, tampoco de sorpresa—. He imaginado que se trataba de algo así.

—Desde la cárcel pedí perdón por escrito a las víctimas en general, pero al salir pensé que no era suficiente.

—¿Y el pedírmelo a mí, ahora, veintiocho años después de liquidar a mi marido, sí te parece suficiente?

—No, claro que no. Nada será nunca suficiente. Con nada se puede compensar aquello.

—Quien seguro que no puede perdonarte es Joseba. Ni perdonarte, ni

ninguna otra cosa.

—Desde hace bastantes años me arrepiento de su muerte y de las de todos los demás. Cada día.

—Ojalá te hubieras arrepentido mucho antes; antes de hacerlo. Lo tuyo me recuerda a los que se cargan a sus mujeres y después se suicidan, o solo lo intentan. Podían empezar por el suicidio y dejar a las mujeres en paz. Disculpa que me ponga un poco cínica.

—Es verdad. Pero la venda se cae cuando se cae.

—Bueno, en todo caso es mejor que se caiga tarde que nunca.

Esa apreciación de Ana dará esperanza a Carmen.

—Yo sabía perfectamente que Joseba se la jugaba porque estaba en la lucha contra vosotros, en esa guerra que solo existía en vuestras cabezas de fanáticos. Era su trabajo y a él se había entregado. Pero perderlo me destrozó la vida. Solo tenía treinta y ocho años, los mismos que yo. Y mi hija, que todavía era pequeña, se quedó sin padre. ¿Cómo puedo perdonar eso por muchos años que pasen?

La esperanza de Carmen se desvanecerá.

—Lo comprendo. Creo que yo pensaría lo mismo.

—Además, ¿para qué voy a perdonarte? ¿De qué sirve?

—Como te dije, para mí es muy importante. Me sirve a mí.

Carmen fumará con ansiedad y bajará la cabeza.

—Lo siento, no puedo perdonarte. Y en realidad, tampoco quiero. No he conseguido olvidar en absoluto y no tengo la suficiente generosidad como para perdonar. No me siento capaz de superar el rencor. Me hiciste demasiado daño.

—Lo sé.

—Y no creo que el perdón disminuya la culpa. No soy cristiana. El perdón no lava nada. Siempre serás culpable.

—También lo sé. Te lo aseguro.

—Incluso, que a ti te sirva de consuelo o de liberación el que te perdone, me incita más a negártelo, por simple venganza. Perdona tú mi mezquindad.

—Entiendo. Por lo menos quería que lo supieras —dirá Carmen con desolación.

—¿Tienes hijos?

—No. No tuve oportunidad.

—Más bien decidiste no tenerla, pero eso no es asunto mío. Si no tienes hijos, entonces tampoco tendrás nietos. Yo seré abuela dentro de poco. Para mi nieto, ETA no será nada. Mi nieto será de la generación que ya se habrá librado del todo de esa larga pesadilla. Para nosotras es imposible; las heridas no se cerrarán nunca y cualquier acercamiento sería algo antinatural, casi una obscenidad. Creo que así debe ser. Lo siento.

—Yo también lo siento.

Ana mirará el reloj y se levantará.

—Se me ha hecho tarde. Tengo que dejarte. Voy dentro a pagar mi cerveza.

—No, por favor. Ya pago yo.

—Gracias. *Agur*.

Carmen observará cómo Ana se aleja por la calle y desaparece entre la gente. Con expresión triste, permanecerá sentada y encenderá su enésimo cigarrillo.

(1983)

El gobernador Elorriaga recorrió el interior del inhóspito chalé con pasos lentos, obligados por su obesidad, que ya entonces era espectacular, mientras fumaba un cigarrillo; consumía dos paquetes de Winston al día.

El anuncio de alquiler decía que el chalé estaba parcialmente amueblado, lo cual resultaba una exageración o más bien un fraude. Solo había una mesa y tres sillas baratas en la cocina y un camastro en la sala que confería al amplio espacio un aire tétrico. Todo lo demás estaba vacío. Daba lo mismo. Lo único que importaba para los fines previstos era que la casa tenía sótano; allí iría a parar el escaso mobiliario. Y que el chalé, ubicado entre las aldeas guipuzcoanas de Iraeta y Cestona, donde está el balneario al que muchos años después irá Elorriaga a tragarse un hueso, estaba aislado, no había ninguna otra edificación cerca, ni carretera, ni nada. Era un lugar solitario, pero esa soledad no otorgaba paz, resultaba lúgubre. «*Atque ubi solitudinem faciunt, pacem apellant.*» Elorriaga asoció el pensamiento a la cita de Tácito. Aquel no iba a ser un sitio de soledad apacible, sino de aislamiento y gritos de dolor en un pequeño desierto hermético que nadie ajeno a la ceremonia secreta debía oír.

Elorriaga había alquilado la casa para un año por medio de un testaferro que no hacía preguntas. Acudió a visitar el chalé a la caída de la tarde en un coche conducido por Pastrana y con Enciso al lado, ambos de paisano.

Elorriaga indicó a los guardias que le esperaran en el coche, aparcado en el jardín en estado de abandono, y entró al chalé solo. Llevaba en la mano una cartera de fuelle, que dejó sobre la mesa de la cocina. Se notaba que la casa no se había alquilado en mucho tiempo; el polvo se acumulaba en el suelo y los rincones.

Elorriaga encendió la luz del sótano, un crudo fluorescente blanco, y lo contempló desde el dintel de la puerta, en lo alto de la escalera de acceso: unos simples peldaños metálicos sin barandillas que salvaban los cuatro metros de altura; le daría miedo bajarlos en su momento por el riesgo de caerse.

El sótano era rectangular, de unos veinte metros cuadrados, tenía suelo de frío terrazo, paredes alicatadas, que le parecieron al gobernador más propias de un modesto cuarto de baño, y estaba tan vacío como el resto de la casa.

Destacaba en una de las paredes, la más cercana a la escalera, un grifo colocado a unos palmos del suelo, sin desagüe ni pileta debajo, unido a una delgada cañería anclada a la pared por fuera. En la línea del anclaje, las

baldosas blancas y cuadradas estaban rotas y dejaban ver el cemento de la pared. Si salía agua por el grifo, podía resultar útil de varias maneras. No bajó a comprobarlo. Olía a humedad allí dentro.

Al gobernador le llamó la atención, y pensó que podía ser una ilusión óptica debida a su punto de vista desde arriba, que el suelo de terrazo parecía que estaba limpio, sin polvo, a diferencia del resto del chalé. Esta apariencia de limpieza se veía realzada por el color claro del terrazo, las baldosas blancas y la luz del largo fluorescente. La asepsia de lo que está cerrado, sin contacto con la podredumbre exterior. Lo adecuado para una cripta, un laboratorio de la crueldad. Elorriaga recordó el dicho alemán de que todo el mundo oculta algún cadáver en el sótano.

El gobernador volvió a la cocina. La precaria silla en la que se sentó crujió al soportar los ciento treinta y tres kilos de peso. Abrió la cartera y sacó la cena. Antes de dirigirse al chalé había hecho una parada en el restaurante Celaya, uno de sus favoritos de San Sebastián, donde pidió, bien puestas para llevar, una ración doble de mollejas de cordero empanadas. Elorriaga ya traía de casa un cuarto de hogaza de tierno pan de maíz con la corteza crujiente, media botella de tinto Viña Tondonia reserva, un sacacorchos, un vaso de plata, con el que su madre le daba agua de niño, un tenedor y una servilleta roja de hilo, el color pertinente para una cena informal en un lugar destinado al derramamiento de sangre. Una cena secreta en unión con la clandestinidad del sitio. Así como la congruencia de comer allí unas deliciosas mollejas, frías como un suelo de terrazo o las vísceras de un muerto.

Terminada la cena, Elorriaga se tumbó un rato en el camastro de la sala sin que lo disuadiera la suciedad del colchón. Fumó y miró al techo. Pensó que necesitaba una mano de pintura que nadie le iba a dar e imaginó lo que iba a suceder más pronto o más tarde en el sótano, bajo su corpachón tendido. El horror real superó las ensoñaciones de su morbosa imaginación.

(1965)

El cumpleaños de Joseba cayó en domingo. Su madre había decidido celebrar los nueve años del niño con una comida familiar. Como hacía muy buen día comieron fuera del caserío. Colocaron la mesa en la hierba, bajo el roble.

Fueron seis comensales: el cumpleañosero, Patxi, Amaia, Amaia hija, que tenía siete años y era una niña regordeta que se parecía al padre, y los abuelos paternos, los suegros de Amaia. Sus padres no la visitaban nunca y viceversa. Amaia no se hablaba con ellos desde que se casó porque le negaron una ayuda económica que podían permitirse. Una década después, el rencor persistía sin menoscabo.

Un día era un día y comieron langostinos con mayonesa, besugo y chuletitas de cordero. De postre, arroz con leche y mucho tinto de año para empujarlo todo.

Como siempre, Patxi bebió más de la cuenta, al igual que su padre, que sin llegar al alcoholismo de su hijo también le pegaba bien al frasco. Pero cundía el buen humor y hasta le rieron a Patxi sus gracias de borrachito.

Tras el postre, Patxi siguió bebiendo vino y cantaron canciones en euskera; corearon con especial emoción «Euzko gudariak» y «Gora ta gora Euzkadi», las más prohibidas. Joseba ya se sabía todas las letras, se las había enseñado *aita*.

La celebración se fastidió cuando Patxi pilló con su silla plegable el dedo índice a Joseba. El niño lloró por el dolor y Amaia le dijo a su marido con ira que siempre tenía que estropearlo todo por el maldito vino.

A Joseba se le puso la uña negra al día siguiente, después se le cayó y tardó bastante en crecerle una nueva. Esa uña del dedo índice de la mano izquierda fue la única que no hizo falta arrancarle dieciocho años después.

(1986)

Patxi y Amaia comían en la cocina del caserío, solos, como cada día. Su hija vivía en el cercano Durango, pero iba a verlos poco. Amaia no aceptó bien que su hija se casara con un maqueto de Badajoz. El desdén de la madre hacia su yerno distanció a la hija.

Amaia había preparado un chicharro grande que había comprado esa mañana en la pescadería de Amorebieta porque estaba muy barato. Al pasarlo por el grifo entendió la causa del bajo precio: olía. Distaba poco de estar malo, pero lo metió en el horno lo mismo que si estuviera fresco.

Joseba había desaparecido hacía tres años. Ese día era su cumpleaños, habría cumplido los treinta. Tanto Patxi como Amaia lo pensaron, pero no lo dijeron. Apenas se hablaban, lo justo para las cosas de casa. Lo único en que se notó que era un día especial fue que la distanciada pareja estaba aún más triste que de costumbre.

(2010)

«La hostia, lo que me duelen los dátiles. Por gilipollas, tío. Un gil del candil. Si vas ciego, no frías huevos, ansioso, que podía haber dicho el *negrata* cegato de *si bebes no conduzcas* del programa de la tele de cosas viejas. Me descojoné viéndolo.»

El mismo día que se publica en los medios de comunicación el hallazgo de los restos del desaparecido Mailu en el bosquecillo de Aia, Urko Clavijo Zubia se mira los dos dedos del signo de la victoria de la mano izquierda; los tiene vendados por quemaduras en la primera falange de cada uno.

«Me jode darle la razón a la vieja, pero tiene razón con la chapa de siempre de que no tengo paciencia.»

Urko es el único nieto de Patxi Zubia y Amaia Zaldúa, hijo de su hija Amaia, la que se casó con un maqueto de Badajoz y vive en Durango.

La noche anterior, el chaval, que tiene dieciséis años, ha llegado a casa muy ciego de canutos, como de costumbre, y con mucha hambre. «Una gazusa del copón.» Sus padres no estaban; «mejor». Amaia hija, que ha heredado hasta cierto punto la dipsomanía de su *aita*, tomaba la riada de vinos habitual con la cuadrilla y Víctor Clavijo, el padre de Urko, trabajaba hasta tarde en su taller de joyería. El chaval había querido hacerse cuatro huevos fritos, «para untar toda la barra de pan», como en la postrera merienda de su abuelo, cuyo suicidio apenas le ha impresionado ni lo ha sentido. «*Aitite*^[19] Patxi, un zombi.» Apremiado por el hambre, ha metido los dedos índice y medio de la mano izquierda en el abundante aceite de la sartén para comprobar si ya estaba caliente; y lo estaba: bien caliente. «Se me quitó la *gusa* y el morón de golpe.»

Las noticias sobre el descubrimiento fortuito de los restos de Mailu han refrescado la memoria a la opinión pública sobre los tortuosos hechos de 1983 y los implicados en los mismos, el caso Zubia, así como la guerra sucia llevada a cabo por el GAL.

Para Urko, aunque haya nacido más de una década después, Mailu, «*osaba*^[20] Joseba», es un héroe, su modelo a seguir. «Un tío con unos huevos como dos melones.» Amaia Zaldúa ha cimentado esta admiración en su nieto hablándole con frecuencia del *gudari* que dio su vida por la patria vasca.

«*Amama*^[21] Amaia sí es guay; la única de la familia que vale.»

Urko está todavía en segundo de la ESO porque repite ese curso y repitió uno de primaria; «qué ganas tengo de abirme del puto *insti*, colega, ya te

digo». Trapichea con marihuana y saca de ese modo «algo de guita» para costearse el *speed* y las pastillas que completan su precoz toxicomanía, que comenzó a los catorce años. El alcohol le tira menos: «Unas birritas y poco más».

La aparición de la osamenta de su tío, con las pruebas de que fue torturado y ejecutado mediante un tiro en la nuca, ha sacado de quicio al chico y encona su aversión a «los maderos y los cipayos[22]» y a todo lo español, incluido su padre.

«Mi viejo es un cabrón, un pringado y un *belarrimotza*[23], como dice *amama*, pero cualquiera se lo dice a la cara con la mala hostia que le canta y lo enfilado que me tiene.»

Víctor Clavijo Alfaque vota a los socialistas y le inquieta y repatea que su hijo coquettee con el radicalismo *abertzale*. Detesta a su suegra, a la que considera un monstruo fanatizado de influencia perniciosa.

«Ese apellido de mierda, de puto extremeño, de facha. Urko Clavijo, una guasa. En cuanto sea mayor de edad me lo quito. Urko Zubia suena de puta madre. Suena a delantero del Athletic o a baranda de ETA.»

Urko recibe educación bilingüe y habla euskera, como la mayoría de escolarizados en centros públicos de Euskadi. Sin embargo, piensa en castellano, la lengua que habla casi siempre. Escribe con faltas de ortografía y pésima sintaxis en ambos idiomas.

Amaia Zubia Zaldúa, su madre, es una peluquera en paro con cierto bagaje cultural autodidacta, superior al de su marido. Vota al Partido Nacionalista Vasco cuando no se abstiene y está muy preocupada por el incierto futuro, el consumo de drogas, la abulia y la actitud anti-social de su hijo. Coincide con Víctor en que su madre, a la que procura evitar, es una mala influencia para Urko, tan mala como la referencia de su hermano. La reciente y trágica muerte de su padre la ha conmocionado profundamente.

Urko se mira los dedos vendados y cavila. Decide hacer algo: «Una *ekintza de kale borroka*[24] dedicada al *osaba*. Gritaré “*gora Mailu*” para que se cosquen de lo que va mi rollo. Si me da tiempo y pillo un espray, hasta hago una pintada guapa, de las grandes, en una pared de las que les jode que pinten».

El chaval no ha participado en algaradas de *kale borroka*, que disminuyeron hasta casi desaparecer cuando todavía era un niño. Pero hace poco, en una reducida *mani* por los presos le dejaron llevar un rato el megáfono para guiar los gritos de consignas.

«*Presoak kalera! Txakurrak barrura!*[25] Fue lo más de lo más ese día;

fue la *rehostia*.»

La decisión de Urko de hacer algo sonado en memoria de su tío Mailu se reafirma por el malestar y frustración que le ha ocasionado que una chavala que le gusta le haya dado calabazas.

«Que le caigo bien y que igual más adelante me da cuartel y nos enrollamos, me dice la *hijaputa*. Un no adornado con un lacito es eso. Ahora va a saber lo que vale el Urko y los cojones que tiene y lo que se pierde. Va a venir de rodillas a pedirme que le deje comerme el rabo. Y entonces voy a ser yo quien pase de ella; o igual no y me lo come y luego follamos, que está un rato buena la piba. Qué burro me pongo solo de pensarlo.»

Primero se le ocurre quemar un autobús de línea, pero lo desecha por parecerle demasiado complicado y «los viajeros y el conductor pueden hacer piña y correrme a hostias». Un cajero automático se le antoja lo idóneo por más fácil y asequible a sus medios.

«Los bancos tienen la culpa de todo, también de que *ama* esté en paro, seguro. Ese cajero del BBVA que tiene puertita y está un poco apartado y no suele haber gente. El Txerra me enseñó cómo se hace un ponche con gasolina.»

El Txerra y Urko tienen la misma edad y son muy colegas. El Txerra, a diferencia de Urko, es buen estudiante y se limita a fumar canutos las noches que sale de marcha. Ha aprendido a hacer cócteles molotov por Internet. Fue engendrado durante un vis a vis en la cárcel, de hora y media cronometrada, en una de las visitas que su *ama* hizo a su *aita*, preso en El Puerto de Santa María por pertenencia a banda armada y asesinato. Al padre, enfermo terminal de cáncer, lo han dejado salir de la cárcel hace un mes para que muera en el hospital. Su hijo considera que del cáncer de su padre tienen la culpa los carceleros y los jueces que lo encerraron tantos años, por lo mucho que ha sufrido ahí dentro. Amaia Zaldua piensa que la dispersión de los presos, el estar lejos de Euskadi, basta para propiciar que algunos enfermen por tristeza.

Al anochecer, Urko coge de casa una botella de vino vaciada por su madre y la llena con la gasolina del depósito del coche de su padre. Se apaña con un trozo de goma del butano para hacerlo. Al chupar la corta manguera para sacar el aire le entra gasolina en la boca, que, aunque escupe, le produce náuseas. También, se moja los dedos vendados al embocar la goma en la botella y se le agudiza el dolor de las quemaduras. Está a punto de pasar del asunto por esos pequeños contratiempos, pero una vez superados decide continuar con el plan.

«Me tapo con el pañuelo de palestino. O no. Doy la cara. Me da por culo

si hay cámara y que me vean. Total, ya voy a largar yo después a la peña y con el móvil que ha sido el Urko el que le ha metido fuego al cajero. Sin poder fardar de la *ekintza* no tiene gracia.»

Esnifa una larga raya de *speed*, «con esto me como el mundo», y se traga un comprimido de Rohipnol, un hipnótico tranquilizante, «para hacer colchón con la loncha». Después, empapa en gasolina un trozo de camiseta vieja que introduce en parte en la botella, dejando el resto que asoma de mecha. Esconde el cóctel dentro de la chupa y se dirige al cajero escogido. Por el camino se fuma un canuto de hierba.

Frente al objetivo, Urko merodea alrededor. Sin entrar en la cabina del cajero la observa desde fuera y comprueba con la manilla de la puerta acristalada que se puede entrar sin más, sin necesidad de tarjeta.

El sulfato de anfetamina le produce taquicardia, una copiosa sudoración y le agudiza el nerviosismo; el hipnótico lo atonta y apelmaza sus reflejos. «Igual voy demasiado morado para esta película. Da lo mismo. No tengo miedo.»

Se sobresalta y se retira unos pasos sin responder porque un hombre al que no ha visto acercarse le pregunta si va a entrar al cajero. El hombre entra a sacar dinero; a Urko le parece que tarda demasiado.

«Venga, capullo, saca ya tu puta pasta, que es para hoy.»

El hombre sale por fin y se aleja. Urko coge aire y respira profundamente varias veces; el corazón se le desboca más.

«Ahora no hay nadie cerca. ¡A muerte!»

El chaval entra al cajero. La puerta se cierra sola tras él. Saca la botella de gasolina de la chupa. Le tiemblan las manos. «¡Joder!, qué tembleque, qué mal.» Sostiene el esencial cóctel molotov con la mano izquierda, deja de notar el dolor de las quemaduras por la tensión, acierta a sacar el mechero del bolsillo, lo enciende y lo aplica a la mecha, cuyo excesivo fogonazo lo alarma y le prende las vendas de los dedos, todavía mojadas de gasolina. Lanza la botella contra la pantalla del cajero sin abrir la puerta antes. La rotura del vidrio tan cerca expande demasiado la gasolina inflamada. Las rápidas llamas alcanzan a Urko, que se ha dado la vuelta para huir, por la espalda y la cabeza. Ha perdido un segundo precioso en abrir la puerta y otro al equivocarse e intentar hacerlo primero hacia fuera en vez de hacia dentro.

«¡Hostia! ¡Hostia! ¡Me quemo todo! ¡Hostia! ¡Qué horror!»

El chaval sale a la calle envuelto en llamas. Corre y grita aterrorizado. No sabe que correr incrementará la combustión. Le arde hasta el pelo.

«¡Dios! ¡Dios! ¡Cómo duele! ¡Me voy a morir!»

Para cuando los viandantes consiguen parar su carrera de muñeco incendiado y cubren y apagan las llamas con prendas, las quemaduras son ya muy graves: de tercer grado y en un cincuenta por ciento del cuerpo, afectando sobre todo la cabeza y el rostro.

Urko Clavijo Zubia estará al borde de la muerte por la infección que no podrán evitar en el hospital. Tardará más de cien días en recuperarse y le quedarán secuelas de por vida, en especial la pérdida de visión en un ojo y aparatosas cicatrices en la cara. Sus padres tendrán que indemnizar al BBVA por responsabilidad subsidiaria al tratarse de un menor de edad.

(1999)

Yolanda Suárez Elezgaray era parlamentaria en la cámara vasca por el Partido Popular. Tenía su domicilio en Llodio, Álava, donde vivía con su marido y sus dos hijos adolescentes.

Yolanda habitaba con su familia un piso de una casa de tres plantas. En el inmueble eran en total seis vecinos.

En la fachada de la casa y en el portal comenzaron a aparecer pintadas amenazadoras contra la parlamentaria, con su nombre dentro de una diana.

A las pintadas siguieron acciones de *kale borroka* contra el inmueble: un contenedor de basura al que prendieron fuego y estrellaron contra el portal y un par de cócteles molotov lanzados contra la puerta de Yolanda y desde la calle a su terraza, situada en el segundo piso. La Ertzaintza no practicó detenciones.

El presidente de la comunidad de vecinos convocó una reunión extraordinaria para tratar el alarmante asunto. Por cuatro votos a favor y una abstención pidieron a Yolanda y a su marido que cambiaran de domicilio lo antes posible, ya que su vecindad ponía a todos en una situación de peligro y ellos eran inocentes y no tenían culpa alguna.

El presidente de la comunidad no estaba a favor de ETA, pero tampoco en contra. Establecía el balance de que a él la banda no le había hecho nada, mientras que la Guardia Civil lo había tratado con malos modos en un control de carretera, donde además le habían puesto una metralleta en la cara. Respecto al número de personas que precisaban la vigilancia de guardaespaldas, no lo consideraba un problema grave, ya que no llegaba ni al diez por ciento de la población del País Vasco.

Sorkunde Mendizorroza Aldea, militante del Partido Nacionalista Vasco, era la alcaldesa de Llodio. Estaba divorciada, se había vuelto a casar y tenía un hijo de diecisiete años de su primer matrimonio.

El hijo, Zigor^[26] Landeta Mendizorroza, era uno de los militantes de Jarrai, organización juvenil *abertzale*, que atacaban la casa de la parlamentaria Yolanda Suárez y pintaban dianas con su nombre. Zigor vivía con su padre, Josu Landeta Ruiz, simpatizante de Herri Batasuna.

En el pasado, cuando Sorkunde Mendizorroza estuvo casada con Josu Landeta, mantuvo posiciones políticas radicales y fue también simpatizante de Herri Batasuna. No obstante, cuando nació su hijo, estuvo en desacuerdo con su marido respecto al nombre tan duro que había escogido para el niño, pero acabó por transigir. Con el tiempo, moderó sus posturas, cogió

animadversión a ETA y se afilió al PNV. Fue infiel a su marido durante años con un mismo amante. El marido descubrió la relación a la postre. Estuvo dispuesto a perdonar a su mujer si el adulterio terminaba, pero ella quiso el divorcio y más tarde se casó con su amante.

En un pleno del ayuntamiento, la alcaldesa iba a rechazar, aduciendo la razón de estar fuera del orden del día, una propuesta de los ediles de Herri Batasuna y alguno de su propio partido sobre una subvención para los viajes de padres de presos de Llodio que cumplían penas en cárceles lejanas. La partida era reducida porque no eran más que tres presos.

Las fuerzas radicales del pueblo, enteradas de la postura negativa que iba a tomar la alcaldesa, la consideraron una mezquindad y una traición. Acudieron al pleno a boicotarlo. Entre los alborotadores, en primera fila, estuvieron el hijo y el exmarido de Sorkunde. Hasta que los policías municipales lo desalojaron de la sala, Zigor bombardeó a su madre con huevos viejos y tomates pochos que su padre le había suministrado. Antes de intentar cubrirse de los infamantes impactos, la madre miró a su hijo con apenada gravedad.

Yolanda y Sorkunde tenían la misma edad. Se conocían desde niñas y habían ido juntas al colegio. Desde siempre se caían muy mal y no se dirigían la palabra.

(1983)

El subcomisario Arnedo no quiso ver más tiempo la sesión de tortura que sufría Mailu en el sótano del chalé. Los gritos del torturado le resultaban insoportables; eran aullidos de una intensidad fuera de lo humano que resultaban lacerantes para el oído y la mente. Sin embargo, no parecían afectar a los torturadores, los guardias Pastrana y Enciso. Ni al coronel Goliardo, que supervisaba el cruel procedimiento con la actitud distante e impersonal del jefe, ni al gobernador Elorriaga, que miraba fascinado y silente a muy corta distancia de la carnicería para no perderse ningún detalle y los aullidos le sonaban como acordes adecuados de aquella pequeña sinfonía del horror.

Cuando el meticuloso Pastrana procedió a arrancar la segunda uña con la tijera pequeña y las tenacillas, Arnedo alzó la voz entre los gritos de Mailu desde lo alto de la escalera, la posición en la que se había colocado desde el principio, la misma desde la que Elorriaga vio por primera vez el sótano; como si la distancia y no pisar el suelo de terrazo de la sala de tortura fuera un filtro, un aislante que lo mantuviera ajeno al feo asunto.

—No aguanto más ver esto. Me voy un rato fuera.

—Aquí vamos todos juntos en esta fiesta, Arnedo. No sea blando y no se escaquee. Esté a lo que hay que estar —le dijo Goliardo con autoridad y mala leche—. No se olvide de que este cabrón mató también a dos niños en Irún, dos hijos del cuerpo. Se merece sufrir; todo lo que le hagamos y más.

—Muy bien. Pero a mí déjeme en paz. No me necesita para continuar con esta barbaridad.

Arnedo salió del chalé. Fuera, en el abandonado jardín, hacía frío y la oscuridad de la noche, con el cielo encapotado, era completa.

El policía se metió en su coche, un Renault 18 turbo de color rojo, y encendió la calefacción y la radio. Buscó en el dial una canción alegre. Sacó de la guantera una petaca grande, que le había regalado su novia Petri en una reciente reconciliación, llena de whisky Chivas, y dio un largo trago. Pensó que él distaba de ser un santo y que era capaz de volarle la cabeza a quien terciara o le mandaran despachar, sin un parpadeo; pero lo que estaba sucediendo en aquel sótano era un horror que no tenía cabida ni en sus amplias tragaderas. Aunque el dinero de fondos reservados que gestionaba para contratar mercenarios y se quedaba en buena parte acallaba bastante bien su escasa conciencia y colmaba sus poco pretenciosas aspiraciones, se arrepintió de haber aceptado entrar en esta lúgubre escabechina. Pero ya no había retorno.

Arnedo se hizo una raya de cocaína sobre la cartera tan grande como la de *speed* que se metería el sobrino de Mailu, veintisiete años después, antes de abrasarse en el cajero en memoria de su tío. Encendió un cigarrillo, el primero de los tres que fumó seguidos, y tragó el humo con ansia.

(2010)

Unos días después de la muerte del exgeneral Goliardo en el asilo de Torrelavega y de hacerse público el hallazgo de los restos de Mailu, Julio Arnedo, *Mariflor*, antiguo subcomisario de la brigada de información de la Jefatura Superior de Policía de Bilbao, inhabilitado de empleo y sueldo por sentencia de la Audiencia Nacional desde 1990, ha acudido al programa de televisión de submundo rosa y cotilleo *¿Dónde estás, corazón?*, no por su pasada pertenencia al GAL, sino por su labor actual de algo parecido a detective privado sin licencia ni escrúpulos.

Los del programa quieren saber acerca de su relación laboral con Jerónimo Pradillo Lucena, exalcalde de Torremolinos, pendiente de juicio por diversas imputaciones de corrupción, y con María José Villarejo Díaz, su exesposa, imputada como cómplice. Pero lo que mueve el interés del programa no es la implicación criminal de ambos, sino los cuernos mutuos que se ponían Pradillo y Villarejo con otros personajes de la misma órbita rosa.

Arnedo se ha prestado a hablar de todo ello. La agresiva entrevista que le están haciendo entre el presentador y los colaboradores es en directo y por concederla le pagan mil euros.

«Qué miserables. Seguro que a las putas y los macarras que suelen salir en esta basura de programa les pagan bastante más que a mí. Qué gentuza rastrera. Lo que tiene uno que hacer a estas alturas para llevar un cacho de pan a casa.»

—Señor Arnedo, usted es un sinvergüenza, perdone que se lo diga. Y además hace gala de serlo.

—Yo no le voy a decir lo que es usted, porque tengo más educación. Aunque salta a la vista.

—¿Qué es lo que salta a la vista?

—Que es usted toda una señora. De la cabeza a los pies.

«Putá barata de barra americana de pueblo. No te follaba ni con la punta de un palo, fea de los cojones.»

En 1990, Arnedo fue también condenado a treinta años de prisión por el caso Zubia. Salió de la cárcel en libertad condicional en 2002, tras cumplir la mitad de la reclusión en régimen abierto, un privilegio que fue muy criticado en su momento y se consideró una compensación pactada por sus servicios en las cloacas del Estado.

—Lo único que queda claro, señor Arnedo, es que usted juega a todas las bandas y come de cualquier mano. O por lo menos intenta comer.

«Y que a ti, con la pinta de maricón que tienes, lo que te gusta es comer pollas; tragona, dado por culo.»

Arnedo tiene sesenta y seis años y se conserva muy bien, delgado y en forma. Cada día corre tres kilómetros y hace guantes con frecuencia en un gimnasio para boxeadores de Madrid, donde reside. Le gusta fajarse con chavales muy bisoños que apenas saben mantener la guardia, cazarles el hígado con un fuerte gancho corto, tumbarlos y verles retorcerse de dolor en la lona. «Para que aprendas a cubrirte del abuelo, como me has llamado, membrillo.» Ya solo bebe vino tinto y con moderación. Dejó de tomar copas hace seis años y de esnifar cocaína cuando ingresó en la cárcel. «Me estaba volviendo loco.» Vive solo en una pensión de una estrella en Lavapiés. Le molesta la cantidad de «moros, sudacas, chinos y negros» que hay en el barrio. Coincide con la reflexión de la Pantera de «qué jodido es ir a menos».

—¡Pero deje ya de intentar tomarnos el pelo, hombre! ¿Nos toma por tontos?

—¿Le contesto?

—Menos chulería. Que ya está bien de tanta chulería, señor mío.

«Me pongo chulo porque sé y porque puedo, mamarrachos.»

Arnedo anda a salto de mata y no ha podido permitirse evitar la humillación de aparecer en *¿Dónde estás, corazón?*, «en esta picadora de carne»; le hacen falta los mil euros. Intentó negociar un precio superior, pero se cerraron en banda y le dijeron que o lo tomaba o lo dejaba. «En otro tiempo me ibais a tratar a mí así.» No obstante, sus correosas y esquivas respuestas consiguen que no lo puedan poner en la picota tanto como quisieran los entrevistadores, avezados en estas lides. «¿A que os resulto duro de pelar, cacho cabrones?»

—Mariajo Villarejo asegura que ni siquiera le conoce a usted, señor Arnedo. Y que desde luego nunca ha trabajado para ella. ¿En qué quedamos?

—La señora Villarejo no dice la verdad. Me encargó que cubriera de mierda a Jerónimo Pradillo, su exmarido, con todo lo que descubriera o incluso me inventara. Quería venganza. Una mujer despechada es siempre muy mala enemiga.

—Pero el propio Jerónimo Pradillo dice, y él sí lo reconoce, que para quien trabajaba en realidad era para él.

—Es cierto. Fui su guardaespaldas cuando dejó de ser alcalde de

Torremolinos. Cuando le obligaron a dimitir por sus escándalos. Tenía miedo de que alguno de sus enemigos a los que había delatado mandara a alguien a partirle las piernas o incluso a limpiarle el forro. —A Arnedo le gusta esta expresión por castiza y contundente.

—O sea que le traicionó.

—Yo no lo veo así. Los dos trabajos no eran incompatibles. Podía atender con profesionalidad a ambos a la vez.

«Y ella me pagaba mejor y además me ponía cachondo.»

—Qué cinismo. Su desfachatez y caradura resultan asombrosas. Me admira usted.

—Muchas gracias. Me adula.

—Para hacer de guardaespaldas, supongo que iba armado. Y me imagino que usted no puede llevar armas porque le quitarían la licencia después de ser condenado.

—Para defenderme y defender a alguien no necesito llevar armas.

—No va usted de sobrado ni nada.

—Pero supone mal. Tengo licencia para armas cortas. Me la volvieron a dar en 2005.

Cuando era policía, el arma favorita de Arnedo era una Gabilondo, copia de la semiautomática Colt 45 modelo 1911. Pudo esconderla antes de que lo detuvieran y aún la conserva.

«Desde que vi por primera vez *Grupo salvaje*, y me quedé impresionado ante semejante películón, me enamoré de esa pistola, la de William Holden. El único engorro es su tamaño, un poco demasiado grande para llevarla debajo de una americana entallada en una funda de sobaco. Y ante todo primero la elegancia, siempre pincho. En la cintura, entre los riñones, se nota menos. Cada vez que la saqué, se acojonaba hasta el más pintado.»

—Incluso insinuó que se había acostado con Mariajo en una ocasión.

—Un caballero no habla de esas cosas en público.

—Pero usted de caballero tiene muy poco, señor Arnedo. De cínico, mucho.

«Tienes que hacer tú buenas mamadas con esa boca, cacho guarra.»

—Señor presentador, si continúan insultándome, me levanto y me voy.

«Pero si me largo igual no me pagan. Un farol.»

—No creo que se vaya. Sus palabras no valen nada, señor Arnedo. Es lo lógico, por otra parte. Qué credibilidad se puede dar a lo que dice un asesino del GAL.

«Ya estamos con la copla. Se pactó que eso no se tocaba para nada. Solo falta que me llamen Mariflor.»

—Antes de venir aquí, un amigo me recomendó que cuando me dijeran algo que me ofendiera o me calentara demasiado, cogiese aire y contara hasta diez antes de contestar. Eso estoy haciendo. —«Pero esto ya no lo aguanto, ¡me cago en Dios!»—. ¡Eres un hijo de la gran puta y un comemierda y te voy a arrancar la cabeza! —grita Arnedo fuera de sí y en total contradicción con la calma anunciada.

El expolicía se levanta, va raudo al asiento del «gacetillero», que pone cara de pánico y levanta las manos para protegerse la cara, lo coge por las solapas de la chaqueta, lo obliga a alzarse y le grita de nuevo con la cara pegada a la suya.

—¿Quién es aquí un asesino, payaso?! ¿Quién?! ¿Yo, que he luchado contra los asesinos de ETA por mi país y lo he pagado caro?! ¿Un mindundi de tercera como tú se atreve a llamarme a mí asesino?!

Un guarda jurado entra al plató para calmar a Arnedo y separarlo del mindundi. Le tiene que ayudar un auxiliar de producción. La entrevista se da por concluida y Arnedo es invitado a salir del plató.

«La he jodido una vez más por mi mala hostia y no me van a dar ni un duro. Está más claro que la sopa del asilo. Me cago en mi puta estampa.»

(1982)

El 28 de diciembre, el gobernador José Ángel Elorriaga y el director de la seguridad del Estado, Gonzalo Veredas, se vieron en la explanada del Valle de los Caídos. No había nadie en toda la inhóspita zona en aquella fría mañana invernal. Los únicos testigos del encuentro fueron los cuatro escoltas, dos para cada uno, que permanecieron a distancia mientras los cargos públicos paseaban y hablaban. Elorriaga había ido a Madrid a petición de Veredas, que era quien había concretado la cita en tan simbólico lugar.

—El día de los Santos Inocentes en el Valle de los Caídos. Parece de película de espías, no sé todavía si mala o buena —dijo Elorriaga.

—Buena porque nosotros somos los buenos, José Ángel. Y los buenos siempre son inocentes y un poco santos.

—También hay buenos abominables, Gonzalo. Y malos que parecen buenos.

—Es posible. Sí estoy de acuerdo con lo de que parece propio de película quedar aquí. Me gustan esas escenas en que dos personajes se citan en lugares monumentales al aire libre para hablar en secreto de cuestiones de Estado delicadas. Pensé que hoy no vendría de visita al Valle de los Caídos ni el franquista más nostálgico.

—Con el frío que hace no me extraña —comentó Elorriaga mientras se frotaba los guantes y pensaba que Veredas era un cretino de la peor clase, la de los pretenciosos.

Al responsable de la seguridad del Estado le había trasladado Juan Barriuso, el ministro del Interior, la encomienda del presidente Gómez de golpear a ETA en Francia mediante acciones clandestinas. Barriuso, sin referirse para nada al presidente, había delegado en Veredas la dirección y organización del asunto. Y Veredas había pensado en tres nombres: José Ángel Elorriaga, el peculiar gobernador civil de Guipúzcoa, el coronel Agustín Ramírez Goliardo, el autónomo jefe de Intxaurrondo, y Faustino Planchado, jefe superior de policía de Bilbao, un obediente funcionario dispuesto a servir al Estado por cualquier medio.

Veredas ya contaba con la adhesión entusiasta de Goliardo para poner en pie el entramado y ejecutarlo. Elorriaga era el segundo a quien se lo proponía. Tras explicarle la idea sin que el gobernador lo interrumpiera, le preguntó:

—¿Estás dispuesto a colaborar, José Ángel? Es una cuestión de razón de Estado.

Antes de responder, Elorriaga recordó las palabras de Álvaro Cunqueiro

sobre la razón de Estado: «Pero la razón de Estado llega a ser maquinal y obra como fin, creando una realidad propia ante la cual los humanos somos como siervos fantasmas de la gran idea».

Ayudar a la creación de una realidad alternativa y atroz, sedujo al gobernador. También la de acceder a una categoría de ente fantasmal al servicio de la gran idea, o de sí mismo, o de la nada.

—Solo hay una manera adecuada de tratar con el Estado: servirlo —respondió Elorriaga.

—¿Eso es un sí?

—Cuenta conmigo. Sin reservas.

—Bravo.

Elorriaga pensó que ese «bravo» terminaba de retratar y rubricaba al personaje Gonzalo Veredas.

Una ráfaga de viento gélido recorrió la inmensa explanada. El gobernador se puso la capucha de su trenca color marrón chocolate.

—Pareces un monje, José Ángel.

—Pero el hábito no hace al monje, Gonzalo. Con mi volumen y estatura, más bien pareceré un suflé de chocolate.

—No exageres.

—No exagero. Tú, sin embargo, pareces lo que intentas parecer: un personaje de John le Carré.

Gonzalo Veredas era un cincuentón apuesto, alto y de complexión atlética. Vestía un elegante abrigo austriaco color verde botella con un sombrero de ala corta a juego y una bufanda Burberry. Elorriaga envidió su porte y apostura. Pensó que juntos componían una pareja contrastada de evocación cervantina en la que desde luego a él no le tocaba el papel de don Quijote.

—Pero tampoco te lo creas demasiado —añadió Elorriaga—. Por mucho aire británico que te des, esto que vamos a preparar será una carnicería al más puro estilo carpetovetónico.

Antes de despedirse, Veredas le indicó que se pusiera en contacto con el coronel Goliardo y que aunaran esfuerzos.

(1983, 1976)

Mariflor llevaba la noche de víspera y todo el día de Reyes de juerga y sin dormir ni una hora. Pasó la festividad en un piso dúplex de prostitutas de lujo de la Alameda San Mamés, en Bilbao. Se encerró en la *suite*, como la llamaba la encargada del burdel, con dos atractivas veteranas a las que conocía y consideraba casi amigas. A Arnedo le atraían de un modo especial las mujeres maduras bien conservadas y muy macizas.

A sus treinta y nueve años, el policía podía permitirse todavía un maratón de sexo, alcohol y cocaína. Se pasó el día y medio desnudo, al igual que las dos putas, y sin salir para nada de la habitación con cama del tamaño del zulo del secuestrado Cilleruelo, tresillo y baño con *jacuzzi*. Les traían comida, tabaco y más whisky y champán según lo pedía Arnedo. Tenía diez gramos de buena coca, que le había birlado a un camello a cambio de no trincarle, para consumir e invitar, y no la escatimó.

El dinero para derrocharlo en la cara y larga juerga provenía de la suma de sus pequeñas pero periódicas extorsiones a dueños de bares de noche y cabarets por no buscarles las vueltas, a lo cual el policía llamaba «protegerlos».

La abundancia de cocaína llevó a Arnedo a meter la pata en las postrimerías de la fiesta, a última hora de la tarde. Le divirtió la idea de espolvorearla en los coños de las dos putas y, acto seguido, más que esnifarla comérsela. Después, procedió a cubrirse el glande de polvo blanco. Las dos profesionales le comieron la polla al punto y al alimón, pero no con la suficiente rapidez como para evitar que la cocaína penetrara por los numerosos vasos sanguíneos de esa zona.

El policía, aunque ya se había corrido media docena de veces desde el comienzo de la fiesta y estaba muy cargado de alcohol, tuvo una firme erección, un doloroso priapismo que las dos eficientes mujeres no lograron resolver de ningún modo: ni con sus mejores habilidades sexuales ni con hielo.

Arnedo tuvo que ir a urgencias del hospital de Basurto preso del agobio y empalmado. Cogió un taxi con la bragueta abierta; el abrigo ocultaba el bulto del calzoncillo.

En el hospital tardaron una hora en atenderlo sin que sus airadas protestas y quejas le sirvieran para nada. Por fin, le pusieron una inyección en el pene que resolvió el problema y cuyo pinchazo apenas notó por el efecto anestésico de la cocaína. Le aconsejaron quedarse ingresado esa noche por el agudo estado de intoxicación que presentaba y la elevadísima tensión arterial,

pero Arnedo dijo que prefería irse a su casa a descansar. Fue la comidilla y chirigota del área de urgencias.

Julio Arnedo no estaba casado ni tenía hijos, al menos conocidos. Vivía a temporadas con Petri Lorenzo Riquelme, una guapa estanquera siete años mayor que él, con la que mantenía una relación tormentosa que iba durando lo mismo que su diferencia de edad. Petri lo echaba de su casa con frecuencia. Ese comienzo de 1983 coincidía con uno de los periodos de distanciamiento de la pareja.

Cuando no estaba con Petri, Julio vivía en su destartalado apartamento del barrio de Deusto, en el que prácticamente solo dormía, cuando dormía. Su portal estaba al lado de la cafetería en la que tuvo su primer empleo la Pantera. De hecho, Arnedo solía desayunar en la cafetería y tenía a Marga Pérez Mendieta radiografiada con los ojos durante el año escaso que trabajó allí, en 1976.

Aunque la chica era demasiado joven para sus gustos, se podía hacer una excepción por lo buenísima que estaba y el respeto con que contestaba a sus pesados piropos mañaneros. Marga sabía que el pegajoso cliente era Mariflor y lo detestaba. Arnedo no llegó a darse cuenta de que aquella chica cañón se convirtió en la Pantera.

Al día siguiente de la fiesta, el priapismo y el hospital, Arnedo apareció por la comisaría de Indautxu pasadas las once de la mañana. El agotamiento, la riada de alcohol y la cantidad de horas en vela vencieron a la gran cantidad de cocaína y consiguió dormir. Las diez horas de sueño no mitigaron lo suficiente las consecuencias del desmadre y se despertó con una resaca descomunal. Se metió tres cafés y una raya para intentar paliar su estado de demolición, pero no consiguió más que pasar a una especie de limbo estupefacto.

Al llegar a la comisaría le dijeron que el jefe le esperaba en su despacho.

Nada más verlo, Faustino Planchado se dio cuenta de que el subcomisario Arnedo tenía una resaca indecente. Estuvo a punto de no hablarle de lo que le tenía que hablar y prescindir de aquel elemento, pero consideró que era el sujeto adecuado para manejar a pistoleros mercenarios y hampones del crimen organizado porque los conocía bien, al fin y al cabo él era uno de ellos. El comisario jefe reflexionó que esa tropa sería el instrumento acorde con una razón de Estado a la altura de las alcantarillas.

Cuando Gonzalo Veredas le propuso a Planchado la operación, también invocó a la razón de Estado, como hizo con Elorriaga. En el caso de Planchado, Veredas añadió que esa razón de Estado era el mal menor, a lo que el comisario adujo que el mal menor no deja de ser el mal.

Tiempo después, Planchado se arrepentiría de no haber seguido su primer impulso de rechazar al cantamañanas de Mariflor.

(1976, 1977)

El Café Deusto, la cafetería de la avenida del Ejército en la que trabajaba de camarera uniformada Marga Pérez Mendieta y que frecuentaba Mariflor, era elegante y espaciosa. Contaba con bastantes camareros que atendían la larga barra y las numerosas mesas.

En el Café Deusto, Marga simpatizó con Aitor Elexpe Ajuria, uno de sus compañeros, un chico guapo y despierto de veinte años que con ese trabajo ayudaba a pagar a sus padres la cara Universidad de Deusto, privada y de los jesuitas, donde Aitor estudiaba cuarto de Derecho.

Marga y Aitor comenzaron a salir juntos y a acostarse en el piso alquilado de la cercana calle Ramón y Cajal, que Aitor compartía con otros estudiantes porque su familia vivía en Eibar, de donde era natural.

Aitor introdujo a Marga en su ambiente de Deusto, formado por estudiantes que, como él, simpatizaban o eran militantes de movimientos y partidos *abertzales* en la clandestinidad. Acudían juntos a toda manifestación a favor de ETA y en protesta por desmanes de la policía. Marga se llevó más de un porrazo de los antidisturbios, tampoco muchos, menos de los que podían haberle dado; a los grises también les impresionaba su belleza y no cargaban la mano con ella.

Por supuesto, sus padres no sabían nada de estas actividades de su hija.

Aitor estaba muy colgado de Marga y le gustaba el patriotismo entusiasta y un tanto enloquecido de su guapa y pasional novia, máxime por darse el caso de que su padre era guardia civil, cosa que, a diferencia de él, hacía desconfiar a sus amigos.

Cuando Leonardo Pérez Aguado fue asesinado, Aitor creyó que este hecho llevaría a Marga a alejarse de todo lo relacionado con ETA. El muchacho se sorprendió con desagrado y cierto horror por la muy distinta e inesperada reacción de su novia.

Marga expresó a su novio el deseo de cambiar una vida que no le llenaba: quería formar parte de ETA y participar en la lucha armada de un modo activo. Preguntó a Aitor si conocía a alguien que pudiera franquearle aquella puerta de entrada con muy difícil acceso de salida. Aitor le dijo que sí y la puso en contacto con la persona adecuada, que la recibió con una inicial reticencia que después se disipó.

Marga dio miedo a Aitor Elexpe y le produjo la repugnancia y el rechazo que se siente ante el descubrimiento de una monstruosidad incomprensible. La relación entre ellos terminó por iniciativa del chico. Marga lo aceptó sin

pena ni quebranto.

Marga Pérez Aguado se convirtió en la Pantera en poco tiempo. Dejó el trabajo en la cafetería y huyó de casa a escondidas de su madre y sin darle ninguna explicación. Tardaría en volver siete años, y lo haría en busca de refugio.

Estuvo a prueba ideológica de la banda en un retiro en Francia junto a la frontera con Navarra, en una deshabitada zona boscosa donde recibió la primera formación militar y de manejo de armas. Los instructores apreciaron su habilidad innata y buena puntería que, unidas a su agresividad natural e inteligencia, podían hacer de ella un valioso elemento para la organización terrorista y su guerra.

Marga sustituyó en la cama a Aitor por Fusko, uno de los instructores, al que aportó el dato de que el subcomisario Arnedo, *Mariflor*, solía desayunar en el Café Deusto. Se transmitió el soplo a la dirección, pero no tuvo consecuencias por evaluarlo como un atentado difícil. Mariflor se sentaba siempre en un punto de la barra o en una mesa que le permitiera no perder de vista la puerta y a todos los que entraban por ella. El policía no distraía ni un momento su constante vigilancia, sin menoscabo por las frecuentes resacas, ni el tener la Gabilondo 45 muy a mano.

El espaldarazo, la ceremonia de armas con que se formalizó el ingreso oficial de Marga Pérez Mendieta, alias *Itxaso* y *la Pantera*, en ETA militar, fue la entrega de una semiautomática Browning GP-35 calibre nueve milímetros, con cargador para trece cartuchos, de la que ya no se separó hasta que la detuvieron en 1983.

La prueba de fuego, el bautismo de sangre de la Pantera fue en 1977. Le encargaron ocuparse de la eliminación de Sixto Pradales Cortázar, un policía municipal de San Sebastián considerado por la banda un pequeño narcotraficante y un confidente de la Guardia Civil. La misma víctima a cuyo padre oyó hablar Amaia Zaldúa por la radio cuando dijo que ir a visitar a su hijo no le costaba más que el precio del tique del autobús de línea que pasa por el cementerio de Polloe.

La Pantera pilló al policía municipal un día que estaba libre de servicio y jugaba con su hijo pequeño en un parquecito del barrio de Gros, donde vivía. La etarra se cubrió la cabeza con un pasamontañas que solo dejaba a la vista sus grandes ojos verdes, que fue lo último en que pudo fijarse Pradales. En presencia del niño, la Pantera le disparó desde cerca y de frente. Dos tiros en el pecho y uno en la cabeza cuando ya estaba en el suelo: prueba superada. Después, huyó a la carrera entre calles sin problemas y se quitó pronto el pasamontañas.

(1975)

Joseba Zubia Zaldúa entró en ETA militar en 1975, un año antes que la Pantera y a falta de unos pocos meses para la muerte de Franco. Tenía claro desde hacía tiempo pertenecer a la banda; le decidió llevarlo a cabo en ese momento el librarse del servicio militar obligatorio por excedente de cupo. Puso en práctica el lema que era popular entre los jóvenes *abertzales* de entonces: *A la mili con los milis*.

Además del ambiente a favor de la lucha armada para liberar a la patria oprimida, que había vivido en casa, Mailu acabó de mentalizarse en el EKT de Amorebieta de que estaba llamado a ser un *gudari* y no podía hacer oídos sordos a esa llamada, al dedo de la historia que lo señalaba para cumplir esa ardua, noble y sacrificada misión. Algo parecido a la reflexión de la Pantera en la cárcel de que había que estar siempre a la altura de las circunstancias.

Esa catequización final del concienciado Joseba corrió a cargo de Tasio Aguirregoitia Garamendi, el cura que dirigía el EKT, Euskal Kultur Taldea, «grupo de cultura vasca», al que Joseba pertenecía. Fue el propio cura, que había dejado de creer en Dios hacía años, quien recomendó a Joseba a los de arriba, lo llevó a Francia y organizó la reunión en un bar del casco medieval de Bayona con un responsable de captación de ETA.

El que después fue gobernador civil de Guipúzcoa, José Ángel Elorriaga, que tenía en 1975 treinta y cuatro años, ya decía entonces con sarcasmo que el siniestro símbolo de ETA, la serpiente y el hacha, bien podía haber sido la serpiente y el hisopo, debido a que parte del clero vasco apoyaba a ETA y casi podía afirmarse que la banda nació en un seminario. O mejor aún, que hubiera sido el hacha y el hisopo, ya que hisopo y serpiente resulta un tanto pleonástico.

Elorriaga añadía que los fundadores de la banda de la serpiente y el hacha estuvieron a punto de llamarla *Aberri ta Askatasuna*^[27], ATA, pero desecharon la idea por parecerles que ATA se asemejaba a *ahate*, que significa «pato», y no iba a resultar lo debidamente serio para la imagen solemne y fúnebre de una actividad de crimen organizado especializada en el asesinato y la extorsión.

—José Ángel, ¿dónde has oído tú eso de ATA o lo has leído? —le preguntó con escepticismo un interlocutor.

—Me lo habrán dicho al oído las voces ancestrales de los vascos, esas que oyen en la cabeza los iluminados por la patria, un día que subí al monte Amboto —respondió zumbón—. Si se hubieran llamado ATA, les habría quedado mejor, cuando gritan por ahí «ATA, mata», en vez del consabido

«ETA, mátalos». «ATA, mata» es más de afán universal, idóneo para pedir que se carguen a cualquiera, que es lo que acabarán haciendo esos fanáticos asesinos: intentar eliminar a todos los que no sean ellos mismos y sus palmeros, si no se lo impedimos a tiempo —concluyó Elorriaga ahora con seriedad, no por ello menos sardónica.

Joseba Zubia Zaldúa, *Mailu*, se despidió de sus padres en el caserío familiar. Les confió el secreto de que iban a llevarlo a un campamento en Argelia para recibir formación militar. Amaia Zaldúa expresó temor, pero dio su bendición a Joseba y le dijo emocionada que estaba muy orgullosa de él. A Patxi Zubia, que tuvo un lúgubre presentimiento, le faltaron palabras para la despedida y esbozó un tímido amago de abrazo a su hijo. Nunca volvieron a verlo.

(1976)

Luis Enciso Expósito sí hizo el servicio militar. Por su repetido paso por reformatorios, los militares le asignaron un destino duro en un regimiento de cazadores de montaña, con artillería ligera a lomos de mulas, acuartelado en Berga, provincia de Barcelona. A la férrea disciplina y el maltrato de los mandos había que unir el que las resabiadas mulas largaban tremendas coces a los soldados desprevenidos que en más de una ocasión producían lesiones graves.

Durante unas maniobras, a Enciso intentó cocerlo un mulo veterano y tuerto. Aunque la acémila falló la coza, Enciso sacó y abrió la navaja que siempre llevó encima hasta su muerte, la misma con la que de chaval grabó las iniciales *LxM* en el tronco del árbol de El Arenal en compañía de Marga, y se la clavó al animal un par de veces en el cuello, hiriéndolo de consideración. Le metieron un buen paquete: tres meses de calabozo.

Eulalia Enciso Expósito, la madre de Luis, conocida como *la Lali*, era una guapa y rotunda sevillana de cuarenta años, puta en Bilbao desde los quince. Julio Arnedo tenía entonces treinta y dos años y era un temible inspector de la Brigada Político-Social, que todavía existía con algunas competencias restringidas.

A Arnedo le gustaba mucho la Lali y se acostaba con ella frecuentemente. La prostituta trabajaba en un local de La Palanca sin depender de un chulo. En una ocasión, Arnedo la encontró con el labio roto y un pómulo hinchado. La Lali le confesó que la había golpeado el macarra de una compañera por una cuestión de territorio. El policía pilló al macarra en la calle y a la vista de todos los que lo vieron le rompió la nariz y dos dientes con la culata de la Gabilondo. Le advirtió que si volvía a tocar a la Lali le limpiaría el forro.

Mariflor se convirtió en el protector oficial de la puta y todo el *barrio chino* lo supo y la respetó. A cambio de su protección, el policía no cobraba a la Lali ninguna comisión. Se conformaba con follársela gratis y que de vez en cuando se acostara, también sin el pago por sus apreciados servicios sexuales, con tipos con los que Mariflor, que ya iba por libre y extorsionaba lo que podía al hampa local y los bares de la noche, estaba en saldo deudor en el banco de los favores.

Arnedo, además de arrebatarse como con ninguna otra mujer el sexo con la Lali, la apreciaba, le tenía cariño y la consideraba una buena amiga. La puta, consciente de todo ello, le contó que Luis, su hijo, se licenciaba muy pronto de la mili, que era una bala perdida sin oficio ni beneficio y que tenía

miedo de que terminara con sus huesos en la cárcel. Pidió al protector que hiciera algo por el futuro del chico: que lo recomendara para que pudiera entrar en la policía o la Guardia Civil. Arnedo le dijo que no se preocupara y que dejara el asunto en sus manos. Pero Mariflor no tenía ninguna influencia a ese respecto y no hizo nada. La Lali debió intuirlo y pidió el mismo favor a un cliente habitual que era comandante de infantería del cuartel de Garellano. El militar sí tiró de contactos y consiguió que Luis Enciso fuera admitido en la academia de la Benemérita.

Arnedo y Enciso se conocieron en 1983, cuando el policía dirigió la operación en Francia, de la que formó parte el joven guardia civil, cuyo objetivo fue liquidar al comando Donosti y secuestrar a Mailu, su jefe. Arnedo nunca supo que aquel inexpresivo y eficaz ejecutor era el hijo de la Lali.

(1980)

—Métemela otra vez y fóllame fuerte, como antes. ¿Puedes?

—Ya lo creo que puedo. Ya lo creo... Me pones loco, Itxaso.

—Pues que se note, pichabrava. Mira cómo me tienes. Toca aquí. Así. Estoy muy cachonda. Muy caliente. Mucho. ¡Méteme la polla, cabrón! ¡Venga! ¡Ahora!

Mailu y la Pantera acababan de matar juntos, en pareja. Un rasgo de la psicopatía de ella, que años después no apreció de modo concluyente el psiquiatra forense ante el tribunal que la juzgó, era que después de cometer un asesinato le entraban unas perentorias ganas de sexo.

A Mailu, a diferencia de la Pantera, no le gustaba matar, aunque tampoco le producía angustia ni dudas de conciencia, salvo en el caso de su salvador Moisés Landa y de los dos niños de Irún, ni siquiera disgusto. Se lo tomaba como algo impersonal que llevaba a cabo una especie de otro yo, el que era un disciplinado cumplidor sin titubeos de su deber de militar en guerra.

El atentado había sido difícil, resuelto a tiros y expuesto para los asesinos. Cada uno había acertado su blanco. El peligro que habían corrido por la inesperada aparición de un segundo policía incrementaba el ansia venérea de la Pantera.

El tiroteo fue en un garaje del barrio de Santutxu, en Bilbao. Pensaban secuestrar a un teniente de la Policía Nacional cuando fuera a por su coche, o matarlo si las cosas se ponían difíciles, como fue el caso. Cuando ya tenían al teniente Julio Segarra Blanco maniatado y con una mordaza en la boca, a punto de meterlo en el maletero del coche robado, apareció en el garaje el cabo Pedro Barquera González, vecino de barriada y compañero de Segarra, que iba acompañado por María Dolores Ledo García, su mujer, embarazada de siete meses. El cabo Barquera se percató al instante de la situación, se puso delante de su mujer, sacó el arma reglamentaria que llevaba encima también cuando estaba fuera de servicio y ordenó a los captores que soltaran al teniente y levantaran las manos. Mailu empuñaba su Astra, el mismo modelo de pistola con la que Enciso le metería una bala en la cabeza tres años después. Disparó al cabo Barquera, que a su vez hizo fuego al mismo tiempo. Ambos fallaron los primeros disparos. La Pantera se protegió tras un coche aparcado y disparó tres veces con su Browning al teniente Segarra cuando intentaba huir. Le bastaron dos balas para matarlo y fue su única víctima a la que asesinó por la espalda. Mailu y el cabo Barquera intercambiaron más disparos. El etarra alcanzó al policía en el cuello y siguió disparando hasta vaciar el cargador. María Dolores Ledo recibió dos balazos en el tórax. La

Pantera fue a la carrera hasta el matrimonio ensangrentado, caídos uno sobre el otro, y los remató en el suelo. Antes de subir al coche de huida que ya maniobraba Mailu, metió otra bala en la cabeza al teniente Segarra.

Cuando ya circulaban por las calles camino del piso franco del barrio de La Peña en el que iban a esconderse hasta que los controles de frontera con Francia cesasen, Mailu censuró a la Pantera sin demasiada acritud que hubiese rematado a la mujer. Lo habría hecho con más severidad si se hubiese dado cuenta de que la mujer estaba embarazada de bastantes meses. Los medios de comunicación lo destacaron después, con énfasis en la impiedad desalmada, y la dirección de ETA amonestó a la Pantera por esta desafortunada iniciativa que dañaba el prestigio de la organización. La Pantera, que sí se había percatado del embarazo al acercarse a la mujer para rematarla, no prestó mayor atención en ese momento a la riña de Mailu. Estaba absorta en sus pensamientos, que se centraban en que colmaba su morbosidad el haber matado en un garaje con Mailu; un pequeño garaje parecido al que este utilizó como escenario para acabar con su padre. Decidió que en cuanto llegaran al piso iba a follárselo.

Mailu estuvo a punto de decirle en el paroxismo del coito que la amaba con todo su cuerpo, con toda su mente y con toda su alma. Lo del alma le pareció, al instante de pensarlo, impropio de un jefe de comando de ETA y revelador del seminarista que fue. Pensó también que daría la vida por ella si fuera preciso. Comprobó tres años después que esto último no era cierto; lo hubiera sido y no habría revelado el paradero de la Pantera si se hubiesen limitado a ejecutarlo sin tortura previa.

Pero Mailu sabía que Itxaso no le correspondía en absoluto en su enamoramiento. Columbraba que se había ido a la cama con él una vez más solo porque estaba ahí, a mano, como se hubiera ido con cualquier otro. Aunque era posible, pensó también, que en parte le ofrecía a él de un modo especial su increíble cuerpo y su potente lujuria por el valor y la sangre fría que acababa de demostrar en el tiroteo.

—¿Qué te pasa? ¿Te has distraído de repente? Se te está bajando. ¡Necesito más marcha, jefe! —le dijo la Pantera con vulgaridad mientras le espoleaba los flancos con los talones.

Mailu dejó de pensar y disfrutó del momento que quizá no se iba a repetir. Ahondó la penetración y se abandonó al ritmo creciente del polvo en la postura del misionero y al delicioso calor de su polla de nuevo bien tiesa y ceñida como por un guante a la medida dentro de aquel adorado coño. La Pantera cruzó los tobillos sobre la riñonada de Mailu, se acopló a sus movimientos a la perfección e inició el ascenso hacia uno de sus orgasmos vaginales rápidos, cortos y violentos, muy parecidos a los que tenía Amaia

Zaldia cuando la penetraba su padre.

(1980)

Margarita Mendieta observó desde su banco en la catedral que don Mariano entraba en el confesionario y encendía la lucecita que indicaba que ya estaba dispuesto a escuchar pecados y absolverlos.

—Ave María purísima, padre.

—Sin pecado concebida, hija. ¿Qué tal estás, Margarita? Hacía tiempo que no venías a visitarme.

Don Mariano era el confesor de Margarita desde hacía bastantes años. La feligresa consideraba al sacerdote, ya entrado en la ancianidad, un hombre bueno, sabio y comprensivo, probablemente un santo, al que tenía en alta estima. El cura pensaba de ella que era una beata tiquismiquis y aquejada de ñoñería, características impropias de su edad, tan solo cuarenta y cuatro años. Además le parecía una pesada del tipo obsesivo. Era una suerte para él que no se confesase a menudo por no ocurrírsele nada por lo que ser perdonada; sus ocasionales faltas eran pequeñas tonterías de banal insustancialidad que no llegaban ni a pecados veniales. Le daba lástima esta pobre mujer que se había quedado viuda a los cuarenta años por la barbarie de unos viles asesinos de los que para colmo su malvada hija formaba parte. Grandes desgracias que le habían destrozado la vida, al parecer sin remedio en un futuro próximo.

Como si hubiera leído la mente de su confesor, Margarita le explicó:

—No quiero cansarle la paciencia como otras veces con mis bobadas, don Mariano. Si he venido hoy a confesarme es porque me parece que esto que vengo a contarle sí es algo grave. Aunque ni siquiera sé si es pecado. Usted me lo dirá. Estoy muy confusa.

Estas palabras despertaron algo la curiosidad del viejo cura, aunque también le pusieron alerta por si se trataba de alguna rebuscada estupidez.

—Intentaré serte de ayuda. Te escucho, hija.

—Me cuesta decirlo, pero ahí va. Le he pedido a Dios que detengan a mi hija para que deje de matar. ¿Eso es pecado, padre? ¿Rezar para que mi hija vaya a la cárcel?

Don Mariano reflexionó antes de responder. Margarita no interrumpió su silencio.

—No, Margarita. No creo que sea pecado. Pero es muy duro.

—Sí lo es, padre. Muy duro. Soy su madre.

—Creo que eres muy generosa, Margarita. Una cristiana auténtica que de

verdad piensa antes en el bien de los demás que en el suyo.

El cura lo decía con sinceridad.

—Es mi deber.

—No te preocupes más, hija. Se hará la voluntad del Señor.

—Creo que sé cuál es su voluntad. Él me dijo que sí, que me haría caso por ese bien de todos, empezando por el de mi hija, para que no me la maten.

—¿Quién te dijo que sí?

—¿Quién va a ser? Pues Dios.

—¿Hablas con Dios?

—Claro. ¿Usted no, padre?

—Sí, bueno. Yo también. Quizá de otro modo.

El cura no sabía que junto a lo demás o quizá por la suma, Margarita se había vuelto una chalada.

—Entonces, si como dices, Dios te ha dicho que está bien lo que le pides y que te hará caso, ¿por qué tienes la duda de que sea pecado, Margarita?

—¡Ay, don Mariano! Porque a veces el que me habla es el demonio y se hace pasar por Dios para confundirme y que caiga en el pecado.

—También hablas con Satanás.

—Yo, no. Líbreme Dios. Es el demonio el que me habla a mí. Ya le digo, para ponerme trampas, el muy taimado. Ya se sabe que se las sabe todas. Para eso es el demonio.

El cura ponderó que ya había oído suficientes disparates.

—Margarita, ve tranquila. Estoy seguro de que en ese caso era nuestro Señor quien te respondió. No te tortures con todo eso. Bastante cruz tienes ya.

—Está bien, don Mariano. Lo que usted diga. Pero, ¿no me da la absolución?

—Si no hay pecado, no hace falta absolución.

—Pero por si acaso démela. Me quedo más tranquila.

—De acuerdo, hija, de acuerdo. Como quieras. Por tu paz, tres avemarías. Será suficiente penitencia.

—Gracias, don Mariano.

El cura recitó de carrerilla y en voz baja la fórmula de absolución

mientras pensaba que en cuanto se librara de aquella infeliz perturbada iba a dejar un rato el confesionario para ir al bar de la plaza a tomar un café con un chorrito de coñac. Le hacía falta.

(2010)

«Por lo menos no vas a enterarte de que han encontrado al hijo. Bueno, al hijo...: sus huesos, su esqueleto; qué horror es que te digan, después del tiempo, que ya no quedan de tu hijo más que unos huesos; no quiero verlos. Como te has quitado de en medio antes, como un cobarde, o como un valiente, ya no sé qué pensar de lo que hiciste, esto que te ahorras de llevar también en el morral ese de dentro de tu cabeza, que te pesaba tanto, aunque a mí lo que me parecía siempre es que tenías la cabeza hueca de puro tonto. Todavía me das pena, Patxi Zubia. Y aunque me cuesta reconocerlo, te echo de menos, castrón.»

Amaia Zaldúa pasa la tarde viendo cualquier cosa en la televisión, sin prestar apenas atención y dormitando a ratos. «Viejo borracho. No sé a veces si te echo de menos a ti o hacerte la vida imposible. Igual las dos cosas.»

A la viuda suele sucederle que se le olvida que su marido está muerto. O aunque sea consciente de «que falta», le habla mentalmente y también con la voz, como si estuviese vivo. «Tampoco es que note mucho la diferencia de cuando eras un muerto en vida, la verdad sea dicha.»

Amaia está sentada en el sofá, envuelta en una vieja toquilla, aunque no hace frío, y erguida, en una posición de rigidez parecida a la del coronel Goliardo cuando enseñó las nueve uñas negras del hijo de Amaia al etarra Jon Coria. Jamás se le ocurriría recostarse para ver la televisión. En esa postura poco cómoda echa cabezadas sin problema.

«Acabo de soñar una cosa muy rara, pero se me ha olvidado ahora mismo; seguro que mejor así, porque iba a ser una pesadilla. Con todo lo que nos está pasando, qué iba a ser más que una pesadilla. Aunque por lo menos, mientras duermo, no pienso en las calamidades que nos han caído encima y que nos siguen cayendo, como de tener sobre nosotros una maldición.»

La noticia del hallazgo de los restos de Joseba y la certeza de que fue torturado y ejecutado mortifican a su madre por un lado y por otro le han dado cierta paz. «Por saber por fin dónde estaba, dónde lo enterraron los asesinos. Pero pobre hijo mío, las herejías que te tuvieron que hacer; tanto dolor tuviste que pasar, tanto sufrimiento. Mejor que no lo sepas, Patxi, mi pobre cabrón. Mejor no haber sabido nunca nada de nada porque al fin y al cabo para ti era tu hijo, de eso no creo que sospechabas, y para él eras su padre y siempre lo has sido; un buen padre, porque a pesar de todo no eras mal hombre, solo un pobre hombre y una calamidad.»

Dos días después de la aparición de los restos de su hijo, su hija la había llamado para que supiera que Urko, su nieto, está en el hospital entre la vida y

la muerte por las graves quemaduras que ha sufrido al tirar una botella con gasolina en un cajero de banco.

«Mi niño que se ha quemado, por Dios, mi niño, que se salve por lo menos él, por favor se lo pido a Dios si hay Dios, es lo único de verdad que me queda en el mundo porque su madre, mi hija, esa sí que no parece mía aunque la he parido. Cualquiera sabe a quién ha salido. Mi Urko, *nire ilobatxo*[28]. Esto es todavía peor que lo de Joseba, entonces. No puedo más.»

En el hospital, al ver con un cristal de por medio a Urko lleno de tubos y vendas en la Unidad de Cuidados Intensivos, Amaia ha llorado con amargura, impotencia y desesperación. Ha conseguido llorar con lágrimas por su nieto, algo de lo que nunca fue capaz por su hijo.

Amaia hija le ha dicho a su madre en persona, a solas, con frialdad, tono áspero y cara de asco, que ha podido hablar un poco con Urko. Amaia madre no la ha interrumpido ni una vez y le ha aguantado la mirada mientras su hija le ha dirigido amargas recriminaciones y le ha echado encima la carga de la culpa.

—Le he preguntado a tu nieto a santo de qué ha venido incendiar un cajero. Me ha dicho que lo ha hecho para protestar por su tío Joseba. Te lo cuento para joderte, *ama*. Para que sepas a lo que nos ha llevado el que tú le calientes la cabeza a un chaval, que es una cabra loca, con las mierdas de ETA y del asesino que era mi hermano. Ya ves, se la has calentado tanto que ha terminado por calentarse del todo y quemarse entero. Quiero que seas consciente de que tú tienes la culpa de que mi hijo esté en esa cama hecho un cristo. Escúchame bien esto, *ama*: tanto si mi hijo sale de esta como si no, eso no puedo ni pensarlo, no quiero volver a saber nada de ti en lo que te quede de vida, que me da igual si es mucho o poco. *Agur, ama*.

Amaia recuerda el terrible monólogo de su hija una vez más, casi palabra por palabra, mientras sigue ausente delante del televisor.

«Tampoco de esto sabes nada, Patxi. También mejor para ti, aunque tu nieto no te quería, pero tú a él imagino que sí, a tu manera.»

Por primera vez en su vida, las duras palabras de la hija están a punto de abrir una brecha de culpabilidad en la escasa conciencia de Amaia Zaldúa y en la blindada endogamia que deforma su visión del mundo y lo construye o destruye siempre a la medida de su fanatismo de una sola pieza.

«Dice que la culpa es mía. ¿Es que yo le he puesto el fuego en las manos al nieto? No sé si tiene razón. Que me ha hecho mucho daño con todo lo que me ha dicho, eso sí que lo sé. Maldita sea su mala leche, aunque comprendo

su dolor porque será tan grande como el mío por lo menos.»

Sin embargo, la capacidad de Amaia para dar la vuelta a las causas de los hechos y trastocarlas, y de convertir a los verdugos en víctimas, funciona una vez más y su mecánica de silogismos simples le proporciona un relativo sosiego.

«La culpa la tienen ellos, los enemigos de nuestro pueblo; toda la culpa, vaya que sí. Porque sin pisotear Euskal Herria desde los tiempos antiguos, ETA no habría tenido necesidad de ser. Y entonces mi hijo no habría tenido que luchar en esta guerra y dar la vida por su patria y estaría vivo y haciendo su vida y con una familia y entonces mi nieto en vez de estar ahí, en el hospital, estaría jugando al fútbol con los amigos.»

Pero será esta la última vez que su sistema de justificaciones sin fisuras y sin matices le sirva y se lo crea.

Amaia se levanta del sofá para ir a la cocina a prepararse una frugal merienda.

(1983)

Patxi Zubia miró con cierta prevención a los dos tipos desconocidos que acababan de entrar en su bar. Era por la mañana de un frío día de labor del mes de febrero en el que al amanecer había nevado en Amorebieta. En el bar Mugarra solo estaban a esa hora unos pocos parroquianos habituales, del pueblo: un grupo de tres chicos jóvenes y dos amigos jubilados; los cinco de pie en la barra, al igual que se colocaron los forasteros, en la mitad de la misma y con la puerta a la vista. Los desconocidos tendrían unos cuarenta años y pinta de chulos, sobre todo el más alto, que vestía un abrigo de cuero negro, como los que llevaban los de la Gestapo, sobre un traje azul marino cruzado que hacía destacar la camisa blanca y la corbata color rojo oscuro sin estampado. Su acompañante era más discreto en el vestuario, el aire chulesco le venía dado por una media sonrisa constante cuyo rictus conseguía un gesto burlón y despreciativo. El del abrigo de cuero, desabotonado para lucir el traje, era el subcomisario Arnedo; el de la sonrisa congelada era el sargento Pastrana.

—¿Qué va a ser?

—*Kaixo*[\[29\]](#). Buenos días nos dé Dios. Qué rasca hace hoy. Aquí se está mejor que en la calle —saludó y comentó Mariflor con falsa jovialidad.

—Sí, hoy se ha echado el frío. ¿Qué les pongo?

—Dos blancos Rioja. Monopole, si tienes. Que no tendrás, seguro. Me vas a decir que blanco, solo Rueda, ¿a que sí? —inquirió con sorna Mariflor.

—Es lo que piden aquí —explicó Patxi con parca mansedumbre.

—Son unos aldeanos de buen conformar. Pero no parece que sea lo único que se pide por aquí —dijo Mariflor, refiriéndose a un cartel de presos de ETA con la demanda de amnistía que estaba colocado en la pared que le quedaba enfrente y a una hucha metálica sobre la barra para donativos a sus familiares—. Pues venga, que sean dos ruedas. Con que no sepan a moho, me conformo.

Solo hablaba Arnedo, que se dirigía a Pastrana pero sin dejar de mirar a Patxi. El guardia civil se limitaba a asentir con la cabeza, para mostrar que estaba de acuerdo con las palabras de su jefe inmediato, sin alterar la sonrisa que a Patxi le pareció odiosa. Arnedo y Pastrana se habían puesto de acuerdo antes de entrar al bar en que uno haría el papel de provocador parlanchín y el otro el de provocador silencioso.

Los dos jubilados se sintieron incómodos, apuraron y pagaron sus tintos de año y se fueron despidiéndose de Patxi con cara de circunstancias. Los tres

jóvenes, a diferencia de los jubilados, no evitaban mirar con hostilidad a los achulados visitantes, que no parecían darse por aludidos. Uno de los chicos les dijo a los otros en voz baja que esos dos tenían que ser maderos.

Mariflor probó el vino, no puso cara de desagrado y le dijo al tasquero:

—Se puede beber, Patxi. Creía que iba a ser peor.

—¿Me conoce usted? —preguntó Patxi con cara de preocupación.

Los tres chicos permanecían en ostensible silencio y no perdían detalle de la escena.

—Claro que sí, *lagun*. Eres Patxi Zubia Lezamiz. Cómo no vamos a conocerte con el hijo tan famoso que tienes. Eres el *aitanada* menos que de Joseba Zubia Zaldúa, alias ZZ y *Mailu*, jefe del comando Donosti de ETA militar.

—Soy el padre de Joseba, de lo demás no sé nada.

—Naturalmente, *lagun*. Ninguno de vosotros sabe nunca nada. Sois todos tan inocentes y tan ignorantes como unos recién nacidos. La madre que os parió, joder —dijo Arnedo como con acostumbrado cansancio.

La preocupación de Patxi creció. No dijo nada más. Los chicos, simpatizantes los tres de Herri Batasuna y militante de Jarrai uno de ellos, se miraron entre sí sin saber si era mejor abrirse de la tasca cuanto antes o quedarse de testigos por si esos maderos de la secreta se pasaban con Patxi.

Arnedo se refirió de nuevo al cartel de la pared.

—Veo que sigues fiel a la causa de tu hijo. *Gora* ETA, ¿verdad, chavales? —se dirigió a los tres con reto y expresión de muy pocos amigos.

Los chicos no contestaron. Pastrana se acercó un poco a ellos, se acodó en la barra mirándolos con fijeza, mudó de la sonrisilla a una seriedad igual de hierática y los acojonó. Al notar su miedo, volvió a sonreír.

El cartel consistía en una sucesión irregular de retratos en primer plano de presos de ETA, fotos como de carné junto con cuadrados de distintos colores del mismo tamaño. Un preso, un cuadrado, dos presos, otro cuadrado y variaciones similares formaban el mosaico del conjunto.

Patxi Zubia estaba ya descreído de todo. Que Joseba fuera un pistolero de ETA y el jefe del comando Donosti era el mayor pesar de su vida y había superado con creces la amargura de que Amaia Zaldúa fuera su mujer. Permitía que pusieran ese tipo de carteles en su bar, así como la hucha, por lo que era su hijo y por no ponerse a mal con los radicales del pueblo.

Al fijarse en cómo era el diseño del cartel, a Mariflor se le ocurrió la

gracia, le pareció un ingenioso chiste y no se privó de soltarlo.

—Oye, Patxi. Ahora me acabo de dar cuenta, que parezco tonto a veces. Esto del cartelito de los cojones en realidad es un juego, ¿verdad? Si rasco los cuadraditos de colores con una moneda y me salen tres presos en raya, ¿tengo premio?

A Pastrana le hizo gracia de verdad la ocurrencia de su jefe y soltó una carcajada. Patxi hizo oídos sordos, en realidad no entendió del todo el ofensivo chiste, y permaneció en su actitud de pasiva melancolía. Los tres jóvenes *abertzales*, sin embargo, dieron un respingo ante la ofensa, soltaron entre dientes insultos ininteligibles e hicieron un amago de avanzar hacia los policías. Pastrana separó con una mano el chaquetón del lado izquierdo de la cintura, les mostró la culata de la automática que asomaba del cinturón y los paró en seco. Con la otra mano, cruzó el dedo índice sobre los labios para ordenarles silencio, por supuesto sin alterar la media sonrisa.

—¿Por qué venís aquí a mi bar a provocar? Yo no me meto con nadie y no sé nada de mi hijo desde hace mucho. ¿Por qué no os acabáis los blancos y os vais de una puta vez? Invita la casa.

Aunque aún no era mediodía, Patxi ya llevaba encima una buena cantidad de coñac y vino.

—Vaya, la serpiente asoma por la boca. El hacha la tendrá en el caserío para cortar leña. El padre del bravo guerrero saca el carácter y la mala hostia —dijo Arnedo en tono festivo—. Será porque ya está cocido y el vino le da las agallas que le faltan. Me han contado que es de dominio público que eres un trompa de reglamento. Lo comprendo y no es para afearte la conducta. Ser el padre de un asesino, de una alimaña que es un cobarde como tú, tiene que dar mucha vergüenza y mucha sed.

Mariflor terminó su blanco de un trago a modo de punto y aparte en su perorata. La cocaína le ponía hablador y tendía a la incontinencia verbal. Al llegar a Amorebieta y aparcar el coche cerca del bar Mugarra, Pastrana y él se habían metido sendas rayas de generoso tamaño.

—Solo hemos venido para hacerte una visita de cortesía —continuó Arnedo—. Y bueno, sí, también para tocarte un poco las pelotas y anunciarte que tu Mailu pronto va a estar entre rejas o criando malvas.

—Que sea lo que tenga que ser —dijo Patxi con gravedad mientras se servía un vaso demasiado lleno de tinto y se lo bebía de dos largos tragos sin que le importara que los policías, que ya le tenían tomada la medida, le vieran hacerlo.

—Será lo que tiene que ser. Ya lo verás. No bebas tan rápido que te vas a

atragantar. Si quieres, nos apostamos algo de verdad. Te apuesto una cántara de buen vino a que tu hijo no llega a la primavera. Mejor que lo de los tres presos en raya.

—Déjeme en paz. —Patxi dejó el tuteo—. No quiero apostar nada con usted ni con nadie.

Con brusquedad, Arnedo decidió dar por concluida la visita.

—Tienes razón. Te dejamos en paz para que sigas bebiendo tranquilo. ¡Hala, tú!, vámonos —ordenó a Pastrana—, que aquí ya nos han visto y sobre todo oído. Gracias por la invitación, Patxi. A seguir bien y dedicado a levantar vidrio.

Pastrana dio la espalda a los chicos y se dirigió a la puerta en pos de Arnedo, pero antes cogió la hucha metálica de la barra y la lanzó hacia atrás con fuerza por encima de su hombro. La hucha medio llena de monedas pasó por encima de las cabezas de los muchachos y cayó al suelo tras ellos con estrépito de calderilla.

Los policías salieron del bar ante el silencio apesadumbrado de Patxi. Los chicos se atrevieron a insultarlos con claridad cuando ya no les podían oír.

Ya en la calle, Mariflor y Pastrana se sintieron contentos de sí mismos y de lo cachondos que eran; se lo habían pasado bien provocando y acojonando a los paletos. Un poco de diversión había sido el único objetivo de la visita al bar del padre de Mailu. No obstante, había una base cierta en el anuncio de la próxima caída del jefe del comando Donosti por parte de Mariflor. Además de muchas otras cosas, era considerado por sus colegas un bocazas que se iba de la lengua con demasiada frecuencia.

Arnedo tenía organizada ya la pequeña red de mercenarios argelinos y marseleses pagados con los fondos reservados que habían puesto a su disposición y ya estaban listos para operar en Francia a sus órdenes y a las de Pastrana. Y el compinche de este último, que era el etarra que hacía trapicheos de coca con él, sabía dónde se ubicaba el piso franco del comando Donosti en el sur de Francia y estaba dispuesto a vender la información. El coronel Goliardo ya estaba al tanto de la oferta y de su precio.

En el coche, antes de volver a la fortaleza de Intxaurreondo, Pastrana invitó a su jefe a otra raya solo algo más corta que la que se habían metido antes.

(1982, 1983)

Los dos hijos del sargento Vicente Pastrana Mellizo, de nueve y once años, iban a un colegio público del barrio donostiarra de Intxaurreondo, el que les tocaba por domicilio de la familia en la casa cuartel de la Guardia Civil. Estaban matriculados en el modelo lingüístico B, cuyas asignaturas se impartían la mitad en euskera y la otra mitad en castellano. A Pastrana y a su mujer les pareció que esta decisión de buena voluntad haría más fácil el compañerismo de sus hijos con los alumnos aborígenes, aunque les dificultara la comprensión de la enseñanza, ya que aún no dominaban el euskera. Sin embargo, los alumnos lugareños trataban con desprecio y acoso a todos los hijos de guardias civiles, cuya procedencia era evidente, ya que llegaban todos juntos en un autobús que los llevaba desde el cuartel de Intxaurreondo y en el que nunca iban guardias civiles, para evitar el riesgo de atentados.

Txakurrak y *picoletos* eran los apelativos habituales en el colegio con que se dirigían a los hijos del cuerpo. Los maestros se abstenían de intervenir en estas cuestiones.

Por una bronca pelea entre su hijo mayor y el de un donostiarra del barrio, debida a la segregación de siempre, Pastrana conoció a Josetxu Rivas Arriola en 1982.

En la pelea, el hijo de Pastrana le había dado una buena gorpiza al hijo de Rivas. Este pidió cuentas al guardia civil un día que excepcionalmente fue a esperar a su hijo pequeño a la salida del colegio; ambos se cayeron mal por pura química, de modo automático. Pastrana evitó esta vez su sonrisa burlona y se tragó las ganas de ponerse agresivo. Dijo que su hijo lo único que había hecho era contestar con los puños a los insultos, que siempre en una pelea uno la gana y otro la pierde y que en definitiva esas peleas eran cosas de chavales en las que los padres no debían meterse. Rivas se permitió replicarle que quizá el problema era que su hijo repetía lo que veía hacer en su casa, en el cuartel, las palizas a los detenidos, y que no le daba ningún miedo que Pastrana fuera *picoleto*.

—Será mejor que no me calientes, te lo advierto —le previno Pastrana.

—¿Qué pasa? ¿Que si no me achanto y agacho las orejas vas a detenerme y darme a mí una paliza? ¿O a torturarme, como sabe todo el mundo que hacéis ahí dentro?

La referencia a la tortura hizo mella en Pastrana e hizo un nuevo esfuerzo de autocontrol para no partirle la boca a Rivas allí mismo. Los mandos les ordenaban que evitaran en la medida de lo posible los enfrentamientos con la población en las relaciones cotidianas y civiles que no

tenían más remedio que mantener.

—Para darte una mano de hostias a ti no necesito llevarte a Intxaurreondo, soplapollas. Vete a tomar por el culo y no te vuelvas a acercarme a mí —le dijo sin alzar en absoluto la voz.

Rivas sí se achantó; intuyó la peligrosidad de su oponente y no se atrevió a continuar la bulla. Se fueron cada uno por su lado.

Pastrana estaba contento con su mujer y era un buen padre. Su mujer, al igual que sus hijos, acusaba también el ostracismo ejercido por una parte de la población. Era para ella una dura prueba cada vez que tenía que hacer compras, que no podía solventar en el economato de la casa cuartel, en el barrio de Intxaurreondo. Tener que soportar la antipatía y hosquedad de los tenderos y otros clientes, como si fuera una apestada, resultaba muy desagradable.

El guardia civil llevaba bastante bien la presión y la dureza de encargarse de las torturas en los interrogatorios y de ejecutar las arriesgadas operaciones bajo cuerda que le ordenaba su coronel. Lo conseguía con un subterfugio psicológico parecido al que lograba aplicar Mailu para sus asesinatos: la impersonalidad, o más bien la despersonalización. Era su otro yo, el menos valioso para él, quien le hacía la bañera a un detenido o ametrallaba a sangre fría a un supuesto etarra en Francia con la misma indiferencia con que se escribe un informe rutinario a máquina.

En su jerarquía de valores y en su conciencia, el auténtico Pastrana era el capaz de jugar con sus hijos, cenar con apetito y hacer el amor con su esposa después de haber desmenuzado durante la jornada laboral a un hombre o a una mujer hasta conseguir que hablase.

El desdoblamiento de personalidad, el blindaje ético y el narcótico emocional le resultaban posibles gracias a la cocaína, que tomaba con profusión cada vez que realizaba labores difíciles. Su mujer adoptaba la táctica del avestruz para convencerse a sí misma de que desconocía la dependencia de su marido, así como que fuera un torturador.

El coronel Goliardo valoraba al sargento Pastrana y a cambio de sus servicios especiales hacía la vista gorda con los gramos de cocaína decomisada que se quedaba para él. La droga que Pastrana no empleaba para su propio consumo se la vendía a un camello que trapicheaba en la Parte Vieja de San Sebastián. El dinero que conseguía por este medio lo ahorraba y lo guardaba en una sencilla caja de seguridad, cuya única llave tenía él, y de cuya existencia sabía su mujer, aunque no de su contenido. Pastrana era consciente de que cualquier día podían matarlo y quería dejar a su familia algo más que la exigua pensión de viudedad.

En una de las transacciones de cocaína, el camello vino acompañado por el que iba a ser su sucesor, pues él dejaba la actividad. No era otro que Josetxu Rivas. Tanto a Pastrana como a Rivas les sorprendió volver a encontrarse en esta peculiar situación y jugando cada uno estos inesperados roles.

—Vaya, qué casualidad. El mundo es un pañuelito —di-jo Pastrana.

—Sí. Un pañuelito un poco sucio —dijo Rivas.

Ambos aceptaron esta relación. A partir de entonces, lo que restaba de 1982 y los primeros meses de 1983, a Pastrana y a Rivas los unió en un camino común la cocaína y el dinero. En ningún momento se cayeron bien, tampoco resultaba necesario, era suficiente con que cada uno cumpliera su parte en el negocio, como así fue. Evitaron volver a referirse a sus hijos.

Rivas estaba divorciado, no se hablaba con su exmujer y veía poco a su único hijo. Era un miembro legal de ETA encargado de labores de información y mensajería. Se dedicaba al seguimiento de objetivos designados para observar sus costumbres, itinerarios cotidianos, grado de protección y peculiaridades. También, hacía de mensajero oral para transmitir estas informaciones a Mailu y al comando Donosti. Conocía la ubicación en Sokoia, cerca de San Juan de Luz, del último piso franco del comando. Su trabajo de taxista independiente en San Sebastián y la provincia de Guipúzcoa le permitía la libertad de movimientos y horarios que precisaba para su servicio a la banda. ETA no tenía la menor idea de su pluriempleo clandestino de pequeño camello.

Rivas no consumía cocaína ni ninguna otra droga. Su talón de Aquiles era el juego, sobre todo la ruleta, que le producía fascinación, dominaba su escasa voluntad y en la que perdía considerables cantidades. Todo el dinero que le reportaba la venta de cocaína iba a parar al casino Kursaal de San Sebastián y al de Biarritz.

En febrero de 1983 sus pérdidas a la ruleta fueron aún superiores a la media y Rivas se endeudó con unos prestamistas usurarios franceses de métodos expeditivos ante retrasos de devolución e impagos. Perdió también la suma que le habían prestado, medio millón de pesetas con un interés del cincuenta por ciento, y se vio en la imposibilidad de devolverla. Lógicamente, no podía pedir ayuda a Mailu para que le quitara de encima a los violentos acreedores. Se le ocurrió una solución radical y desesperada que el miedo le dictó llevar a la práctica: vender a través de Pastrana, su contacto con la Guardia Civil, la ubicación del refugio del comando Donosti. En su siguiente cita con Pastrana, Rivas le planteó la cuestión sin revelar de modo explícito que era militante de ETA.

—Así que el pañuelito es todavía más sucio de lo que parecía —le dijo Pastrana.

—Déjate de chorradas. Os lo digo por dos millones. Me juego el cuello.

—Además de ser un chivato, ¿eres de ETA?

—Eso es lo de menos. Tengo la información, que es lo que os importa. Lo tomas o lo dejas.

—Está bien. Te responderé en breve.

—Tiene que ser mañana. No hay tiempo.

—Qué acogotado estás.

—Piensa lo que quieras.

—Te responderé lo antes que pueda, a mí no me presiones. Tengo que hablar con mis jefes.

Pastrana contó el asunto al coronel Goliardo y a Arnedo. Se refirió a Rivas como un nuevo confidente, sin mayores explicaciones, y aventuró que creía que la información sería fidedigna.

Goliardo tomó pronto la decisión sin consultar con nadie más de la cabeza oculta del GAL. Arnedo estuvo de acuerdo y puso un millón de pesetas, de los fondos reservados que gestionaba, para el primer pago al confidente. Liquidar de un solo golpe al comando Donosti era muy tentador.

Pastrana le dio el millón en mano a Rivas a cambio de la delación. El otro kilo le dijo que se lo entregaría en cuanto comprobaran la veracidad. Rivas no tuvo más remedio que aceptar. Reveló la localización del piso en Sokoa y que el comando Donosti estaba formado en ese momento por tres miembros y por Mailu, su jefe. La Pantera ya no formaba parte del *talde*. Había sido expulsada de ETA hacía muy poco. Goliardo y sus hombres lamentaron que esa valiosa pieza no formara parte de los trofeos a cobrar en esa partida de caza mayor.

Arnedo ordenó a dos de sus mercenarios en Francia que vigilaran el piso en Sokoa. Bastó un día para que la vigilancia diese los frutos esperados: el chivatazo era exacto. La operación se organizó para el día siguiente. Arnedo, con Pastrana de segundo en el mando del operativo y acompañados por Enciso, pasaron la frontera en el Renault 18 del subcomisario y se reunieron en San Juan de Luz con los dos mercenarios y con otros dos venidos de Marsella para reforzar el grupo de siete en total.

Asaltaron el piso antes del amanecer, armados con subfusiles y escopetas de repetición. Hicieron saltar la cerradura de la puerta con una pequeña carga

de explosivo plástico y entraron en tromba y guiados por la luz de linternas montadas sobre las armas. Atraparon a los etarras en sus camas sin darles tiempo a ninguna reacción. Juntaron a los tres miembros del comando de cara a una pared y separaron a Mailu, a quien cubrieron la cabeza con una capucha y esposaron. Acto seguido acribillaron por la espalda a los tres miembros del comando, que eran Iñaki Galparsoro Tudanca, alias *Txoriburu*[\[30\]](#), Jean-Luc Portuondo, alias *Harkaitz*[\[31\]](#), y Maialen Soria Gaminde, alias *Polita*[\[32\]](#).

En la misma pared que había servido de paredón de fusilamiento, Enciso escribió con un espray de pintura negra las siglas GAL en letras mayúsculas. Le recordó a cuando ponía las iniciales de su nombre en el juego de marcianitos Galaxian al sacar buena puntuación.

Con Mailu en el maletero del coche y tras separarse de los cuatro pistoleros franceses, Arnedo, Pastrana y Enciso cruzaron de nuevo la frontera sin problemas de control. Los gendarmes, avisados por el vecindario de la explosión y los disparos, tardaron en aparecer. Llegaron al piso de Sokoa y descubrieron la masacre cuando el comando del GAL ya estaba en Irún. Según las declaraciones, ningún vecino de la urbanización vio nada.

Los secuestradores llevaron a Mailu al chalé secreto situado entre Iraeta y Cestona, donde a primera hora de la tarde comparecieron el coronel Goliardo y el gobernador Elorriaga. Poco después comenzó el interrogatorio y la larga sesión de tortura que se prolongaría hasta bien entrada la noche y terminaría con la ejecución y enterramiento del maltrecho Mailu en el bosquecillo de Aia.

Josetxu Rivas no imaginó que su delación iba a traer consecuencias tan dramáticas. Lo invadió el pánico y se arrepintió del error cometido. Pastrana no le dio el segundo millón de pesetas, que en ningún momento pensaron pagarle. La dirección de ETA ató cabos pronto; le bastaron dos o tres nudos para tener claro que Rivas era el traidor causante del exterminio del comando Donosti y de la desaparición de Mailu.

Curaron a Rivas de la ludopatía para siempre. Su cuerpo sin vida apareció al volante del taxi, abandonado en una carretera comarcal, con dos balazos en la nuca. Evitaron a los prestamistas el engorro de tener que liquidarlo ellos, ya que en vez de saldar la deuda con el dinero recibido, Rivas se lo jugó también a la ruleta y lo perdió. Lo mataron el día 19 de febrero. El 19 rojo era su número favorito para apostar a pleno.

(1983)

Goliardo, Arnedo y Elorriaga salieron del chalé cuando Pastrana y Enciso ya habían metido a Mailu en el maletero del Seat 131, el coche en el que habían venido el coronel y el gobernador; condujo Goliardo hasta el chalé, Elorriaga no tenía carné de conducir. Eran cerca de las tres de la madrugada; la tortura había durado once horas, desde las cuatro de la tarde. En realidad algo menos de diez por los lapsos en que Mailu perdía el conocimiento y no lograban reanimarlo más que con electricidad.

Mailu iba desnudo, como lo había estado mientras Pastrana y Enciso lo torturaban y Goliardo dirigía el interrogatorio. Estaba esposado y con una mordaza en la boca. Le quitarían las esposas antes de ejecutarlo para intentar que cavara su propia fosa.

A pesar de su lamentable estado y de la oscuridad, Mailu notó que en el maletero había un pico y una pala, entendió lo que esto significaba y ya apenas le importó por su grado de demolición física y psicológica. Goliardo había previsto cada paso a seguir.

Mailu había revelado dónde podían encontrar a la cúpula de ETA militar al completo. Los tres dirigentes máximos habitaban un chalé, en Bidart, bastante cerca del piso franco del comando Donosti, cuya localización aislada de otras casas y sus características contó con suficiente detalle. La mayor parte del tiempo residían en el chalé los tres a la vez, protegidos por media docena de curtidos militantes bien armados. Allí recibían a los jefes de comando y demás responsables de la banda.

Para no sufrir la pérdida de la última uña de la mano, que Pastrana aún no le había arrancado, Mailu cantó también el paradero en Anglet de la Pantera. En cuanto Pastrana y Enciso terminasen de despachar a Mailu y descansaran, Goliardo iba a mandarlos a por ella. El coronel estaba contento; si la operación encadenada salía bien al cien por cien, iba a ser el mayor golpe asestado a ETA, del que tardaría en recuperarse.

Los tres miraron partir el Seat 131. La orden de Goliardo era que Pastrana y Enciso ultimaran a Mailu y lo enterraran donde les pareciera, sin darle posteriores explicaciones.

—Aquí ya no tenemos nada más que hacer. Podemos irnos nosotros también—dispuso Goliardo—. Ha sido un día muy largo.

Antes de salir del chalé con Mailu en volandas, los dos guardias habían hecho desaparecer hasta el último vestigio de lo que había sucedido en el sótano. Fue entonces cuando Goliardo mandó a Pastrana que no tirara las

nueve uñas arrancadas y que se las diera envueltas en algo.

—Arnedo, lléveme a Intxaurreondo —prosiguió Goliardo—. Tengo que llamar a Madrid cuanto antes. No hay tiempo que perder.

Para una operación de la envergadura que era acabar con la cúpula de la banda en Francia, Goliardo necesitaba contar con el visto bueno del Gobierno. Solo la matanza del comando Donosti iba a acarrear ya suficientes fricciones diplomáticas entre los dos Estados, aunque la acción llevase la firma del GAL.

—De acuerdo, vámonos de aquí de una vez —dijo Arnedo, a quien el horror al que había asistido no se lo había atemperado ni el whisky ni la cocaína, que no le producía el mismo efecto aislante que a Pastrana—. Después de llevar al coronel te dejo a ti en tu casa, José Ángel.

El gobernador había avisado a mamá de que era probable que esa noche volviera a casa muy tarde por obligaciones del trabajo. Procuraría no meter nada de ruido para no despertarla de su sueño siempre ligero.

—Te lo agradezco —dijo Elorriaga—. Esperadme por favor un momento, necesito ir al baño.

—No tarde —le ordenó Goliardo—. El gordo este es un coñazo. No sé qué pinta en todo esto —añadió cuando el gobernador ya no lo oía.

Elorriaga entró en el chalé y fue al sótano. Necesitaba mirarlo de nuevo, una última vez, a solas. Encendió la luz y contempló la estancia vacía desde lo alto de la escalera, como hizo la primera vez que la vio. Y como supuso entonces, sí le había resultado dificultoso bajar los precarios escalones, y subirlos. Había necesitado ayuda y tuvieron que darle la mano. Pero ver la tortura de cerca bien merecía el esfuerzo.

Entre una y otra contemplación de ese vacío mediaba un tesoro visual y auditivo de enorme riqueza, de calidad superior a la más retorcida y tétrica de sus amplias expectativas. Lo recrearía con vívido recuerdo y regodeo durante el resto de su vida. La primera vez esa misma noche, tumbado en su cama, mirando la blanca moldura del techo de la alcoba, la pantalla de proyección de sus ensoñaciones insomnes. Quizá hasta llegara a masturbarse, práctica rara en él, con la imagen del cuerpo desnudo de Mailu con los músculos tensados por el extremo dolor; la gloriosa carne lacerada, embellecida y cincelada por el martirio. El dolor de pureza e intensidad insoportable que se confunde con el placer sexual, con el éxtasis, de que hablaba Bataille; el raptó, el trance. De hecho, en un momento álgido de la tortura, cuando Pastrana le arrancó la segunda uña y Enciso le aplicó la fina llama azul del soplete en una oreja, entre alarido y alarido Mailu tuvo un arrebató místico y

habló con Dios, de manera bastante diferente a como lo hacía Margarita Mendieta, de un modo delirado e inconexo, pero esencialmente similar a Jesucristo en la cruz cuando se dirigía al Padre para pedirle que lo salvara y apartase de él aquel cáliz demasiado amargo. De nuevo la serpiente y el hisopo. Después, Mailu se carcajeó como si hubiera perdido el juicio y jadeó con un resuello parecido al sexual, al previo al orgasmo. Fue delicioso; una escandalosa delicia.

Sonó fuera el claxon del coche y la excitación del gobernador se cortó. Lo reclamaban. Apagó la luz del sótano y tras salir cerró la puerta como si la sellara. Pensó que este hecho mecánico archivaba el caso en su mente y lo preservaba de la corrupción del transcurso del tiempo al igual que si quedara guardado en un congelador. Aquel excremento de la razón de Estado, la creación de un infierno pequeño, el juego atroz de unas pocas personas en un reducido espacio que someten a otra a lo indecible, sin límites, por medio de un salvajismo estilizado, era ya suyo y para siempre.

Elorriaga volvió al exterior y entró en el Renault 18 de Arnedo. Le habían dejado libre el asiento del copiloto, desplazado hacia atrás para darle más espacio. Aun así, le costó encajar su mole corporal.

(1983)

Amaia Zaldúa, sin saber por qué, salió de su caserío al amanecer, se sentó en la pared del pilón donde veintisiete años después se iba a suicidar su marido y contempló con ensimismamiento el roble despojado de hojas por ser invierno. El pilón estaba lleno de agua porque todavía conservaban dos vacas que abrevaban ahí. Hacía mucho frío a esa hora tan temprana. Amaia vestía la bata de felpa gruesa sobre el camisón de invierno y se arrebujaba en una toquilla grande hecha a ganchillo; la misma vieja prenda que en 2010 se pondrá encima para ver la televisión después de que se hayan descubierto los restos de su hijo. Había dejado las zapatillas al lado de la cama, donde Patxi Zubia dormía aún la mona de la víspera, y se había calzado los zapatos en los pies con calcetines de lana, que ya llevaba puestos para dormir.

La víspera, Patxi y ella habían oído la noticia de que el GAL había asesinado en Francia a tres miembros de ETA que estaban fichados como pertenecientes al comando Donosti. Entre las víctimas no se encontraba Joseba Zubia Zaldúa, del que se sabía que era el último jefe conocido del comando. La angustia se apoderó de Amaia y Patxi, aunque también alimentaron la esperanza de que Joseba hubiese logrado huir o de que no estaba en ese momento con su *talde*. Pensaron que tal vez pudiera darles en algún momento señales de vida.

Amaia miró el sendero ascendente de acceso a su caserío. El sendero por el que tantos años antes, demasiados, aguardaba con impaciencia y anhelo ver aparecer al hombre en moto, con el odiado uniforme, que la tenía poseída en cuerpo y alma y que ella creía que era el padre de su hijo. Tras un rato de melancólica contemplación, añoranza y recuerdos, la mirada se le fue de nuevo a su roble, al roble que será lo último en que se fije su marido antes de dejarse caer en el pilón, a las ramas sin hojas de aspecto triste y desangelado, perfiladas bajo el cielo gris plomo del amanecer de un día que iba a ser oscuro. Un cielo del mismo color gris que el cemento bajo las baldosas rotas en el sótano de la tortura y que una bala de calibre nueve milímetros.

Amaia supo en ese instante, con la certeza irracional con que una madre sabe sin necesidad de explicaciones lo que le ha sucedido a su hijo cuando se trata de una desgracia, que a Joseba lo habían matado la pasada noche.

(2010)

«Dios se ha burlado de mí. Ha permitido que me hiciera ilusiones, me ha dado falsas esperanzas de poder salvar a mi hija sacrificándome por ella y en su lugar, para después castigarme en vez de otorgarle el perdón divino que iba a dejar su alma limpia, gracias a mí, cuando saliera libre. Estoy segura de que ha sido Él, no el diablo. Me ha castigado aún más de lo que ya me había castigado la mayor parte de mi vida. Y de la peor manera. Y no sé el porqué. Entre mi hija y Él me han destruido ya del todo.»

Tras la noticia del suicidio de su hija, Margarita Mendieta no volvió ni una vez más a la residencia en la que estaba internada María Teresa Altamira. No volvió a verla, sin dar explicaciones ni avisar a nadie de su ausencia. «Cuidar a esa mujer con la cabeza perdida y hacerle un poco menos agria su desdichada vida no me ha servido de nada, no ha compensado ni reparado nada. Igualmente, Él se ha llevado a mi hija, no le ha bastado con tenerla tantos años en la cárcel. Me arrepiento de lo que hice, me arrepiento de todo. Puede que entonces sí fuera Satanás el que me dijo que lo hiciera, que era bueno y lo adecuado hacerlo, y me engañó. Y ahora Dios me ha castigado por dejarme engañar por el diablo y hacerle aquello tan terrible a mi niña. Igual ese es el porqué del castigo. Pero si es así, tampoco es justo, no me lo merezco, y Él lo sabe. Obré de buena fe. Como sabe que no le perdonaré jamás, ni en el tiempo que me quede de esta vida que no es vida, que espero que sea ya poco, ni en la otra, en la eterna. No me importa si me manda al infierno por renegar de Él. Ya no me importa nada, ni siquiera esta soledad.»

Margarita ya no va a la catedral, ni a ninguna otra iglesia. Ha dejado de asistir a misa. Su enfado con Dios es sin concesiones y no tiene paliativos: se trata de una completa y definitiva ruptura. «No eres tú, Señor, el que ya no quiere hablarme. Soy yo quien no va a volver a dirigirte la palabra.» Incluso le gustaría dejar de creer en su existencia, pero ese extremo le resulta imposible.

Coincide con Amaia Zaldúa en hablar a veces con el marido muerto y en considerar que ha sido mejor que no se haya enterado de la suerte y final de su hija. «Mejor para ti, Leonardo. Lo único bueno de morir tan joven. No has sabido que tu niña adorada fue una asesina terrible que mató y mató y mató, que fue compañera de los que te mataron a ti y que al final se ha colgado, por Dios, se ha colgado ella sola en una cárcel. Saberlo te habría hecho sufrir mucho, cariño, demasiado.»

La anciana, que hasta la noticia de la muerte de su hija era muy callejera, sale ahora de casa lo indispensable. Hasta ha dejado de ir al cercano local de Cáritas donde ayudaba en lo que podía. Pasa las horas muertas delante del

televisor, al igual que Amaia Zaldúa, o mirando una pared o el vacío. Suele tener en el puño apretado el papel con el escueto mensaje que dejó escrito Margarita para ella: «*Ama*, por lo menos te perdono». Ha intentado muchas veces descifrar la parte tachada, en la que ponía «sé que con esto voy a destruirte del todo», pero no lo ha conseguido. Le resultaría curioso y horrible saber que Margarita tuvo el mismo pensamiento que ella, aunque la responsabilidad de esta destrucción final la reparta a partes desiguales entre su hija y Dios. Este breve y último mensaje de Margarita, su niña a pesar de todo, después de veintisiete años de silencio y de no querer verla, es el único y magro consuelo. El perdón de su hija, justo antes de matarse, le importa muchísimo, aunque no le reporte ni un ápice de paz. «La imposible paz de mi alma rota.»

(1983)

Dos semanas antes del rapto, tortura y asesinato de Mailu, el jefe del comando se vio obligado a transmitir a Itxaso, la Pantera, que la dirección había decidido expulsarla de ETA, de modo irrevocable, por su reiterada falta de disciplina que ponía en peligro su propia integridad y la de todo el comando Donosti.

—¿Qué quieres que te diga, Joseba? Me la suda que me echen. Me valgo yo sola, no necesito a nadie. Y menos a esa cuadrilla de inútiles y de vagos que viven de puta madre en ese chalé de la hostia con piscina, y lo único que saben hacer es dar órdenes absurdas. Y mientras, nosotros aquí, metidos en esta mierda de piso, oscuro y lleno de humedades.

—Es tu opinión. No la comparto.

—También me la suda lo que tú pienses.

La dirección de ETA, tras la caída de la cúpula anterior, estaba formada por el autodenominado colectivo Artapalo, un triunvirato que tomaba las decisiones importantes por mayoría. Sus tres cabezas se ocupaban respectivamente del aparato militar, político y logístico. El colectivo lo formaban Francisco Mujika Garmendia, alias *Pakito*, José Luis Álvarez Santacristina, alias *Txelis*, y Joseba Arregi Erostarbe, alias *Fiti* o *Fitipaldi*.

El gobernador Elorriaga se sorprendió cuando le explicaron que *artapalo* significa «bruto» en argot de la zona del Goierri guipuzcoano. Le resultaba asombroso, o de una autoconsciencia de perturbada y llana sinceridad, que el trío dirigente hubiese escogido un calificativo tan poco encomiable como nombre colectivo de guerra. Quizá era una declaración de principios de su brutalidad, de una cruel ferocidad criminal sin matices ni paliativos. *Brutos*, *sucios* y *malos*, como se tituló mal traducida al español aquella comedia negra y esperpéntica de Ettore Scola. *Brutti*, «feos», por «brutos».

—Ha sido Pakito el que ha propuesto tu expulsión. Los otros dos han estado de acuerdo —explicó Mailu.

—Cómo no. Tenía que ser el más subnormal de los tres. Cuando fui al chalé, el muy borde me llamó la atención por bañarme en su piscina.

—Por bañarte no, por hacerlo desnuda. Me lo dijo.

—No había llevado traje de baño y no quería estar luego con la ropa interior mojada. Otro curilla. —Mailu se sintió aludido—. No sé si le molestó que me bañara en bolas, pero desde luego no hizo ascos a mirarme todo el rato con cara de salido. Sobre todo cuando salí del agua y mientras me secaba.

—No me extraña.

La gota que había rebotado el vaso de la paciencia de Artapalo con la Pantera había sido una reciente iniciativa de ella. Últimamente salía a dar vueltas por ahí en una potente motocicleta para *motocross* que le dejaba un chico francés de San Juan de Luz a quien se estaba follando. Con Mailu ya no se acostaba nunca, aunque él se lo pidiese e incluso rogase. Esta carencia lo mantenía apagado y resentido con ella.

Mailu le había prohibido salir con la moto por la imprudencia que suponía, pero la Pantera hacía caso omiso. Había descubierto que le gustaba mucho ir en moto, tanto como a su padre cuando era joven y tenía la Sanglas con la que iba al caserío de Amaia Zaldúa.

En uno de sus largos paseos por caminos forestales y sendas agrestes durante una mañana de sol radiante, la Pantera entró en España por una incierta linde con Navarra. No lo hizo de modo consciente ni supo que había cruzado la frontera hasta que vio alguna referencia en español. No le preocupó lo más mínimo ni pensó en dar la vuelta para regresar a Francia.

La Pantera no se encontró con nadie en bastantes kilómetros de recorrido por empinadas y estrechas sendas de monte. Hasta que apareció en una curva un hombre montado a caballo. La repentina irrupción de la rugiente moto sorprendió al caballo, que se encabritó y estuvo a punto de tirar a su jinete. La Pantera apreció que el caballista llevaba uniforme militar de faena bajo una pelliza. Una vez controlado el caballo, el militar descabalgó. A su vez, la Pantera apagó el motor de la moto, aunque permaneció sentada en el sillín, con los pies en el suelo, y se quitó el casco. Charlaron un poco mientras fumaban un cigarrillo. Comentaron que no hacía frío para ser invierno y que apenas había nieve. El hombre era un sargento del ejército de tierra, iba desarmado y era bastante joven. Se le notaba encantado de haberse encontrado con aquella impresionante mujer en un paraje tan solitario. Le explicó a la Pantera que formaba parte de una pequeña guarnición que se ocupaba del cuidado de sementales del ejército, sobre todo caballos. Había salido con el que montaba porque necesitaba hacer ejercicio. La Pantera le preguntó si en ese cuartel con animales también tenían perros. El sargento le respondió que perros, ahora no. Tuvieron uno, pero alguien lo envenenó. La Pantera tiró la colilla, la pisó con la bota para apagarla del todo, sacó la Browning de entre los riñones y sin mediar más palabras le pegó un tiro al sargento entre ceja y ceja. El caballo se asustó por el disparo y huyó al galope monte abajo. La Pantera no recogió el casquillo, arrancó la moto y se fue monte arriba.

Al volver al piso de Sokoa, la Pantera contó su hazaña a Mailu y al resto del comando con pelos y señales. Mailu se la transmitió a los Artapalo, que se

quedaron tan perplejos como él al oír el despropósito y decidieron la expulsión.

—Tienes que irte de aquí, Itxaso. Lo siento. Han dicho que cuanto antes.

—Me voy ahora mismo, en cuanto recoja mis cosas. Será estupendo perder de vista esta cueva y a todos vosotros.

—¿También a mí?

—Sí, también.

—¿Adónde piensas ir?

—Ni idea. No lo sé. Ya se me ocurrirá algo. Qué más te da.

—Sabes que me importa todo lo tuyo; y mucho. Aunque ya no me quieras.

—Nunca te he querido.

—Yo a ti, sí. Y te sigo queriendo.

—Ya se te pasará.

—No lo creo.

—Peor para ti.

—Puedes quedarte de momento en Anglet. Conservo alquilado el apartamento de la calle Alexandre por si hay que dejar de repente este piso franco. ¿Te acuerdas dónde está?

—Claro, estuve allí contigo.

—La última vez que nos acostamos.

—Sí, fue la última vez.

—¿Ya lo habías decidido en ese momento que esa era la última vez?

—No lo recuerdo. Puede que sí. Es probable. Ya sabes cómo soy para esas cosas.

—No les diré a los jefes que estás allí. Ten las llaves. Y dinero para ir tirando. El dinero sí me han dicho ellos que te lo dé.

—Gracias. A ti, no a ellos.

—Iré a verte en cuanto pueda.

—Como quieras. Pero aunque estemos allí de nuevo tampoco te daré las gracias como esperas. O igual sí; conmigo nunca se sabe.

—Iré a verte de todos modos.

Mailu se aproximó para besarla, pero ella retiró la cara.

La Pantera volvió a ver al chico de San Juan de Luz para pedirle de nuevo la moto que ya no le iba a devolver y le echó un polvo que él no supo que era de despedida.

(1983)

—¿Tan importante es lo que me tienes que decir para despertarme a las cuatro de la mañana, Agustín? —preguntó sin mal tono y con resignación Gonzalo Veredas, el director de la seguridad del Estado.

—Yo creo que muy importante. Te cuento y tú juzgas, Gonzalo —respondió el coronel Goliardo—. ¿Es seguro hablar por teléfono?

—Hombre, pues sí. No nos vamos a pinchar el teléfono a nosotros mismos.

—Nunca se sabe.

—No te pongas estupendo, Agustín. Vamos al grano: cuéntame.

Goliardo refirió a Veredas de modo pormenorizado la valiosa información que le habían conseguido sacar a Mailu. Obvió que había sido mediante tortura y que había ordenado que lo quitaran de en medio. Para esa hora el encargo ya debía de estar resuelto.

—Con lo que el comando Donosti queda eliminado del todo —concluyó su exposición Goliardo—. Cuatro cucarachas menos.

—Excelente trabajo. Te felicito.

—Gracias. Transmitiré tu felicitación a mis hombres.

—Si no te importa, prefiero que no me nombres.

—De acuerdo. Como tú digas.

—Los franceses ya están metiendo ruido con el asunto y, como sabrás, ya ha salido aquí en todos los medios de comunicación. GAL, guerra sucia contra ETA y todo el rollo de costumbre. Los medios de su cuerda dicen que nosotros, el Gobierno, estamos detrás.

—No, no lo sabía. He estado muy ocupado todas estas horas, como puedes suponer. Lo importante, Gonzalo, es que hay que actuar pronto y rápido respecto a la cúpula en Bidart. Mañana, mejor que pasado. Los tres de Artapalo son unos tarados, pero supongo que no son tontos. Deducirán enseguida que nos llevamos a Mailu y que es muy posible que haya hablado. Hay que atizarles antes de que vuelen de ese nido. Si tenemos suerte, además de pillar a los tres en el chalé, puede que haya otros dirigentes. Necesito el permiso ya, Gonzalo. Y un operativo fuerte con gente de élite a mis órdenes directas. Para este baile no me basta con Arnedo y sus mercenarios.

No obstante, antes de separarse esa noche, Goliardo había ordenado a Arnedo que encargase a dos de sus hombres que vigilaran discretamente el

chalé de Bidart y comprobasen sin que cupiera duda que allí se escondía Artapalo.

—Tengo que consultar, Agustín. Esto es muy gordo para decidirlo yo solo.

—Pues hazlo. Pero date prisa, por favor.

—Descuida. Buenas noches.

—Buenas noches. Disculpa que te haya despertado.

—Ha valido la pena. Descansa tú un poco.

—Ahora no podría. Quedo a la espera de tu llamada.

Cuando Goliardo colgó el teléfono, llamaron a la puerta de su despacho. Era Pastrana para darle novedades. Se limitó a decir a su coronel que la orden había sido cumplida.

(1983)

La noche siguiente al episodio de Mailu y de la conversación telefónica entre Goliardo y Veredas, sobre la que aún no había respuesta, Mariflor, ya recuperado de la fatiga y de la tensión que le supuso la operación en Sokoa y las largas horas en el chalé del horror, jugaba un poco al *blackjack* y a la ruleta en el casino de Biarritz. Estaba acompañado por una puta de lujo espectacular, una mujer madura guapísima y con clase que le reía a Mariflor, sin entenderlas apenas, todas las gracias que soltaba en su rudimentario francés trufado de expresiones en español.

Mariflor se había alojado en el espléndido Hôtel du Palais, de cinco estrellas, donde iba a dormir esa noche en una de las suntuosas habitaciones con vistas al mar, cuya enorme cama con dosel ya había probado, a entera satisfacción, con la puta a la hora de la siesta. Como también le había satisfecho la eficiencia del servicio de habitaciones por la rapidez en traerle una botella de Moët & Chandon en cubitera de plata. Después, había pedido a la profesional que lo acompañase durante el resto de la velada. Una vez reajustada su tarifa al alza, ella fingió que se sentía halagada por la proposición. A Mariflor le encantaba ser visto en lugares escogidos en compañía de mujeres despampanantes; colmaba su sentido de la vanidad exhibicionista. Además, esa en concreto parecía más una estrella de cine que una puta.

Mientras jugaba a la ruleta con la presumible estrella a su lado, que atraía las miradas envidiosas de todos los hombres de alrededor y también las de las mujeres hacia él, le parecía a Mariflor, pensó en lo mucho que le gustaba el lujo. Aquel descanso del guerrero gracias a la pólvora del rey, pagado con dinero de los fondos reservados que administraba con generosidad para sí mismo, consideró que era lo menos que se merecía como pequeño premio después del combate. Le gustaría que estos dispendios fueran más a menudo, pero tampoco podía pasarse demasiado de la raya. Lo que sí se le pasó por la cabeza para multiplicar sus posibles fue una idea insensata: vender por un precio razonable a la propia cúpula de ETA que el GAL iba a ir a Bidart para exterminarla.

Los espías encargados de la vigilancia ya habían confirmado que Artapalo estaba allí. Aunque el jardín del chalé estaba resguardado por un alto muro, podía verse desde una loma cercana. Seguía el buen tiempo y los tres jefes salían a menudo al jardín. Los habían fotografiado con teleobjetivo y sus identidades fueron verificadas en Intxaurreondo.

Pero Mariflor pensó que venderles la información a los etarras le supondría tener que acudir en persona a hablar con ellos. Conocía sus propias

limitaciones y en el fondo era prudente, actuaba con la prudencia del que sobrevive a pesar de cualquier viento y marea por fuerte que sea. Negociar con esos psicópatas de reacciones imprevisibles era muy arriesgado y el tiro podía salirle por la culata. Así que desechó la idea nada más ocurrírsele y se centró en disfrutar de la placentera situación presente. Convino que no había que dejarse cegar por la codicia y que había que saber aprovechar los buenos tiempos y los buenos momentos, y mejorarlos cuando es factible, como era el caso. Y dejar de pensar; cuando se está bien no se piensa. Ya vendrían después mal dadas, siempre vienen tarde o temprano, como así fue.

Mariflor propuso a su trofeo femenino tomar otro par de copas de champán en el bar del casino, previas a ir al restaurante del hotel a cenar. Febrero era buen mes para las ostras y se había fijado que en la carta del Palais incluían las de la clase especial Gillardeau, sus preferidas. Antes de dejar la ruleta, Mariflor apostó una última ficha de cincuenta francos al 19 rojo, el número de la suerte del traidor Rivas, a quien le quedaban pocos días de vida. Salió. Le dieron treinta y cinco veces el valor de lo apostado. La vida le sonreía de momento.

(1983)

Cuando Arnedo dejó el hotel de Biarritz muy pasadas las doce del mediodía, por lo que le cobraron un día más sin que protestara, el coronel Goliardo estaba nervioso y muy cabreado. Veredas no le había llamado. Goliardo había intentado hablar con él un par de veces, pero era evidente que no se quería poner. La oportunidad única se iba a ir al garete, si no se había ido ya, por culpa de aquellos politicastos inútiles y negligentes. Mierda de socialistas. Añoró el régimen de Franco.

Al tiempo que el coronel Goliardo se desesperaba, Gonzalo Veredas y el ministro del Interior, Juan Barriuso, se veían a instancias de este en su despacho.

Barriuso contaba con el visto bueno del presidente Fernando Gómez para matar al trío Artapalo y a quienes se encontraran en Bidart. Y también con la rigurosa prohibición de Gómez de revelar que él había dado ese permiso. Una vez precisado este punto, Gómez y Barriuso estuvieron de acuerdo en que lo menos estentóreo, dentro de lo inevitablemente estrepitoso de la acción, sería volar el chalé con todos los que estuvieran dentro. Una explosión, por aparatosa que fuera, metería menos ruido con el Estado francés que un asalto a tiros de una numerosa fuerza especial; además de la dificultad añadida de introducirla en Francia de modo subrepticio. El aislamiento del chalé permitía su voladura sin apenas peligro de daños colaterales, cuestión esencial.

Gómez completó su lavado de manos diciendo a su ministro que decidiese él con Veredas y los expertos precisos el método más adecuado para hacer volar el chalé.

—Está bien, Gonzalo. Tienes vía libre para actuar ya —le dijo el ministro a Veredas.

—Se lo diré a Goliardo.

—Goliardo no puede intervenir. Esto no va a ser una carga del séptimo de caballería. Goliardo sobra en esta parte.

—No va a ser fácil decírselo.

—Lo siento, te toca a ti hacerlo.

Barriuso le explicó a Veredas la decisión de la voladura del chalé. Se dudaba cómo hacerlo. Se barajaban varios métodos: desde zapadores que minaran la casa a bombas incendiarias muy destructivas lanzadas desde una avioneta en vuelo bajo.

—Igual nos estamos volviendo todos locos —dijo Veredas.

Veredas llamó a Goliardo desde el despacho del ministro y en su presencia. El coronel reaccionó muy mal al saber que se le dejaba a un lado.

—Compréndelo, Agustín. Si se detectara tu presencia en Francia en esa operación, sería muy comprometido explicar cómo es que estaba al frente nada menos que un coronel de la Guardia Civil.

—Me queréis privar del lugar que me corresponde en la historia. Es imperdonable. Una afrenta personal y profesional que no voy a olvidar. Obedeceré porque es mi deber de militar.

—No te preocupes, Agustín. En todo este escabroso asunto será la propia historia la que nos colocará a cada uno en el lugar que nos corresponde.

—Tiene razón el mantecas cuando dice que para lo único que sirves es para soltar grandes frases vacías.

—Supongo que el mantecas será el gobernador Elorriaga. No haré ningún comentario. Comprendo que estés enfadado y te creas con derecho a ponerte impertinente y faltón con él y conmigo.

La operación no llegó a formalizarse. No hizo falta escoger entre avioneta bombardero, ataque con lanzagranadas o lanzacohetes o minar los bajos del chalé. Artapalo desapareció de Bidart mientras el GAL discutía. Así lo informaron los espías de Arnedo. Se habían ido en tres coches. Cada jefe en uno, acompañados por dos guardaespaldas respectivamente, con los maleteros llenos de equipaje y con paradero desconocido. Los mercenarios, al carecer de órdenes, no se habían atrevido a tomar la iniciativa de seguirlos.

Goliardo repitió hasta la saciedad que ya había advertido que era lo que iba a suceder por la demora en actuar. Que resultaba lamentable en exceso y que no contaran con él para nuevas mascaradas.

Artapalo apenas albergó al principio la idea de que el GAL mantuviera secuestrado a Mailu, no solía ser el estilo de los activistas de la guerra sucia. Pakito, Txelis y Fiti pensaron que se habían llevado a Mailu por la fuerza y que se lo habrían cargado enseguida. Aunque el hecho de que el cuerpo no apareciera pasados unos días resultaba extraño y les suscitó variadas conjeturas entre las que se barajó de nuevo y con mayor sospecha el secuestro para hacerlo hablar bajo tortura. Si estaba secuestrado, Txelis confiaba en la dureza y lealtad de Mailu y en que no habría hablado ni bajo los peores tormentos. Pakito no estaba tan seguro y Fiti callaba. Txelis y Fiti no consideraban necesario abandonar el chalé por si las moscas. Pakito prefirió curarse en salud. Convenció a los otros dos de que se largaran los tres cuanto antes: ese mismo día mejor que al siguiente. Así lo hicieron. Pakito se fue a Burdeos, Txelis a Pau y Fiti a Tarbes. Volverían a juntarse en cuanto

dispusieran de otro lugar seguro y cómodo.

A Mailu le habría consolado algo saber que su debilidad no tuvo consecuencias respecto a los jefes. No sucedió lo mismo en relación a la Pantera, aunque no del modo que él temió.

(1970)

Marga se había juntado con un par de amigas del Casco Viejo después de salir del colegio. Estaban sentadas sobre el respaldo de un banco de la Plaza Nueva, el situado bajo las palmeras más grandes. Marga se había doblado la falda del uniforme para acortarla, como hacía habitualmente en cuanto se libraba de la vigilancia de las monjas. Se sentaba de ese modo en el banco, con los pies en el asiento, para lucir mejor sus largas piernas. Luis Enciso y otro golfillo amigo suyo se juntaron con las tres muchachas, todavía niñas dos de ellas, a diferencia de Marga, que había iniciado ya su precoz adolescencia. Todos se conocían del barrio.

Marga notó que la contemplación de sus piernas hipnotizaba a Luis. Parado de pie delante del banco, la miraba con cara de bobo. Los cinco chavales mantuvieron una conversación de lugares comunes y bromas, con coqueteos y pullas inofensivas por parte de las chicas y baladronadas y exageraciones por parte de los chicos.

Luis, para hacerse el chulito, sacó un paquete de tabaco rubio americano, Lucky Strike con filtro, que le había mangado a su madre del cartón que le había traído un cliente que era marino. Ofreció un cigarrillo, primero a su amigo y después a las chicas. Solo Marga, a quien le sorprendió con agrado que Luis tuviese tabaco americano de contrabando, quiso fumar. Antes de encender el cigarrillo con el fuego que le daba el amigo de Luis, miró alrededor por si la observaba algún adulto conocido que se lo pudiera chivar a sus padres. Su viejo ya la había pillado una vez con la falda del uniforme acortada y le preguntó si es que acaso tenía vocación de golfa. No quería repetir bronca con castigo por fumar.

Se pusieron a hablar de programas de televisión. A los chicos les gustaba la serie *Misión imposible*, que a las chicas no les dejaban ver porque la daban tarde y además a veces tenía la calificación para adultos de dos rombos, y *El Santo*, que ya no echaban. Lo que sí veían los cinco, los chicos lo reconocieron con cierta vergüenza y dijeron que solo lo veían a veces, era el programa infantil *Los chiripitifláuticos*. Fue al hablar de Locomotoro, el capitán Tan, Valentina y demás personajes, cuando Luis Enciso dijo algo sorprendente.

—Como son muy chorras, sobre todo el tío Aquiles y los hermanos Malasombra, me burlo de ellos. También de Locomotoro. Y como están en la tele, no pueden hacerme nada y tienen que aguantarse.

—¿Cómo que te burlas de ellos? —le preguntó Marga con una extrañeza que compartieron los demás.

—Sí, les hago pedorretas y burlas desde casa. Ellos hacen como que no me ven, pero claro que me ven; se hacen los tontos. Sobre todo, Locomotoro.

Los cuatro lo miraron con asombro.

—Espera, espera. ¿Crees que los que salen en la tele nos ven a nosotros en nuestras casas? —preguntó Marga, atónita.

—Pues claro, desde ahí dentro nos ven a todos a la vez. ¿Es que no lo sabéis?

Luis lo dijo con total naturalidad. Las otras dos chicas e incluso el amigo se rieron de él con aspavientos. Marga, no. La enorme ignorancia de Luis y su candor le produjeron una suma de piedad y ternura que remarcó su atracción por el hijo de la puta. También le dio un poco de pena tanta simpleza. Recordó que de hecho ya había tenido la oportunidad de apreciar la extraña relación de Luis con la pantalla. Ahora lo entendía. Fue una tarde de domingo en el Gayarre, un cine del barrio dedicado a reestrenos. Luis había ido con otro amigo, que por su reacción complementaria debía de ser de la misma creencia que Luis. Marga estaba a su vez con una amiga, en otra fila más atrás. Veían *El estrangulador de Boston*. La película era para mayores de dieciocho años, pero en el Gayarre dejaban entrar a todo el que comprara una entrada. En una de las numerosas secuencias de tensión, Luis le gritó a un personaje de la pantalla, que estaba a punto de entrar en algún lugar en el que iba a caer en manos del asesino.

—¡Cuidado, vieja, no entres! ¡Que te pilla!

—Déjala, que le estará bien, por meticoná —secundó el amigo.

En aquel momento, Marga pensó que estaban de broma y hacían el tonto en el cine. Y no, no es que hicieran el tonto, es que eran tontos.

Luis se marchó de la Plaza Nueva enfadado por las risas a su costa. Marga lo miró con cierta lástima mientras se alejaba, le dio una voz para que la esperara, bajó del banco, no se despidió de nadie y corrió tras él. Tenía ganas de protegerlo. Aunque iba de duro y de valentón, y lo era, a Marga le pareció que su tremenda ignorancia lo colocaba en una posición de desvalimiento, de debilidad frente al mundo, y ella debía cuidarlo.

Fue esa misma tarde cuando Luis grabó en la corteza de un plátano del paseo de El Arenal, con la punta de su navaja, las iniciales de ambos unidas por una equis.

—Dentro de muchos años el árbol habrá crecido y nuestras letras estarán en el tronco mucho más arriba. Y ya nadie podrá verlas, pero nosotros dos sabremos siempre que seguirán ahí —dijo Luis con ilusión.

—No, Luis. Seguirán en el mismo sitio. Estarán como ahora, a la misma altura. Los árboles crecen por arriba, por las ramas.

Después de lo de la tele y el cine, a Marga ya apenas le extrañó la nueva sandez de su admirador.

El cine Gayarre estaba al comienzo de la calle Iturribide. Mucho más arriba, en la cuesta en que se convertía esa calle, estaba el colegio El Salvador, el de los maristas, al que iba Joseba Zubia.

Ese día, por la mañana, en la clase de lengua que daba el hermano Eliezer, *el Eli*, uno de los docentes que más temían los alumnos por su constante empleo del castigo físico, tocó dictado para espanto de Joseba, cuya ortografía era aún peor que la que tendrá su sobrino Urko cuarenta años después.

Una vez corregido el dictado, el Eli obligaba a ponerse de pie y en fila, a partir del encerado, a los que hubieran sacado más de cinco faltas. A los que tenían entre seis y diez, se limitaba a darles una bofetada o con los nudillos en la cabeza. A los que tenían más de diez, Joseba y alguno más, les aplicaba el tratamiento especial, consistente en estirarles del pelo de las incipientes patillas hacia arriba, hasta que levantaban los talones del suelo. Entonces, los soltaba de repente y les daba dos rotundas bofetadas a la vez, con ambas manos.

Poco después, en el recreo, al todavía dolorido Joseba se le acercó por detrás Cordero, el matón grande y brutal que lo amedrentaba y tenía esclavizado. Le dio con la mano abierta y toda su fuerza en el cogote. El golpe resonó en el patio como una carga de agua que cae desde lo alto. A Joseba se le enrojeció el cuello al instante. El manotazo le hizo aún más daño que el tratamiento especial del hermano Eliezer.

—No te mosquees, *borono*[\[33\]](#). Es que tenías una mosca. Ya te la he espantado —le dijo Cordero con una risotada que corearon la mayoría de los espectadores presentes.

Cordero le dio la espalda para ir a martirizar a otro. La persistencia del ardor en el cogote ayudó a la formación de una nube negra en la mente de Joseba que descargó en forma de un acceso de ira que superó el terror que le infundía el matón.

Cerca, otros chavales jugaban a la trompa. Joseba cogió la que bailaba dentro del círculo de tiza en ese momento, una peonza grande de dura madera de haya y, antes de que al dueño le diera tiempo a protestar, se la lanzó a Cordero, que se había alejado solo unos pasos, con el máximo vigor generado por el odio. La dura trompa le dio al matón en la cabeza, un poco más arriba

de la nuca. Debió de dolerle. Se echó las manos al colodrillo y se puso en cuclillas como si fuera a defecar. Acto seguido se irguió y miró incrédulo a Joseba, que permanecía quieto, fascinado por su propio acto. Cordero, a quien le había salido un huevo que se apreciaba en el pelo rapado, fue hacia él con pasos poco apresurados y cara de mala bestia. Hasta que el hermano Bernabé, *Carioco*, que cuidaba el recreo, consiguió con tiento separar a Cordero de su presa, los curas no se atrevían a pegarle, la larga serie de pesados puñetazos le puso a Joseba los ojos morados, le partió los labios y le hizo una fisura en la nariz.

Noqueado de pie, con la cara tumefacta, Joseba atinó a pensar que aunque había atacado a su torturador por la espalda, a traición y a distancia, estaba satisfecho de sí mismo, de la valentía que suponía un punto y aparte en el abuso continuado que había padecido hasta ese momento. Así fue. Cordero lo dejó en paz y escogió a otro débil más manso a quien avasallar en adelante.

(2011)

El 20 de octubre de 2011, ETA declara a través de un vídeo de breve duración el alto el fuego definitivo, el cese de la lucha armada sin más exigencia de contrapartidas que un inconcreto diálogo directo de la organización con los Estados español y francés para resolver el conflicto vasco. «Qué triste se me hace. Se me cae el alma a los pies. Tanto sufrimiento para terminar así, como perdedores y por la puerta de atrás.»

El vídeo, en plano fijo, muestra la puesta en escena acostumbrada de tres encapuchados con *txapelas*, solo habla el de en medio, tras una mesa con un fondo de banderas y la serpiente y el hacha. Es la misma escenografía e indumentaria de fantasmagóricas capuchas blancas bajo boinas negras que un año antes ridiculizaba el programa de televisión satírico *El intermedio* cuando ETA anunció su última tregua. De esta idéntica representación actual con esenciales palabras diferentes, las de la rendición, no se hace mofa porque ya no hace falta.

«Después de cincuenta años, me parece mentira.» Pero esta vez Amaia Zaldúa sabe que «es de veras. Ahora ya no disimulan. No pueden». Se lo dice su instinto y la experiencia. «Ya no es para descansar y ponerse fuertes y atacar de nuevo. Se acabó. ¿Y qué va a ser ahora de nuestros presos sin nadie que meta miedo y ponga firmes a los perros que los muerden? ¿Y qué va a ser de lo que fue mi hijo cuando se acuerden de él? Los que se acuerden de él, si alguno todavía se acuerda. Sacrificado al final para nada. Dar la vida para acabar derrotados. Qué amargura. Solo amargura; ya no me queda ni odio.»

Amaia sale cada vez menos del caserío. Baja al pueblo lo indispensable, apenas hace compras y descuida su alimentación. «Me vale con cualquier cosa.» Se ha quedado aún más delgada y el estar escuálida acentúa su vejez. «Me han dicho que me estoy quedando en los huesos y el pellejo. Es tontería. Siempre he estado en los huesos. Y además, me da lo mismo lo que parezco.» Sí mantiene la disciplina de ir a Bilbao a las concentraciones por los presos. «Ahora que todo se cae no voy a ser yo también una traidora que abandona a los chicos que están dentro. Por lo menos eso no; eso nunca.» También va una vez cada dos semanas a Durango a ver a su nieto, a Urko, que está medicado y en tratamiento psicológico por la depresión causada por las cicatrices de las quemaduras en el rostro y la pérdida de visión en un ojo. «Mi niño con la cara como de piel de lagarto y tuerto. Lo que más pena me da.»

A Amaia le cuesta seguir viviendo en el caserío. «No por estar sola; es que ya no tengo ganas ni ilusión por hacer las cosas que hay que hacer para que no me coma el estar dejada. Me he vuelto vaga.» La soledad no la siente «y no me pesa porque ya me sentía sola cuando vivía el borracho; era como

estar con un mueble, un trasto viejo y triste que se lo bebía y comía todo». No obstante, habla más que nunca con el fantasma de su marido y de un tiempo a esta parte también con el del hombre al que amó con pasión. «Leonardo, todavía te espero como una boba o como una loca. Que aparezcas de repente hecho un chulo y metiendo ruido en tu moto por el camino, que ya no quiero ver más porque me hace daño verlo, porque sé que es imposible que vengan los muertos a otro lado que no es la cabeza.»

Amaia decide abandonar el caserío. Su hija sigue sin hablarle y es su yerno quien la ayuda a conseguir plaza en una residencia para ancianos de Bilbao. «Estar rodeada de viejos que serán muchos insoportables o más sucios que las moscas o que estarán chalados y darán la murga no va a ser plato de gusto. Estoy acostumbrada toda la vida a no tener que hacer caso a nadie y aguantar poco, pero ya me da todo igual, y aquí ya no pinto nada. Hay que saber cuándo le toca a una retirarse y que ha perdido, y yo lo sé.»

La residencia, calificada de lujo, es privada, pero tiene plazas concertadas con la Diputación Foral de Bizkaia. Por vivir en ella tendrá que aportar el ochenta y cinco por ciento de su pensión de viudedad. La residencia está situada en La Ribera, en el Casco Viejo, enfrente del teatro Arriaga, donde tantas veces ha estado con un cartelón en las concentraciones por los presos. «Tener el sitio tan a mano y no preocuparme de todo lo de comer y que me limpien la habitación va a estar bien. Como vacaciones para los restos. No me lo creo ni yo. Menudo panorama.»

Víctor Clavijo, el yerno, «el maqueto por lo menos es servicial», la ayuda también a poner en venta el caserío a través de una inmobiliaria. Amaia se obstina en fijar un precio alto que la inmobiliaria le desaconseja sin conseguir que la anciana dé su «brazo a torcer. Igual es que en realidad no quiero que se venda y que lo compren y vengan a vivir aquí desconocidos, que a saber cómo serán, a lo peor gentuza. Mejor que se venda cuando yo me haya muerto ya y no me entere de quién usa lo que es mío».

El día que Amaia Zaldúa sale por la puerta del caserío en el que ha transcurrido casi toda su vida, para no volver a entrar, mira por última vez el pilón donde se ahogó su marido y el sendero por el que ascendía su amante con menor emoción y congoja de lo que esperaba. «Aquí os quedáis, Patxi y Leonardo.» También mira el roble, ahora con hojas, que cuando estaba desnudo le reveló que a su hijo lo habían matado aquella noche, hace veintiocho años «que han sido demasiado largos y siempre parecidos o cada vez peores. A ti, Joseba, no te dejo aquí, te llevo conmigo esté donde esté, a todas partes. De penar por un hijo muerto no se libra una nunca». Monta en el coche del yerno, que ya ha metido su equipaje en el maletero, «ha cabido todo lo mío en solo tres bultos», y se va.

(2014)

En el antiguo matadero de Durango, habilitado como salón de actos, sesenta y tres expresos de ETA, todos ellos hombres y mujeres de más de cincuenta años, de los irreductibles que no expresaron arrepentimientos ni pidieron de este modo medidas de gracia, darán una rueda de prensa para leer un comunicado. Más de un columnista de opinión hará énfasis en la siniestra congruencia de que un nutrido grupo de antiguos asesinos escoja para comparecer en público un antiguo matadero municipal.

En ese comunicado, los expresos reunidos celebrarán la revocación de la doctrina Parot que a bastantes de ellos los ha sacado de la cárcel antes de lo que esperaban, se referirán al derecho de autodeterminación, al conflicto vasco que persiste en esa nueva etapa de paz, y exigirán el acercamiento de los presos restantes, que suman mil quinientos años de condena, a las cárceles de Euskal Herria.

Mailu estaba convencido de que, antes de la victoria final de ETA, sería el propio pueblo vasco el que sacaría a todos sus presos políticos de las prisiones en una gran revuelta popular semejante a la de la toma de la Bastilla.

Entre estos etarras veteranos se encontrarán el hijo de Iturri, el simpatizante del PP con quien no quería estar Amaia Zaldúa en las concentraciones por los presos y que ya ha fallecido; Jon Ander Goiriena, *Apatxe*, el de la tienda de cerámica y figuras de barro que estaba enamorado de la viuda del hombre al que asesinó; tres antiguos compañeros de la Pantera, miembros del comando Donosti: Trikote, Agurtzane, la que fue novia de Karraka, a quien le estalló la dinamita sudada que manipulaba, y el maloliente Azufre, el sustituto de Karraka; Mikel Calvo Martínez, *Txirrindulari*, uno de los objetivos de Enciso y Pastrana en Biarritz saldado con un error de identidad y la muerte de dos inocentes; Karlos Kortezubi, *Pelufu*, el del extraño homenaje en la sidrería de Lasarte-Oria; Jon Coria Moreno, a quien el coronel Goliardo aterrorizó enseñándole las nueve uñas negras de Mailu; y Fusko, instructor militar de la Pantera y su amante de entonces.

Pakito, Txelis y Fiti, los Artapalo, seguirán en la cárcel.

Al terminar la lectura del comunicado darán por concluida la rueda de prensa sin admitir preguntas de los periodistas congregados. Uno de ellos, del pequeño canal de extrema derecha Intereconomía TV, increpará a los excarcelados sin perder la calma, afeándoles el que no hayan hecho ninguna referencia a las víctimas. Les preguntará si ninguno de ellos se arrepiente de sus asesinatos y les dirá que es un buen momento ahí, delante de las cámaras,

para tener la dignidad, la hombría y la vergüenza de pedir perdón, ya que entre los sesenta y tres presentes suman trescientas nueve muertes debidas a sus acciones. Apostillará que por lo menos ahora los puede interpelar sin miedo, porque ya no matan.

Ninguno de los expresos recogerá el guante y mantendrán un incómodo silencio. Solo uno de ellos le dirá al periodista que para montar esos números, que mejor vaya al circo.

Los militantes jóvenes de EH Bildu, la legalizada coalición sucesora de Batasuna que para poder acceder a las instituciones ha expresado su rechazo a la violencia de cualquier procedencia, incluida la de ETA, harán de servicio de orden del acto e invitarán al periodista, más o menos de buenos modos, a abandonar el salón.

(1983)

Tras ejecutar a Mailu y volver a Intxaurreondo, el coronel Goliardo permitió a Pastrana y Enciso que durmieran desde esa madrugada hasta el mediodía. Al despertarse y antes de desayunar, se presentaron ambos de uniforme ante su jefe. Goliardo, que no se había acostado todavía y mostraba un agotamiento excitado, les ordenó que salieran lo antes posible rumbo a Anglet a por la Pantera.

—No hay tiempo para comprobaciones previas. Tendréis que valorar y actuar sobre el terreno. Nuestro informante ha podido mentir sobre el paradero de Margarita Pérez Mendieta.

—No creo, mi coronel —dijo Pastrana—. Dadas las circunstancias del interrogatorio.

—Yo tampoco lo creo, pero entra dentro de lo posible. No pase por alto que Mailu era un fanático y el fanatismo saca fuerzas de la flaqueza. —Como él mismo demostraba, pensó Pastrana—. Bien; veamos. Los franceses están soliviantados por la operación en Sokoa. En este caso no podemos meter ruido. Me gustaría exhibir el trofeo de la Pantera cazada, pero habrá que conformarse con abatirla, que en definitiva es lo importante.

—¿Cómo quiere que lo hagamos, mi coronel?

—Como puedan, Pastrana, como mejor puedan. Pero supongo que la manera más factible es que la pillen en el apartamento de Anglet. Está en la calle Alexandre, como saben. Será un bloque de viviendas de veraneo en el que ahora en invierno habrá poca gente. Se la llevan o le dan pasaporte allí mismo y luego hacen desaparecer el cuerpo. Portarán solo armas cortas, con silenciadores. La frontera francesa estará sensible con el revuelo. Vayan en el tren, en el topo, hasta Hendaya. En la estación les esperará un hombre de Arnedo que pondrá a su disposición un coche y las armas. Volverán del mismo modo.

—No será fácil, mi coronel. Me refiero a lo de hacer desaparecer el cuerpo. Aunque sea febrero, toda esa zona de la costa francesa es muy concurrida. Habrá que librarse del bulto por la noche. Quizá en el mar desde un acantilado, y al fondo con un buen lastre. —Solo hablaba Pastrana.

—Lo dejo a su criterio. Y nada de esto es fácil, sargento; nunca. Pero lo dicho, sin ruido. El meterlo queda reservado para la operación en Bidart con los peces gordos. Ahí no va a quedar más remedio que hacer explotar la gran traca, cabree a quien cabree. Estoy casi seguro de que llevaremos a cabo la acción también ya. Es posible que se puedan unir desde allí al fuerte operativo

especial que comandaré en persona. Me gustaría poder contar en esa importante batalla con dos hombres como ustedes, de su temple y valor.

—Gracias, mi coronel. Ya me gustaría —mintió Pastrana.

Goliardo mantenía a Pastrana y Enciso de pie y en posición de descanso. En su despacho solo se sentaba él.

Pastrana pensaba en realidad que el cabrón del coronel con sus batallas, que se creía Patton, después de la matanza de Sokoia, del interrogatorio y ejecución de Mailu y ahora de liquidar a la Pantera, en vez de meterlo en un sucio fregado seguido de inmediato de otro aún más sucio, lo que podía hacer era dejarlo en paz una temporada dándole un largo permiso, una gratificación sustanciosa y los galones de brigada. Por lo menos.

Enciso se mantenía silencioso y disimuladamente ausente, sumido en sus básicos pensamientos. Obedecía cualquier orden sin cuestionársela, pero en esta ocasión el mandato a cumplir se le hacía cuesta arriba. Nunca había matado a una mujer. La idea no llegaba a repugnarle, pero le desagradaba. Además, decía todo el mundo que la Pantera era muy guapa y esto incrementaba, a tenor de su sentido de la lógica, el rechazo a tener que cargársela. No había tenido curiosidad hasta el momento por ver cómo era la Pantera; no había mirado ninguna de las fotografías disponibles de la pistolera etarra. El coronel Goliardo iba a suplir acto seguido ese desconocimiento.

—Aquí tienen las fotos más recientes de la linda damisela. Esta vez no quiero un error de identidad que complique aún más el panorama.

Pastrana miró las dos fotografías que le dio el coronel y comentó:

—Conozco bien su aspecto. No creo que haya por ahí muchas mujeres que se parezcan a esta. Es inconfundible. Guapa a rabiar.

Pastrana le pasó las fotos a Enciso.

—Cierto. Es una real hembra, una mujer de bandera. Algo muy poco frecuente entre estos elementos —dijo el coronel, que añadió—: Sargento, ¿puede usted hacer el favor de evitar esa media sonrisa suya? Me resulta de lo más irritante, casi insolente.

—Disculpe, mi coronel.

—Disculpado. Es una lástima que una mujer con un físico así, tan impresionante, esconda dentro un monstruo del que hay que librar al mundo.

Enciso miró las dos fotografías de la hermosa mujer a la que tenía que matar y al darse cuenta de quién era volvió a ser Luis, el Luisito, el golfillo de las Siete Calles de Bilbao que estaba colado por Marga, la chavala más guapa del barrio. Aunque Marga, o la Pantera, tenía ahora once años más que la

última vez que la vio, la ha reconocido al instante. Fue en 1972, cuando él iba flanqueado por dos grises que lo habían detenido y ella, que estaba acompañada por un finolis, lo miró con intensidad y cara de pena, de un modo que no ha olvidado. La ha reconocido por los grandes ojos verdes de mirada siempre desafiante, la negra melena rizada que lleva igual que entonces y esa boca larga que tantas veces ha deseado volver a besar.

Enciso fue consciente de que no podía matar a Marga. Para él era solo Marga; nunca supo que su nombre completo era Margarita Pérez Mendieta. Acabar con la vida de Marga o permitir que otro lo hiciera no era posible, ni siquiera imaginable para él; aunque fuese ahora la Pantera y el monstruo que aseguraba el coronel. Dejó de escuchar las instrucciones de Goliardo, procuró que no se le notara la profunda perturbación que le había producido el reconocimiento, ya que le pareció que Pastrana había percibido que le pasaba algo raro, y se dedicó a recordar aquellos lejanos días en que era un tuercebotas feliz cada vez que se encontraba con su chica.

(2011)

«Resulta curioso de qué distinta manera se valora algo que has tenido cuando lo pierdes. Mi habitación en esa mierda de pensión en la que he vivido estos años me parecía una covacha, una caja de cerillas. Y ahora que me han echado y estoy en la puta calle daría cualquier cosa por recuperarla y volver a tener mi cama, una puerta que poder cerrar, cuatro paredes y un techo encima. Esto es ser un sin techo, una manera exacta de llamarlo. Tener el cielo por techo. Nunca había imaginado que pasaría por esto a mis sesenta y siete años; y que probablemente vaya a terminar así, sin vuelta de hoja salvo que tenga un golpe de suerte, o me lo busque. Y ya no creo que lo encuentre ni que pueda fabricarlo; se me acabó la buena suerte hace bastante; ya solo la tengo mala o muy mala. Cuando se cruza a la acera de la miseria es difícil poder volver. Cada vez más difícil porque cada vez estás más abajo, más hundido, más lejos. Por primera vez en mi vida tengo miedo de verdad; un miedo distinto y peor a cuando temía que los etarras me limpiaran el forro en cualquier momento. Aquel era un miedo de calambre en las tripas que se me pasaba con la *farlopa* y con whisky y dándole por el culo a una buena puta; este lo tengo en la cabeza, es como un frío sordo y es constante, porque me he hecho viejo y pronto seré débil. Qué putada más gorda es hacerse viejo. Pero hacerse viejo y además ser pobre es como que te saquen un ojo y encima te meen en el agujero. Por lo menos estoy bien de salud, de momento. A ver cuánto tardo en caer enfermo viviendo en la calle, a la intemperie. Ahora sé por qué me parece fea esa palabra: intemperie.»

Después del trabajo a doble banda para el exalcalde de Marbella «y la zorra de su exmujer», a Julio Arnedo ya no le salieron apenas encargos como detective husmea braguetas ni como guardaespaldas. Su último trabajo fue de matón: darle una paliza al amante de una mujer casada por deseo del marido cornudo; «un encargo envenenado, con sorpresa». El amante era correoso y bragado. «Tenía cojones y era más duro que McQ. No lo parecía. Un tío cuarentón, delgaducho, calvito, ni siquiera alto. Pero sabía repartir, el muy maricón; seguro que fue boxeador. Una cosa es ser un aficionado que hace guantes, como yo, y otra vértelas con uno que ha sido profesional, aunque le saques la cabeza y veinte kilos.»

El amante trabajaba en un obrador de bollería del barrio de Aluche. Terminaba su turno a las cinco de la madrugada y salía solo del obrador, que tenía la entrada por un callejón. «Una hora de los cojones, pero buena para pillarlo sin llamar la atención en ese barrio lleno de muertos de hambre y delincuentes de poca monta.» A esa hora tuvo que ir en taxi hasta allí; una carrera cara. «Ya no tengo ni coche. El último no pasó la revisión y tuve que malvenderlo como chatarra. Todo va junto en la ruina.»

El amante apareció a las cinco, puntual. Arnedo se acercó por detrás para hacerle «la primera caricia» con una cachiporra de plomo y cuero al tiempo que le decía:

—Esto para que no te folles a la mujer de otro, *hijoputa*.

Fue lo que le encargó el marido cornudo que dijera «antes de darle grasa». Le atizó fuerte en la coronilla, pero no lo tumbó. El amante se rehízo, le esquivó el segundo golpe de cachiporra «y me puso a hostias a gusto. Todas muy bien dadas, con estilo». Arnedo consiguió separarse del castigo y sacar «la pipa», la vieja Gabilondo, para pegarle un tiro donde pudiera. Le mordió la mano y le hizo ver las estrellas. «El *hijoputa* mordía mejor que un perro de presa.» Tuvo que soltar «el hierro».

Al día siguiente se le infectó el mordisco. «Seguro que tenía los dientes llenos de sarro y de inmundicia de comerle el coño a la querida, que tampoco lo tendría como los chorros del oro. Para andar con un tío así, tenía que ser una guarra de mucho cuidado. Vaya par de sabandijas, tal para cual.»

Una vez tuvo a Arnedo desarmado, el amante reanudó «el reparto con otra tanda de hostias». Tras derribarlo, «remató la faena con unas coces que casi me sacan el hígado por la boca. Sabía de anatomía». En ese repaso final le acertó de pleno el hígado, los riñones y las costillas. Lo sacó del mundo. Cuando se despertó, Arnedo tuvo un brote de amnesia por el aturdimiento, no se acordaba de la paliza y se notó tan maltrecho que «creí por un momento que me había atropellado un coche». No supo cuánto estuvo sin conocimiento. Aún no había amanecido. Miró a ver qué hora era, pero no pudo saberlo, el Omega de acero había volado de su muñeca. La Gabilondo tampoco estaba, «me la habían limpiado; fue lo que más me dolió, pero no fue lo peor». También le habían birlado los zapatos, el bolígrafo Parker y la cartera. «Algún alma caritativa de Aluche me había hecho la limpieza completa mientras estaba fuera de juego o quizá había sido el tipo duro como indemnización por agredirle. Desde luego no pensé en ir a preguntárselo.»

En la cartera llevaba todo su dinero, el poco que le quedaba: dos mil cuatrocientos euros. «No tengo nada en el banco, ni cuenta.» Eso era todo lo que tenía. La costumbre de llevarlo encima había terminado por costarle cara. No entraba en sus cálculos «que alguien se atreviera a darme el palo. Otra prueba de mi decadencia».

Estuvo una semana baldado, sin levantarse «de la piltra de la pensión más que para mear en el lavabo». El cliente no quiso pagarle la mitad que le debía por considerar el trabajo incumplido. Incluso pretendió que le devolviera el adelanto. Arnedo le explicó que el verbo «devolver» le era desconocido y que si seguía poniéndose tonto sí iba a cobrar, pero de otro

modo.

El lecho y el techo le duraron solo un par de semanas más. Ya debía dos, «aquel antro» se pagaba semanalmente por adelantado y ya le había dado un toque de atención «la bruja» que lo regentaba.

Comenzó a ir a un comedor de Cáritas de Lavapiés. «Cago en Dios. Con el asco que les he tenido siempre a los curas y verme obligado a acogerme a su repulsiva caridad.» Y sacaba cuatro perras limpiando los váteres y pasando la fregona en el gimnasio para boxeadores donde iba antes a hacer ejercicio. «Como el negro con tomates en los calcetines de la película aquella de Clint Eastwood de la tía que quería ser boxeadora.» Pero el poco dinero no se lo daba a la patrona para apaciguarla algo respecto a la deuda, se lo gastaba «en priva. De nuevo bebía a pedo libre». Vino y licores baratos; lo que podía. «Los que somos alcohólicos lo somos todo el tiempo y solo varía la intensidad de los periodos. Los de secano no son más que disimulos con los que te intentas engañar a ti mismo. El alcohol acaba por ganarte la partida siempre y además atrae la mala suerte.»

La última noche que dispuso de la habitación «me gané a pulso que me echaran con cajas destempladas» y sin prórroga posible. Fue el último en dormir en aquella cama y casi se carga también el techo, y la pensión entera. Llegó muy pedo, se metió «en el sobre», dio unos tragos más de una botella de ginebra de garrafón y se fumó «el último pito antes de desmayarme». Estuvo a punto de ser el último en serio. Se quedó dormido con el cigarrillo encendido, se quemó la ropa de la cama y el fuego llegó al colchón. Lo despertó un zarandeo. Casi se ahoga por la humareda y la tos.

Se vio en la calle con sus cosas en dos maletas que por única fortuna tenían ruedas. Pidió en el gimnasio que le dejaran pasar las noches en una colchoneta, o en cualquier sitio, pero no se lo permitieron. También le dijeron que no hacía falta que volviera a limpiar. «No tengo nada, ni ningún lugar al que poder ir. No tengo a nadie en ningún lado, tampoco amigos, solo conocidos. Y enemigos. La soledad no importa cuando andas por ahí a tu aire con la cartera llena. Te vale la compañía de cualquiera. La soledad del pobre es doble soledad y toda la gente a tu alrededor, que tiene a donde ir, te parece hostil y una amenaza. Es una horrible manera de soledad, rodeado de gente en la calle todo el tiempo. Debo irme de Madrid como sea y antes de que llegue el invierno. En un sitio más pequeño es posible que esta soledad resulte menos terrible y lo que me rodee menos amenazador. A Bilbao, no. No puedo volver a Bilbao hecho un desgraciado. La gente que me conoce no puede verme en la indigencia.»

Hoy ha dado el paso. De pie, en una esquina, lejos de su barrio, donde no lo conoce nadie, ha extendido la mano por primera vez. «Me temo que no será

la última.» La primera limosna, cincuenta céntimos, se la ha dado un hombre de edad parecida a la suya. Al cerrar la mano con la moneda dentro le ha parecido que estaba caliente y le quemaba.

(1983)

Hacia las cuatro de la tarde, Pastrana y Enciso estacionaron el Peugeot 504 con matrícula francesa y bastante viejo en el aparcamiento público de la calle Alexandre, desde el que se veía muy bien el portal del edificio de apartamentos donde se escondía la Pantera. Había muy pocos coches en el aparcamiento. Goliardo tenía razón en que en esa época del año Anglet estaba muerto. Además hacía frío, el cielo estaba muy cubierto e iba a llover pronto. Los guardias civiles apagaron el motor, se quedaron dentro del coche y se dispusieron a vigilar con paciencia el momento en que su presa entrara o saliera del portal.

—Con el mal tiempo que hace, fijo que está en casa y que ya no sale esta tarde —dijo Enciso.

—Ya veremos. Habrá que esperar. Si para las siete no ha aparecido, decidimos qué hacer. Lo mejor sería que saliera a la calle. Entonces entramos en el apartamento, si no lo ha cerrado con llave, esperamos dentro a que vuelva y liquidamos el asunto según entre. Bueno, la primera parte del asunto. Lo del cuerpo va a ser complicado.

Enciso miró por su ventanilla para que Pastrana no le notara la cara de preocupación ante el comentario final.

Comprobaron las armas que les habían dejado en el coche; no les hizo ninguna gracia haber ido desarmados hasta Hendaya. Eran dos buenos revólveres franceses del mismo modelo, Manurhin MR 73, calibre 357 Magnum; lo solía utilizar la policía francesa. Los silenciadores para acoplar al cañón eran aparatosos, demasiado grandes. Los montarían en el último momento. Cargaron los tambores de los revólveres y se repartieron por los bolsillos el resto de las dos cajas de munición.

Se puso a llover con fuerza.

—Jarrea con ganas. Mal asunto, se ve peor. Y tienes razón. Puede que no salga con este día. Pero también puede que vuelva ya, si está fuera. Y esperemos que no vuelva acompañada.

La posibilidad de que apareciera con un hombre, con un ligue, produjo celos a Enciso. A la vista de este, Pastrana dispuso una porción de cocaína sobre su cartera. Le gustaba hacerse las rayas sobre el cuero liso de la cartera, como a Arnedo. Deshizo los grumos y la alineó con una navajita de llavero. La esnifó con un billete nuevo de mil pesetas con el que había formado un prieto tubo.

—¿No quieres un poco, Enciso? ¿Una rayita? Es de la buena. Te vendría

bien para ponerte a tono. Te noto de lo más apagado. No sueles ser la alegría de la huerta, pero hoy estás especialmente muermo.

—No, no quiero. Ya sabes que no me gusta. No me pasa nada. Estoy cansado. Sin más.

—Y yo, nos ha jodido. El coronel nos está metiendo una tralla seguida que no es normal. Voy a poner la radio. A ver si hay algo de música que se pueda oír.

A las seis menos diez, la Pantera salió del portal y se fue calle abajo. Aunque llevaba un anorak con la capucha puesta, la reconocieron sin dudas. A Enciso le dio un vuelco el corazón, pero mantuvo la expresión imperturbable.

—Vamos. Rápido. Quizá solo va a tomar algo o a hacer un recado.

—Sí, mi sargento.

Los dos guardias civiles salieron del coche con las armas ocultas. Enciso sacó del maletero la bolsa grande de lona con cremallera, enrollada en una funda, que Goliardo había ordenado que se incluyese en el equipamiento para la acción. Fueron al portal. No había nadie por la calle. Seguía lloviendo.

El portal tenía portero automático. Pastrana llamó a un timbre cualquiera. Le costó llamar a tres pisos para conseguir que alguien contestara. Pastrana dijo en su aceptable francés que era de Siedle, la marca que había visto en el aparato, para la revisión del portero automático. Que le bastaba hacerlo desde el portal, pero necesitaba que le abrieran la puerta. Lo hicieron. A Enciso, aunque tenía la mente ocupada por su conflicto particular, le maravilló la capacidad de improvisación de su sargento.

Subieron en el ascensor al quinto piso. Había cuatro puertas de apartamentos. La de la Pantera era la puerta A, la del fondo a la izquierda. Pastrana sacó una delgada plancha metálica, solo algo más grande que una tarjeta de crédito, y tanteó la cerradura. Consiguió deslizar la plancha por el pestillo y la puerta se abrió.

—Ha habido suerte, no estaba echada la llave —dijo en voz baja—. Adentro.

Los dos guardias civiles recorrieron el pequeño apartamento con las armas en la mano. No había nadie y sí cierto desorden: platos sin fregar, ropa apilada de cualquier manera y la cama deshecha. Así lo hizo notar Pastrana.

—La Pantera esta no tiene el cubil muy ordenado.

Habló de nuevo con voz queda y dijo a Enciso que hiciera lo mismo. Era necesario oír los pasos cuando se acercara.

Se quitaron las prendas de abrigo y colocaron los grandes silenciadores en los cañones de los MR 73. No encendieron ninguna luz.

—Vigila —ordenó Pastrana—. Voy a empolverarme un poco más la nariz.

Lo hizo echando una montañita de cocaína en el dorso de la mano. La aspiró con la nariz, sin alinearla y sin servirse del billete.

Permanecieron de pie a unos pasos de la puerta, quietos y con los revólveres preparados.

—Mi sargento, quería pedirte una cosa.

—Habla más bajo. Y no hace falta que me llames mi sargento. No estamos en Intxaurreondo. Ojalá estuviéramos. ¿Qué quieres pedirme?

—Si podemos no dispararle según entre. Me gustaría... Como dicen que está tan buena... No me atrevo a decirlo.

—Enciso, me sorprendes. Esto es raro en ti. ¿Te la quieres follarse antes de que nos la carguemos? ¿Es eso?

—Pues, sí. Si es que puede ser.

—Joder, no sé. —Pastrana se lo pensó—. Bueno, ¿por qué no? Estamos solos y no nos han metido prisa. Nadie se va a enterar. Habrá que amordazarla y atarla bien a la cama con algo para que la Pantera no arañe. Hasta igual me animo yo también. Follarnos a la Pantera; eso sí que es un trofeo de caza en toda regla. Y ella se irá del mundo con un buen recuerdo. Juntaremos el deber con el placer, qué coño. Al final resulta que eres un golfo, Enciso.

Tuvieron que esperar más de una hora. Se hizo de noche y dejó de llover. Lo veían por el cristal de la terracita.

Oyeron el ascensor, pasos y la llave en la cerradura. Pastrana se colocó en el pequeño espacio junto a la puerta, por el lado contrario al que iba a abatirse al ser abierta, con el revólver en alto. Enciso estaba frente a la entrada, a cinco pasos, apuntando desde la oscuridad.

La Pantera entró y accionó el interruptor de la luz que estaba al lado de la puerta y de Pastrana. Vio a Luis que le apuntaba y notó el silenciador de Pastrana apoyado en su sien derecha. No tuvo oportunidad de reaccionar ni de decir nada. Pastrana habló rápido y sin levantar la voz.

—¡Quieta! ¡Ni una palabra! ¡No te muevas! ¡Levanta las manos y entra!

La Pantera obedeció mientras miraba atónita al hombre que le apuntaba de frente y de soslayo al de la entrada pegado a ella. Pastrana cerró la puerta con suavidad y, sin quitarle el revólver de la sien, le metió mano con

brusquedad en la cintura del pantalón por delante y por detrás. Encontró la Browning entre los riñones, la cogió y la tiró al cercano sofá.

Enciso levantó el percutor del revólver y extendió más el brazo para afianzar el blanco. La Pantera creyó que había llegado su hora. Solo dijo:

—Hazlo rápido y que no me duela.

—Marga, soy Luis. Luis Enciso.

Pastrana miró a Enciso perplejo y por la sorpresa separó el revólver de la sien de la Pantera. Era el instante adecuado. El chico de Marga disparó tres veces seguidas. Las detonaciones amortiguadas sonaron como corchos de botellas de champán con poca fuerza. Pastrana dio un traspié, pegó la espalda a la pared y se deslizó hasta el suelo con cierta lentitud. Antes de morir, le dio tiempo a pensar que su mujer sabía dónde estaba la llave de la caja de seguridad con el dinero.

(2011)

«Los médicos dicen que de entre todos mis males a elegir por la ruleta de la parca será el cáncer de esófago lo que me dará la puntilla; metáfora taurina, penosa, por eso la empleo. No sé si esta vez tendrán razón y me voy a morir ya, si voy a espicharla de un modo digamos oficial, antes de cumplir los setenta y uno. No termino de creérmelo. Soy como Godzilla, el viejo monstruo de aliento radiactivo de la serie B japonesa al que lo sacuden con lo más letal, palabra pedante y detestable que por eso empleo también, parece que han acabado por fin con él y resurge cada vez de un lamentable mar de alberca de plató o de una cueva de cartón piedra. Y también me he convertido en Godzilla por el tonelaje. He batido mi propio récord y he llegado a los doscientos kilos en la báscula, dos quintales en canal. Apenas puedo moverme. Entre la artrosis y la debilidad de las rótulas no sostengo de pie tan descomunal peso. Pierdo casi todo el tiempo en la cama, donde miro el techo o dormito. Tengo que dormir boca arriba, de lado estoy más incómodo y me cuesta respirar. Boca arriba mis ronquidos son telúricos, de alertar a protección civil de que Godzilla ataca de nuevo.

»Ya no leo novelas y apenas veo películas; la ficción ha dejado de interesarme, me parece superflua, prescindible y ya no soy capaz de entrar en el juego de suspensión de la incredulidad. La mera realidad alberga todas las ficciones, muchas de ellas inverosímiles, y suscita las mejores fantasías por mi manera de percibirla.

»De vez en cuando me saca a la calle Héctor, mi fornido y guapo enfermero y chico de compañía. Lo consigue encajándome con enorme esfuerzo en una silla de ruedas especial, le haría falta una grúa, más ancha y resistente que la cuadriga de Ben-Hur y dotada de un asiento de opulencia cardenalicia. El buen hombre la empuja por la calle sudando la gota gorda. Sillas con motor no hay para mi mole, sería necesaria una turbina Rolls-Royce para impulsarla o más electricidad que para la Old Sparky de Sing Sing. No me da especial vergüenza el espectáculo bufo, entre Fellini y Monty Python, que doy por la calle: un gordísimo a punto de explotar empotrado en una desafortunada silla de ruedas que empuja con agotamiento un mulato hercúleo de atuendo hortera. No solo estoy más allá del bien y del mal, sino también del decoro y el ridículo.

»El agraciado Héctor, me encanta su nombre de héroe homérico, se ocupa también de pincharme. Su nombre es el perfecto para este servicio, ya que en *La Ilíada* se dice que Héctor domaba caballos. Es que además de la morfina habitual, me inyecta heroína, un caballo muy bueno, *crazy horse* purasangre, variedad *brown sugar*, que compro a un precio desorbitado en

una fiable dirección del Internet opaco y me entregan a domicilio por mensajería. Me encanta la heroína de un tiempo a esta parte. He cumplido el anhelo que tuve, creo que desde la juventud, de hacerme yonqui a los setenta años. Ahora comprendo en toda su extensión lo que decía mi paisano Iván Zulueta en su enloquecida película *Arrebato* respecto al viaje con heroína: colgado en medio de la pausa, arrebatado. El caballo al galope por mis obstruidas venas es el contrapunto armónico a mi montañosa quietud.

»Héctor tiene también la gentileza de bañarme un día a la semana en la bañera grande del piso de Donosti. Se desnuda del todo y se mete en el agua jabonosa conmigo para pasarme la esponja con mayor comodidad por mis barrocos recovecos multiplicados por las superpuestas lorzcas. En vez de tener que entretenerme con un patito de goma, me deja jugar con su lucido instrumento color café con leche.

»El tumor del esófago es inoperable y tan grande que no puedo comer nada sólido; no pasa, se atasca. Un castigo cruel para un *gourmet* poseído por la gula. Me alimento con líquidos y purés. Es un misterio por qué sigo engordando.

»Lo de que tengo el aliento radiactivo de Godzilla es casi cierto. El tumor me produce halitosis; la boca me huele ya a sepultura. La obstrucción en el esófago me recuerda cuando estuve a punto de ahogarme el año pasado en el balneario de Cestona con aquel maldito hueso de rabo de vaca; quizá fue un anuncio poco poético de lo que iba a venir.

»Me atraganté por la incontenible carcajada que me produjo la manipulación del vídeo de los tres portavoces de ETA en el programa del Gran Wyoming. Ahora, los etarras han repetido para su adiós a las armas el mismo guiñol fachoso de capuchas blancas propias del Ku Klux Klan con ribetes negros como de rímel en los agujeros para los ojos, un toque de lo más gay, a juego con las boinas negras calzadas a rosca que delimitan su escaso horizonte mental.

»ETA se ha terminado. Ellos mismos acaban de anunciar su rendición de una manera apenas encubierta. Ha terminado ese redundante y largo sinsentido que solo adquirió importancia porque mataban. Ahora que la pertinaz infamia ha concluido se hace aún más patente que nunca debió comenzar. Ha sido una siniestra y subdesarrollada historia de aldeanos primarios, una larga crónica del crimen mezquino y gratuito forjado en el fanatismo y el odio que crecen desde las raíces de la estupidez. Qué desgracia es la falta de inteligencia; fue la sequía precisa para que arraigara la credulidad abonada por la manipulación que hizo posible lo delirante, la certeza de los tontos en la que se refugian y de la que obtienen beneficio los canallas.

»Sin la muerte y su trágica gravedad, a ver qué es ahora de ellos y de los que los amparaban y de los que los seguían y de todos los demás canallas al socaire. Los canallas de un sesgo y de otro, que en realidad es el mismo, el de la impostura y la ignominia. La sacralidad de la muerte, lo único que daba entidad y relevancia a su causa o que ocupaba el lugar de la misma; no había más que muerte, miedo y odio, nada más.

»El aprovechamiento de esa mascarada ridícula y sangrienta ha sido y será el de los canallas de la trastienda que rellenan la masa de sus dos estomagantes croquetas complementarias, la nación y la patria, con los menudillos de la carnicería.

»El terrorismo de alcance internacional tuvo su puesta de largo con el colosal atentado del World Trade Center de Nueva York, con su estética y elevada mortandad propias del cine de catástrofes, de una superproducción de Hollywood; nada de serie B japonesa, aunque Godzilla bien podía haber estado sin desentonar entre las torres gemelas y los aviones que se estrellaban. Imagino que tuvo que gustarle al fante de Gonzalo Veredas. Ese atentado descomunal marcó el auténtico comienzo del siglo XXI y del cambio del mundo. Estableció los nuevos parámetros del miedo y de la inseguridad global y dio réditos al poder con la gestión de ese miedo. Después fue Madrid con la masacre de Atocha y más tarde la de Londres. La amenaza mundial del integrismo islámico no solo continúa una década después, sino que crece y se va cada vez más de las manos. Esta enorme dimensión de hechos y fuerzas arrinconó y empequeñeció aún más, por comparación y desplazamiento, la guerra de pacotilla de nuestros pequeños patriotas, su menesteroso terrorismo de andar por casa y el ideario de lema de camiseta, amén de poner de manifiesto el tiempo histórico que le correspondía y de lo que provino, el siglo XIX y el carlismo.

»Malogré mi vida en una lucha, igual de abyecta que la suya, contra esa lacra despreciable, raquítica y mediocre que solo habría merecido mi desdén, pasividad y distanciamiento. Qué despilfarro. Lo más grotesco de mi grotesca naturaleza y condición es que, si fuera posible y se diera el caso, sé que volvería a hacer lo mismo de idéntico modo. Mis contradicciones pesan tanto como este cuerpo deforme y enfermo que me aprisiona o la cantidad de inmundicia que produce la razón de Estado. He sido un adversario a la altura de tan pigmeo enemigo.

»Han pasado veintiocho años desde la truculenta noche de la pasión de Mailu. Ya no recuerdo los detalles, mejor así. Mentira, me acuerdo perfectamente. Pero procuro recordar más lo que imaginé que iba a suceder que lo que en realidad vi y oí en aquel sótano alicatado como un váter, en aquel submundo físico y mental. Los únicos con un atisbo de decencia en

aquella tropelía fueron los dos peones, los verdugos directos.

»El año pasado apareció el esqueleto de Mailu en un bosque. Me habría gustado verlo a modo de epílogo gótico de aquella noche gore con bajo presupuesto de producción.»

(1983)

Luis y Marga pasaron la noche juntos en el apartamento de Anglet. El cadáver de Pastrana lo metieron en la bolsa de lona que iba a ser para ella y cerraron la cremallera.

Luis no le preguntó cómo le había dado por meterse en ETA y convertirse en una asesina. Marga no le preguntó cómo le había dado por ser guardia civil y se había convertido en un asesino del GAL. Establecieron un paréntesis implícito, una elipsis que saltara por encima de once años de sus desnortadas vidas como si fuera un obstáculo salvable.

La Pantera había oído la noticia del exterminio del comando Donosti, atribuido al GAL, y de la desaparición de Mailu, pero tampoco preguntó a Enciso si había tenido algo que ver con el asunto, prefería no saberlo. Tampoco él hizo la menor referencia.

Por primera vez, Luis y Marga se vieron desnudos el uno al otro y en una cama. Eso fue lo único que les importó durante aquella noche de pasión y sexo constante en la que no durmieron ni un minuto.

En un rato de descanso, poco antes del amanecer, Luis le dijo:

—No te rías de mí si te digo una cosa.

—A ver qué demencia me vas a soltar. Una de esas ocurrencias tuyas de marciano.

—No, es en serio. Lo pensé cuando me acordaba de ti. Y me he acordado de ti muchas veces.

—Yo casi te había olvidado, Luis. He estado metida en demasiadas historias pardas todos estos años como para acordarme de nadie. Pero nos hemos encontrado. Tú me has encontrado a mí, me has salvado la vida y has tirado la tuya por la ventana para salvarme. Qué quieres decirme, cariño.

—Que me habría gustado tener un hijo contigo. Un niño nuestro. Todavía me gustaría.

La solemne declaración formulada con tanta sencillez pilló a Marga de improviso y la desarmó. Le tembló la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas, embargada por una candente emoción como nunca había sentido. Ocultó el rostro en el pecho de él.

—¿Cómo iba yo a tener un hijo con un tío tan tonto y tan venado como tú?

—Es verdad. Tienes razón. Ya lo comprendo.

Ella elevó la cabeza para mirarle a los ojos y que le viera las lágrimas y su sonrisa de plenitud.

—Abrázame fuerte, idiota. Es lo mejor que me han dicho en mi vida. Quiéreme otra vez. Lo necesito. Te necesito dentro de mí, amor mío.

Cuando Luis la penetró una vez más con su gran pene, Marga, con una tristeza atemperada por el apasionamiento, añadió:

—Nuestro hijo se habría avergonzado de nosotros. Es mejor así.

A la mañana siguiente partieron temprano hacia el norte en el Peugeot 504.

Luis se llevó los dos revólveres, la munición, el dinero de la cartera de Pastrana y su tarjeta de crédito. Dejaron el cadáver dentro de la bolsa, en el apartamento. Marga recogió su escaso equipaje. La moto quedó en el aparcamiento subterráneo del edificio.

Fueron sin rumbo, sin mapa, sin planes. Con la única perspectiva de querer estar juntos en cualquier lugar donde los dejaran en paz.

Optaron por dirigirse al norte para alejarse de los lugares en que su pasado afectaba al presente.

Marcharon por carreteras secundarias muy poco transitadas.

Volvió a llover, fuerte y con persistencia.

La pareja estaba de buen humor.

En una larga recta flanqueada a ambos lados por árboles de grueso tronco espaciados uno de otro, Marga, que era quien conducía, puso el viejo Peugeot 504 a ciento treinta. Luis jaleó la iniciativa y disfrutó de la velocidad.

De repente, un perro salido quién sabe de dónde, un pastor alemán muy parecido al *Lagun* de Amaia Zaldúa al que atropelló un coche y por el que lloró las lágrimas que no consiguió derramar por su hijo, cruzó la carretera en persecución o en huida de algo invisible. Para no pillarlo, Marga pisó el freno a fondo. El coche derrapó por el asfalto muy mojado y chocó a demasiada velocidad contra uno de los árboles de la cuneta derecha. Luis, que no llevaba el cinturón de seguridad puesto, salió despedido por el formidable impacto, rompió el parabrisas con la cabeza y terminó el corto vuelo contra el tronco del árbol. Se fracturó el cráneo por los huesos frontal y parietal y murió casi en el acto.

Marga, que sí llevaba el cinturón de seguridad puesto, salvó la vida. El coche, muy abollado, con el capó como un acordeón, comenzó a incendiarse por delante, por el motor. Marga, aturdida pero ilesa, atinó a soltarse el

cinturón y a abrir su puerta. Salió del coche tambaleante, con pasos de borracha. Curiosamente, miró primero en la dirección por donde había cruzado el perro. No había rastro del animal. Ni nada ni nadie en aquella carretera recta, mojada y perdida. Ningún otro coche apareció después del accidente.

El Peugeot se quemaba rápido. Marga lo rodeó por detrás para ir donde yacía Luis, al pie del árbol y muy cerca del fuego. Tiró de sus ropas y de su cinturón para alejarlo de las llamas. Consiguió separarlo del coche los suficientes metros. Ganada la distancia, se puso de rodillas junto a su cuerpo, jadeante por el esfuerzo de arrastrarlo. Le miró la cara y supo que estaba muerto. Le tomó el pulso en el cuello y no se lo encontró. Se quedó allí quieta, sentada sobre los talones, y veló el cuerpo del hombre al que había amado tan poco tiempo pero con tanta intensidad, hasta que el fuego del coche, que ardió por completo, se extinguió y fue solo humo negro.

Marga buscó la navaja de Luis en los bolsillos de su pantalón hasta encontrarla. Él se la había mostrado para decirle que era la misma con la que grabó *LxM* en El Arenal. Abrió la hoja, dio al cadáver un beso de despedida en los labios, caminó hasta el árbol del choque y, por el lado opuesto al de los restos del coche empotrado, grabó en el tronco con la punta, superficialmente, *MxL*. Acto seguido, pisó la hoja con fuerza y dobló la navaja hasta romperla; nadie más volvería a usarla. Entonces lloró. Lloró por la muerte de Luis y por la segunda muerte de Marga, cuya resurrección, que no iba a repetirse, había sido tan efímera. Después, enseguida, recapacitó. Se dio cuenta de que su cartera y la de Luis estaban en su bolso y en las prendas de abrigo, en los asientos traseros. Se había quemado todo. Solo tenía ropa ligera, la Browning en su cintura y nada de dinero.

Echó a andar por la carretera, de vuelta, en dirección contraria a la que iban y sin mirar atrás.

Hizo autoestop. Paró el primer coche que pasó, conducido por un hombre. La Pantera lo encañonó, le quitó la cartera y lo obligó a meterse en el maletero. Volvió a Anglet y aparcó el coche con el tipo dentro en un lugar apartado. Después, con el escaso dinero que el francés llevaba en la cartera, se compró una prenda de abrigo en la primera tienda que encontró. No pudo entrar en el apartamento, tampoco tenía ya las llaves. Recuperó la moto y el casco integral de visera oscura que ocultaba su rostro y consideró adónde podía ir. Cruzaría la frontera con España por un paso incontrolado de Navarra y haría una visita a su madre para pedirle ayuda: cobijo momentáneo y dinero. Le pareció una imprudencia relativa. Donde menos iba a buscarla la policía a esas alturas era en su casa familiar de Bilbao. Y además, ¿no la habían echado Mailu y los Artapalo por imprudente? Tenía que hacer honor a su fama

porque volvía a ser la Pantera.

Antes de partir, entró a una cabina de teléfono público y llamó a su madre, que no tenía noticias de ella desde que ingresó en ETA, y le anunció su inminente visita.

(2011)

En poco más de un año, desde la muerte de su hija, la mente de Margarita Mendieta se ha deteriorado con rapidez. Padece una avanzada demencia senil que afecta a su memoria y le altera la percepción de la realidad. «Creo que tuve una hija una vez. O no sé si era un hijo, o dos, o más, o ninguno. Pero no sé qué fue de él, si se perdió o anda por ahí en algún barco. De mi marido sí me acuerdo, se llamaba Lorenzo. ¿O ese era un novio que también tenía y eran amigos? Qué lío se me hace todo. Da un asco...»

La Policía Municipal de Bilbao localiza a la hermana de Margarita, su único familiar cercano, que vive en Logroño. Le informan de que su hermana no se encuentra bien y necesita ayuda. Esa mañana ha bajado de casa a comprar el pan y la leche desnuda de cintura para abajo. «¿Por qué me miran esas idiotas envidiosas y cuchichean? Así va más fresco.»

La hermana hace las gestiones necesarias para que Margarita ingrese en una residencia. Lo hará en la más cercana a su casa, la de La Ribera, apenas un mes después que Amaia Zaldúa. «Esto no es mi casa. Igual es una iglesia disimulada. Otra trampa que me pone el demonio para que hable con Dios y haga las paces y le perdone. Por aquí estará María Teresa. Todos estos sitios son iguales y también estará aquí. Como ahora yo también estoy loca le puedo escupir en la cara como ella me escupió a mí, como quien no quiere la cosa. Y que se entere la muy zorra de lo que vale un peine.»

(1983)

También llovía en Bilbao. La Pantera dejó la moto en La Ribera, junto a la ría. A esa altura, al otro lado del cauce, estaba el garaje donde su padre murió abrasado. Lo pensó un instante, pero desechó el recuerdo. Suficiente fuego en un solo día. Se quitó el casco, lo sostuvo en la mano izquierda, se puso la capucha del barato anorak azul que había comprado en Anglet y se la caló hasta los ojos para mostrar el rostro lo menos posible. Comprobó que no la miraba nadie, sacó con disimulo la Browning, la montó y la guardó en el bolsillo derecho de la prenda, donde metió la mano para tenerla empuñada. Cruzó la carretera por el semáforo y enfiló su calle, Carnicería Vieja.

A mitad de la calle, justo después del portal de la casa familiar, la esperaba su madre. Vio su inconfundible figura menuda bajo un paraguas de colores chillones que le pareció feo. La Pantera aceleró el paso para ir al encuentro de Margarita y le sonrió. Cuando ya estaba cerca de ella, notó que su madre tenía el rostro crispado, pensó que por la emoción del encuentro. Dejó de empuñar la pistola y sacó la mano del bolsillo para poder abrazarla.

—Mamá.

—¡Hija!

Dos hombres corpulentos, guardias civiles de paisano, salieron del portal y cayeron encima de la Pantera. Uno la cogió por detrás, con el antebrazo sobre el cuello, y le puso la pistola en la sien. Era la segunda vez, en menos de veinticuatro horas, que sentía el círculo de un cañón en la sien.

—¡Manos arriba, que te vuelo la cabeza!

El otro le apuntó al pecho, la cacheó y la desarmó con la otra mano. La Pantera tosió y buscó aire con la respiración entrecortada por la afianzada presa del cuello.

—¡No le hagan daño! ¡Me lo han prometido! —gritó Margarita.

El casco cayó al suelo, sonó a hueco y rodó un poco por el empedrado.

Se añadieron a la detención otros dos guardias de paisano, también pistola en mano. La Pantera miró su Browning por última vez. Vio cómo sacaban el cargador y hacían saltar el cartucho de la recámara. La obligaron a tumbarse en el suelo, boca abajo, y la esposaron a la espalda. Uno de los guardias le pisó la nuca para que no se moviera.

Aunque intentaron que se retirara, Margarita permanecía muy cerca y lloraba de manera escandalosa.

—¡Hija! ¡Hija! ¡Es por tu bien! ¡Para que no te maten y no mates tú!

¡Perdóname! ¡Perdóname!

Apareció un coche camuflado que vino desde la plaza de Santiago a toda velocidad con otros dos guardias de paisano dentro. Se bajó el copiloto armado con un subfusil Z-70 y abrió la puerta de atrás.

Pusieron a la Pantera de pie y la sujetaron entre dos por los brazos. Le quitaron la capucha y la cabeza de negra melena rizada quedó al descubierto. La Pantera, con expresión atónita, clavó en su madre los verdes ojos de fiera. Dejó de llover.

—Dejadme que le dé un beso.

—¡Señora! ¡Retírese, joder! ¡No se acerque!

La Pantera miró a su madre con incredulidad y con pena. Con una tristeza semejante a cuando vio a los quince años cómo se llevaban detenido a Luis Enciso, muy cerca de allí, le dijo a Margarita con sentenciosa calma:

—Tú me haces esto. A tu hija. Nunca te perdonaré. Ojalá te mueras pronto. Ojalá te hubieras muerto con mi padre.

—¡Es por tu bien, hija! Ahora no lo entiendes. Es lo menos malo. Ya lo comprenderás. ¡Perdóname, por favor!

Margarita se tapó la cara con ambas manos y continuó llorando con desesperación.

Los guardias hicieron entrar a la Pantera en el asiento trasero del coche. Dos guardias montaron con ella, uno a cada lado, y el copiloto delante. El conductor colocó el pirulo azul encendido en el techo. Recorrieron a bastante velocidad la calle en dirección a la salida de La Ribera, seguidos por dos coches patrulla con guardias uniformados que se habían añadido al operativo en el último momento.

Los otros dos guardias civiles de paisano mandaron a la gente que se había congregado en las inmediaciones que se dispersara.

Margarita miró irse los vehículos que con ruido de sirenas se llevaban a su hija para no regresar jamás y se preguntó a sí misma con desolación y a Dios con estupor:

—Por Dios, ¿qué he hecho? Dios mío, ¿qué me has dejado hacer?

(2012)

Elorriaga sobrevive aún, de momento y contra todo pronóstico médico. Se ha librado de unos cuantos kilos de peso, «el océano con unas gotas de agua menos», pero su abotargamiento y limitación de movimientos son los mismos. Aunque se negó a recibir el tratamiento de quimioterapia, «ya me meto bastante química por vena», el tumor del esófago apenas ha aumentado en un año y el cáncer de próstata se mantiene estable.

Ha ido a Madrid acompañado por Héctor para ver la gran exposición de Francis Bacon que se exhibe en el museo Thyssen. «Ha merecido la pena el esfuerzo de venir a la corte de los milagros. Bacon es Dios y está bien volver a ver a Dios antes de morir.» Ha hecho el viaje desde San Sebastián en una cama acondicionada en un espacioso monovolumen Mercedes con chófer.

Arnedo sigue en Madrid y en la indigencia sin techo. «Atrapado en la calle.» El alcohol de ínfima calidad y la alimentación deficiente apenas han deteriorado su salud física y mental en un año. «Sobrevivir en la jungla de asfalto, evitar que las demás fieras te coman, me mantiene por ahora fuerte y espabilado.»

Tras la visita al museo, Elorriaga no quiere ir todavía al cercano hotel Palace, donde se aloja. «Prefiero disfrutar de la caída de la tarde de este buen día de comienzo de primavera; junto con el principio del otoño son las únicas partes del año en que el clima de Madrid resulta soportable.»

Manda a Héctor que haga el esfuerzo de empujar la descomunal silla de ruedas por la calle del Prado, cuesta arriba, hasta la bulliciosa plaza de Santa Ana. «Me apetece observar a la gente y beber vino al aire libre hasta que se haga de noche.» Héctor lo deja en una mesa de una terraza, «la más aceptable de la plaza; pertenece a un bar especializado en vino». Elorriaga pide al camarero la carta de vinos y escoge una botella de tinto Rioja, un reserva de Marqués de Riscal. «Una marca segura. Como esté acorchado o no sea reserva, me van a oír.»

Arnedo duerme últimamente en un cajero del BBVA de la calle del Príncipe que es un poco más grande que el del cóctel molotov de Urko Clavijo. «Qué cambiante es la puñetera vida. Pensar que durante un montón de años tuve cuenta corriente en el Banco de Bilbao.» Mendiga por esa zona, en el barrio de las Letras, sobre todo en la plaza de Santa Ana. «Hay muchos turistas siempre y algunos sueltan algo. Lo de pulcro señor mayor que pide con dignidad me suele dar juego.»

Elorriaga se queja de que le han traído la botella descorchada.

—Lo del mal servicio en esta ciudad, desde siempre, es que no tiene nombre.

El camarero lo escucha con indiferencia y le da a probar el vino: «Potable». Elorriaga le indica que puede llenar la copa y dejar la botella.

—Héctor, entra al bar a pagar la botella y luego date una vuelta por aquí cerca. Me apetece estar un rato a solas. Vuelve en cuarenta minutos, o antes, si te llamo al móvil.

—A su orden, don José Ángel.

«Francis Bacon. Me ha llenado los ojos hasta anegarlos y me ha rebañado el espíritu; ha devorado como una boca dentada los escasos residuos de mi alma fósil. La carne del hombre según Bacon; despedazada, palpitante como una herida fresca, sometida a la tortura que proviene de la propia condición humana, oscura y aislada, que se revela en esos retratos de rostros licuados, descompuestos por efecto de la soledad y el sufrimiento. La carnicería, el grito y el desgarrar. Si Bacon hubiera sido testigo de la pasión de Mailu, ¿qué cuadro habría pintado con ese modelo maleado por el dolor hasta el retorcimiento? ¿Le habría interesado más pintar esa descomposición de la víctima o la nuestra, la de los verdugos? Quizá no habría pintado nada; o tal vez una serie de obras maestras.»

A Arnedo se le ha quedado la cabeza torcida y luce una larga cicatriz todavía poco hecha que le surca el cuello en vertical. En una pelea por una buena esquina para limosnear, otro borracho le cortó en el cuello, bajo la oreja, con una botella rota. «Me hizo esta caricia, pero a él lo puse bien; tuvieron que enyesarle hasta los mocos. Lo vi días después y hasta me dio pena.» El profundo corte le seccionó músculos maxilares y afectó a nervios faciales. «No puedo cerrar un ojo; me pica y me llora y es jodido para poder dormir lo de ver todo el tiempo. Y además de la cabeza caída a un lado, tengo media boca torcida, como si estuviera lelo. Un cuadro.»

Elorriaga apura la copa de vino y se sirve acto seguido otra. Le queda media botella por vaciar. «Bacon murió aquí, en Madrid, en la clínica Ruber, rodeado de monjas. Seguro que eso le pareció lamentable, indigno de él. Imagino que habría preferido morir rodeado de sus rufianes, de aquellos tipos turbios, brutales, viriles y de pago a los que les chupaba las pollas en los váteres públicos y le gustaba que lo humillaran y lo trataran con violencia. A mí me dará igual quién me rodee en el final de la agonía. Monjas, curas, plañideras, enanos saltarines o culturistas aceitados y erectos. Fantasmas del decorado, figurantes en el desenlace del esperpento.»

Arnedo peina las terrazas de la plaza de Santa Ana con un vaso de plástico en la mano para que le echen las monedas dentro. Elorriaga mira a la

gente y repara en él. «Ese mendigo... Juraría que es... No puede ser. ¿Es Arnedo?»

Arnedo mantiene la disciplina de afeitarse todos los días, en servicios públicos. Se ve obligado a hacerlo con jabón de las manos, «cuando hay», y agua fría. «Ir con la cara limpia hace que me sienta menos tirado.» Esta higiene ayuda a que su fisonomía no haya cambiado tanto, a pesar de la media parálisis facial, y resulte reconocible.

Elorriaga lo mira con más detenimiento cuando está ya cerca de su mesa. No se han visto desde el juicio, en 1990, «hace veintidós años, pero es él; no hay duda, es Arnedo. Tiene la cabeza torcida y se nota que le han ido bien las cosas».

Arnedo está pidiendo en la mesa que está al lado de la de Elorriaga. No le dan nada. Los tres «guiris de mierda» que están sentados se levantan en ese momento y se van. Han dejado algo de cerveza en los vasos. Arnedo junta los culos en uno de los tres vasos y se los bebe con rápida avidez. «Ya podía ser whisky. Menos da una piedra.»

Elorriaga siente miedo. Enciende un cigarrillo aunque acaba de apagar la colilla del anterior. Recuerda lo que le dijo Arnedo, sus palabras textuales, cuando supo que él lo había delatado: «Gorda chivata maricona. Juro que te limpiaré el forro aunque sea lo último que haga en esta puta vida». Llama a Héctor por el móvil con torpe nerviosismo. «Es capaz de matarme aquí, a golpes o a cuchilladas. No creo que tenga ya pistola. A este, como está, le dará todo igual. ¡Coge de una vez, Héctor, por el amor de Dios!»

—Héctor, ven rápido.

Arnedo está frente a Elorriaga. Lo mira con atención y muy serio, pero sin hostilidad. «También él me ha reconocido. Qué situación. ¿Dónde estás, Héctor?» Arnedo extiende el brazo para acercarle el vaso de plástico.

—¿Me da una ayuda, caballero?

Elorriaga continúa con el teléfono en la oreja para fingir que sigue hablando. «No me ha reconocido. Menos mal. También tiene la boca torcida. Es un despojo.»

—Lo siento, no llevo dinero encima. De verdad —dice mientras evita sus ojos.

Arnedo le sonrío.

—Siempre fuiste un tacaño, José Ángel.

Elorriaga deja el teléfono y lo mira con pánico apenas encubierto.

—Me parece que se equivoca de persona.

—Venga, hombre. No hace falta que disimules. No voy a hacerte nada, aunque podría, que te conste.

Arnedo se levanta el faldón de la camisa por delante y muestra un cuchillo de cocina de tamaño mediano que lleva terciado bajo la hebilla de un tazado cinturón. «Qué sorpresa. Mira tú, después de los años. El gordo Elorriaga. Aún más gordo, el muy cerdo, y en silla de ruedas. Viejo..., bueno, como yo de viejo.»

—Hola, Julio. Cuánto tiempo sin verte. Discúlpame, no te había reconocido. —«¡Sí lleva cuchillo! Estoy aterrorizado.»

—Más de veinte años. Te veo muy bien. Bueno, a ti siempre se te ha visto bien, desde muy lejos. —«Mejor voy a pasar del cachondeo.»

«Qué gracioso.»

—¿Qué tal estás? Lamento verte pidiendo. —«Voy a ser amable hasta que venga Héctor.»

—Ya ves. La vida, que es muy perra cuando se tuerce. Como también puedes ver, tengo torcida hasta la cabeza. Pero no me quejo, no sirve para nada. ¿Qué te ha pasado a ti para estar en silla de ruedas? ¿Te puedo coger un cigarrillo? —«Habría que sacarle algo a este *hijoputa*. Las tripas, por ejemplo. Se lo prometí. Pero ya, para qué. Bastante complicada tengo la vida. Ha pasado demasiado tiempo como para vengarme ahora de este payaso. Prefiero seguir en la calle que volver a la trena.»

—Sí, claro. —«¡Hector! ¡Por fin! Ahí viene. Menos mal.»

Arnedo coge un cigarrillo del paquete de Winston sobre la mesa y lo enciende con su propio mechero. Llega Héctor a la carrera.

—¿Qué pasa, don José Ángel? ¿Le está molestando este mugroso?

«Mugroso tu puta madre, negro maricón de mierda. Está cuadrado, el cabrón.»

—No, no, Héctor, tranquilo. Dale por favor a este hombre cincuenta euros. —«Y lo que sea, con tal de que se largue.»

—Como usted diga. —Héctor mira a su jefe y al mendigo con extrañeza.

—Mejor que sean cien, ¿no? Por los viejos tiempos y el trullo. —«Hay que rascarte un poco más, gobernador. No te vas a ir tan de rositas.»

—Dale los cien.

Héctor le da al mendigo dos billetes de cincuenta euros con cara de

desprecio. «¿A quién miras con esa cara de perdonavidas, moreno? A ver si todavía vamos a tener un disgusto. Calma por una vez. Me callo y me abro. Joder, cien euritos, ni tan mal. Pero antes....»

—Marqués de Riscal. Veo que todavía sabes cuidarte bien. ¿Me das también la botella?

—Llévatela. —«La piltrafa del arroyo solo quiere su barato y mezquino minuto de revancha. Ha dicho que no va a hacerme nada. Ya tengo menos miedo.»

—Y si me permites... —«Un poco de chulería final especialidad de casa Mariflor. Para que no te olvides de lo que fui y que todavía puedo sacarte los ojos aquí mismo, sapo ridículo.»

Arnedo coge la copa mediada de Elorriaga, la vacía de un trago, exhala aire como burlona muestra de satisfacción y la vuelve a dejar sobre la mesa con un golpe ruidoso, provocador. Héctor evita mirar a su jefe. «Espero que esta sea la rúbrica del zascandil. Ya es suficiente.»

—Adiós, José Ángel. Ha sido un placer encontrarte.

—Adiós, Julio. Lo mismo digo.

Arnedo da la espalda y se va con la media botella de Rioja en la mano y paso decidido. «Hay que caminar con garbo. Lo primero que se nota en un tirado de la calle son los andares titubeantes, como de yonqui.» Le da un trago por el camino. «Se me había olvidado lo bueno que está el buen vino. Le tenía que haber sacado más pasta. La gorda estaba acojonada. Estoy por volver. Mejor no tentar a la suerte. El negro era como un armario.»

Elorriaga lo ve alejarse. «Corramos un tupido velo sobre este poco airoso y cicatero episodio que me ha dejado en evidencia conmigo mismo. Todavía tiemblo. Haré una elipsis, un borrado. Entre la exposición de Bacon, al que por cierto le gustaban los toros, como a este bergante, y que me cepille enseguida los zapatos en el vestíbulo el limpiabotas uniformado del hotel, no ha pasado nada en absoluto. Necesito tener a un lacayo a mis pies sentado en un escabel a un palmo del suelo.»

—Llévame al Palace de inmediato, Héctor. En esta plaza hay demasiada chusma. Y no me preguntes nada de nada. Necesito con urgencia un buen baño y una aguja.

(1977)

Joseba Zubia Zaldúa, *Mailu*, había matado ese día de dos tiros en la nuca a Moisés Landa, el hombre que con riesgo de su vida lo salvó de niño cuando iba a ser atropellado por un camión sin frenos.

Por la noche, Mailu recorrió bar tras bar de Amorebieta. Bebió cubalibres cargados hasta estar muy borracho. A pesar de tener la mente torpe por el exceso de alcohol, se preguntaba si haber matado a su salvador era propio de un monstruo desagradecido y sin entrañas o de un firme martillo, un *gudari* que cumple con su deber militar sea cual sea, sin consideraciones personales. Aquel caso era muy especial, excesivo por su grave componente emocional. Él mismo había pedido matar a Moisés. Se arrepentía. Había sido una baladronada por su parte y una equivocación; tenía que haberlo hecho otro.

Eran las fiestas de Amorebieta. El ayuntamiento las había suspendido por el asesinato del concejal, pero mucha gente no hizo caso y estaba de juerga esa noche. Incluso en el mismo lugar en que había caído muerto Moisés Landa, una aglomeración cantaba, bebía y bailaba. A Mailu le pareció mal, inadecuado. Había que mostrar respeto a la muerte y al muerto, incluso a quien había tenido el penoso deber de asesinarlo.

En el último bar en que fue capaz de beber, Mailu balbució a una chica en la barra que él era un malnacido porque había matado al hombre que le salvó la vida. La chica no entendió lo que decía, le aconsejó que se fuera a dormir la mona y se dio medio vuelta.

Mailu salió del bar y vomitó con angustia entre la gente festiva.

(1968)

Luis Enciso Expósito acababa de cumplir doce años. Su madre le había regalado por su cumpleaños la navaja de la que ya no se separó hasta el día de su muerte.

En la escuela de Achuri, un compañero le dijo que en uno de los váteres habían escrito en la puerta, por dentro, una cosa sobre su madre. Luis los revisó hasta encontrarlo.

Habían escrito con bolígrafo: «La madre de Enciso es una puta».

Luis utilizó la navaja por primera vez. Con paciencia, rascó las letras una a una hasta borrar el insulto.

(1989)

El gobernador civil de Guipúzcoa, José Ángel Elorriaga Ormazabal, velaba el cadáver de su madre a la espera de que llegaran los de la funeraria a llevárselo.

Siempre había vivido con ella en el suntuoso piso familiar de Donosti con vistas a la bahía de La Concha. Su padre murió de una larga enfermedad cuando él todavía era un chaval.

La madre yerta en su cama le pareció un pajarillo. Era pequeñita, menuda, del estilo físico de Margarita Mendieta. Elorriaga pensó que resultaba asombroso que una mujer tan pequeña hubiera traído al mundo a un mastodonte chaparro como él. Su padre tampoco era gordo. Sin embargo, José Ángel era muy gordo desde la más tierna infancia que era capaz de recordar. Y hasta donde no llegaba su memoria llegaba el testimonio de las fotos familiares. La obesidad infantil le costó ser objeto de muchas burlas en el colegio.

La cama con su madre encima parecía aún más grande de lo que era. Él la había vestido con su traje de chaqueta y falda favorito, el de Dior de color gris perla. No había querido que lo hiciera la criada.

Había muerto dormida, sin enterarse. Estaba enferma del corazón.

Elorriaga sintió la orfandad y una pena profunda.

Ya nada lo retenía para poner en práctica la decisión que había tomado hacía tiempo: confesar su participación en el crimen del chalé y delatar a Goliardo y Arnedo.

(1992)

Julio Arnedo Betanzos, *Mariflor*, antiguo subcomisario de la brigada de información de la Jefatura Superior de Policía de Bilbao, llevaba dos años en prisión.

Compartía celda con otro expolicía, condenado por el homicidio de un joyero durante el atraco a su joyería, que llevó a cabo el propio homicida.

Arnedo enseñaba a su compañero los principales pases de tauromaquia con una toalla a modo de capote y la escobilla del retrete como muleta.

—Para las chicuelinas hay que sostener el capote así, con las dos manos, a la altura del pecho, para citar bien al bicho. Cuando embiste el morlaco, se recoge por debajo, de esta manera, fíjate, y el torero queda envuelto en el capote. ¡Olé! ¡Ahí queda eso! ¿Qué te ha parecido? Es de los pases más elegantes; danza pura: arte.

(1990)

Durante el juicio en la Audiencia Nacional, en el interrogatorio al general de la Guardia Civil Agustín Ramírez Goliardo, el fiscal le preguntó por Pastrana y Enciso.

—El cadáver del sargento Vicente Pastrana Mellizo fue encontrado en un apartamento de la localidad francesa de Anglet con tres disparos mortales y metido en una bolsa. El guardia Luis Enciso Expósito apareció muerto en una carretera secundaria al norte de Capbreton en circunstancias que ya han sido detalladas y al parecer víctima de un accidente de coche. Las balas que acabaron con la vida del sargento Pastrana y estaban alojadas en su cuerpo fueron disparadas por uno de los dos revólveres Manurhin MR 73 que estaban en el interior del Peugeot 504 con matrícula francesa siniestrado. Es por ello presumible que fue Luis Enciso quien acabó con la vida de Vicente Pastrana y después huyó. ¿Por qué? ¿Qué hacían allí sus hombres? ¿Cumplían órdenes tuyas? ¿Qué sucedió?

—Lo único que puedo decirle es que los guardias civiles Pastrana y Enciso no merecen más que respeto a su memoria y el orgullo de su jefe. Eran unos héroes, unos valientes.

—Puede ser, pero eso no responde a mis preguntas.

—Sepan todos ustedes que con un puñado de hombres del temple y la abnegación de Vicente Pastrana y Luis Enciso se puede ir a conquistar un continente. Son héroes como ellos los que explican que el lema de la Benemérita, *Todo por la patria*, es mucho más que una frase y le da todo su sentido real y su grandeza.

—O sea, que se niega a contestarme.

(1965)

Margarita Mendieta Valdelomar tuvo celos de su hija el día de la primera comunión. Su marido, Leonardo, no tenía ojos más que para su niña. Era lógico, pero Margarita no podía evitar ese sentimiento de celos ante la sólida unión de padre e hija, de la que ella se sentía excluida.

Pensó que era absurdo que le diese más celos la niña que la amante de turno de su marido, a la que conocía.

Valoró si este reconocimiento de celos tan poco naturales era pecado. Si lo era, no podía comulgar acto seguido. Y quería hacerlo en la misma misa en que su hija recibía la primera hostia consagrada.

Decidió comulgar aunque fuesen pecado esos celos; un pecado venial en todo caso. El Señor sabría comprender y ser indulgente con ella en un día tan especial para una madre cristiana.

Leonardo Pérez Aguado observó a su hija Margarita con agrado y orgullo. Era la niña más guapa y resplandeciente de todas las que iban a recibir la primera comunión en la catedral. La niña, al salir del banco para encaminarse hacia el altar al encuentro del sacerdote con el copón, miró a su padre y le sonrió. Leonardo le devolvió la sonrisa con ternura.

A la niña se le quedó la sagrada forma pegada al paladar. La despegó con la lengua y la masticó sin disimulo antes de tragarla. El cura que había preparado a los catecúmenos les hizo especial hincapié en que no se podía tocar la hostia consagrada con los dientes bajo ningún concepto.

Al regresar al banco, la niña se puso de rodillas y a rezar con muestras de gran recogimiento: las manos unidas, la frente apoyada en las puntas de los dedos y los ojos cerrados. A su madre le embelesó la estampa. Estuvo así bastante rato, más que los otros comulgantes. Su padre pensó que lo hacía para llamar la atención. No se equivocaba.

(1956)

Patxi Zubia Lezamiz sostuvo en brazos a su hijo recién nacido. Su esposa, exhausta por el parto, miró desde la cama la escena con complacencia. Patxi se acercó a ella y la besó delicadamente en la comisura de los labios.

—Amaia, me has hecho un hombre feliz con este hijo.

(2008)

Urko Clavijo Zubia recibió con interés y curiosidad lo que le daba *amama* Amaia. Eran los pósters que *osaba* Joseba tuvo colgados en las paredes de su habitación hasta dejar el caserío para entrar en ETA.

Amaia Zaldúa había guardado bien enrollados los carteles que ahora le daba a su nieto, que tenía catorce años, la misma edad que Joseba cuando se libró del yugo del matón Cordero con un golpe de peonza.

Urko miró los pósters. Eran cinco. El primero era la foto más conocida del Che Guevara, con el pelo largo, la barba rala y la boina con una estrella; el segundo, un cartel antinuclear con el dibujo de un sol rojo con cara sonriente y el lema *Nuklearrik ez*; el tercero, el afiche de la película *Jesucristo Superstar*; el cuarto, los retratos de Txiki y Otaegi, los militantes de ETA fusilados el 27 de septiembre de 1975, poco antes de la muerte de Franco; y el quinto, un mapa de Euskal Herria con el lema *Zazpiak bat*[\[34\]](#) y los siete territorios que comprende entre Euskadi, el País Vasco francés o Iparralde y Navarra: Bizkaia, Gipuzkoa, Araba, Lapurdi, Behe-Nafarroa, Zuberoa *eta* Nafarroa.

(1976)

Margarita Pérez Mendieta iba por el paseo de El Arenal acompañada por dos miembros legales de ETA. Habían tenido una reunión en la concurrida cafetería del teatro Arriaga. Los dos etarras mantenían la teoría de que como menos se llama la atención es comportándose con naturalidad y a la vista de todo el mundo en un lugar público lleno de gente.

Marga se paró delante del imponente plátano de sombra en cuyo tronco Luis Enciso escribió las iniciales de ambos con la navaja. No había vuelto a mirarlas desde entonces. Allí seguían, seis años después, igual de marcadas. Marga pasó el dedo índice por la cicatriz de la madera con lenta sensualidad y se preguntó qué habría sido de Luis, el chico que creía que te ven desde la televisión, y si algún día volverían a encontrarse.

Sus compañeros la llamaron y ella fue a paso rápido para alcanzarlos. Al día siguiente se iba a ir de casa para cruzar la muga, comenzar en Iparralde su preparación militar y convertirse en la Pantera.

(1955)

El perentorio deseo carnal de Amaia Zaldúa Erreka iba a verse cumplido. Oyó el motor de la motocicleta antes de verla ascender por el sendero que llevaba a su caserío. Él venía a estar con ella de nuevo. Sintió un calor profundo y la humedad de su sexo anhelante. No sabía que iba a ser la última vez.

(1946)

Amaia y su amiga María José solían insultar y humillar a Benito, un niño del pueblo de su misma edad, diez años, aunque parecía más pequeño que ellas por su menudencia física. Benito era hijo de andaluces y por eso lo despreciaban. Lo llamaban maqueto, enano y *belarrimotza* y le habían hecho llorar más de una vez. Sin embargo, el niño buscaba la compañía de las dos niñas, a las que su dependencia y sumisión complacía y envalentonaba.

Un día de tantos, Amaia, que iba con María José, le dijo a Benito:

—¿Sabes lo que eres, Benito?

—No. ¿Qué soy?

—Un macaco.

Amaia se rio de su ocurrencia y María José la secundó aunque, como Benito, no supiera lo que significaba la palabra *macacoen* ninguna de sus acepciones. Amaia solo conocía una.

—¿Qué es un macaco? —preguntó el niño con el desvalido candor que lo caracterizaba.

—Un macaco es una oveja, Benito. Una oveja pequeña, del sur —le dijo Amaia mientras clavaba sus ojos fríos en los del niño para observar al detalle la reacción a su afrenta.

Si hubiera sabido que en su acepción más común un macaco es un mono, habría preferido explicarle eso. Benito sacaba lo peor de ella y Amaia disfrutaba de lo que emergía, aunque sin poder evitar cierta culpabilidad.

El niño miró a las dos apenado y les dijo con mansedumbre:

—Pero yo no soy una oveja.

Amaia se sintió descolocada por la inocencia con que lo dijo y que emanaba de él; y se avergonzó de sí misma. Miró a su amiga, que la miraba a su vez, y supo que ella se sentía igual. No dijeron nada más, dieron la espalda al niño, se fueron y lo dejaron solo.

(2012)

Dos ancianas se sientan al atardecer en un banco de un jardín público de Bilbao. No son familiares ni amigas, su relación se debe a vivir en la misma residencia y a hechos del pasado que les marcan todavía el presente: los hijos de ambas fueron asesinos y están muertos. Y el esposo de una de ellas, antes de serlo, fue amante de la otra.

Es primavera, un día de labor del mes de mayo. «Ha quedado buena tarde», aprecia Amaia Zaldúa. «Está bien salir un rato de la residencia del frente de juventudes para tomar el aire y ver gente normal, de la calle, en vez de momias a todas horas. Encoge el ánimo y te hace sentirte todavía más vieja de lo que eres pasar el día rodeada de viejos, muchos de ellos igual de chalados que esta, que cada día está peor.»

La «chalada» a la que hace referencia es Margarita Mendieta, su acompañante en esos paseos que dan varias tardes por semana, «si no llueve», después de merendar en la residencia. «Vamos del brazo, pero me da miedo ella. Me da miedo el sol. La luz que duele. Me da miedo esta vieja; parece un pájaro muy grande, un pájaro de huesos.» Margarita tiene la cabeza muy perdida.

Ambas viven desde hace un año en la residencia para ancianos de La Ribera y comparten la misma habitación. «Fue porque quise yo. Mejor dormir con esta, aunque siempre me ha caído mal, que con otra a la que no conozco. Y por lo menos Margarita no mete ruido por la noche y ronca poco, no como Patxi.»

Caminan despacio «para que dure un poco más el andar» por el paseo de El Arenal. Contrasta su diferencia de estatura. «No me llega ni al hombro. Tenemos que parecer una aguja y un dedal.» Van hasta donde terminan los árboles y vuelven. «No quiero ir tanto, tanto. Lejos están los pecados y los malos que me esperan para cogermé.» Después descansan un rato en un banco. Mantienen diálogos inconexos y fragmentados que son más bien un interrogatorio que le hace Amaia y que Margarita responde en general con sinsentidos y algunas veces con sorprendente coherencia.

—¿Te han gustado las fresas del postre?

—¿Qué postre?

—Cuál va a ser. El de hoy.

—Me parece que sí.

—A Patxi no había manera de hacerle comer fruta. Ese era solo de uvas, pero de otro modo. ¿A Leonardo le gustaban las fresas?

—Me parece que sí. Sobre todo el melón. Y aceitunas con nata. —«Se las sacaba del culo.»

«Sí. Y sandía con chorizo, no te digo. Qué ocurrencias tienen los locos. Así que le gustaba el melón.» Amaia le pregunta sobre cosas cotidianas de su vida de casada con Leonardo. Nunca sobre asuntos íntimos. «De eso no quiero saber nada.» Le parece que saber algo de cómo fue Leonardo completa en cierto modo la relación que ella tuvo con él, que solo se basaba en el sexo y la dominación, «casi sin palabras».

Hoy se han sentado en el banco que está al lado del plátano de sombra en el que Luis Enciso grabó *LxM*. En cuarenta años, el árbol, que ya era grande entonces, ha crecido y el tronco se ha hecho más grueso. La cicatriz de la madera con las iniciales se ha expandido por el engrosamiento y resulta ya apenas legible. Las letras se han convertido en una especie de dibujo carente de significado. «Estos árboles son más pequeños que ayer y esos más grandes y de otro color que no me acuerdo cómo se llama. No sé mañana. Lo que diga Dios a la mala hierba que no crece más.»

Cuando hay concentración de padres de presos frente al teatro Arriaga, lo cual es cada vez menos frecuente, Amaia lleva a Margarita y le hace estar a su lado. «Como no se entera de dónde está ni lo que es esto, por lo menos sirve para hacer número y bulto. Por todas las veces que no ha querido venir cuando todavía no le faltaban tornillos.» En una de las concentraciones le dieron un cartel, «es como un disfraz de carta de la sota de oros», pero Margarita lo tiró enseguida al suelo. «Esta sigue siendo una traidora hasta de loca.»

—Siempre has sido una traidora, Margarita. Que sepas que eres la madre de una que fue presa mucho tiempo. —«Dijeron que tú, su madre, la entregaste para meterla en la cárcel. Prefiero no creerlo.»

—¿Madre traidora? ¿Traidora de qué?

—No sé cómo explicártelo.

En el banco, a Margarita se le cae la baba y Amaia se la limpia con un pañuelo de papel. «Pensar que él besaba esta boca babosa que ahora es como una pasa. A mí nunca me besó; ni una vez.»

—Gracias, señora.

—De nada, a mandar.

«Yo le conocí antes que tú y me hizo sentir mujer antes que a ti. Aquel hombre tenía que haber sido solo para mí y entonces a ti nunca te habría conocido. Y de conocerte ni te habría mirado teniéndome a mí en nuestra

cama. Pero era un guardia civil y eso no podía ser.»

Margarita mira a Amaia con una expresión de curiosidad, se le acerca más, como para darle un beso, «qué quiere esta ahora», y le escupe en la cara. «Escupe, Guadalupe, que te has tragado un pelo.» Amaia le da una bofetada sin fuerza antes de limpiarse el salivazo. «Qué asquerosa manía ha cogido de escupir a la gente. Se la quito yo a bofetada limpia.»

—¡La madre que te parió! Te juro que como me vuelvas a escupir a mí o a cualquiera no te saco de paseo nunca más, ¡vieja loca!

Margarita gimotea como una niña pequeña.

—No estoy loca. Soy buena. No me pegues.

—¿Buena tú? Está bien, ya te perdono. Y perdona tú el cachete. Venga, no llores. —«Esta pobre mujer.»

La mayor parte del tiempo, Margarita vive sumida en un estado de indiferencia. Raras veces sonrío o expresa emociones como ese gimoteo. Pero de vez en cuando la demencia la lleva a estados de angustia.

—¡Haz algo! ¡Que la saquen! ¡Se mata! ¡Mi niña está en la jaula y se la van a comer los perros!

—Que no, Margarita, tranquila, que no pasa nada. No te lleves mal rato, mujer, cálmate. Todo eso ya pasó hace tiempo y no fue así. —«La verdad es que fue algo parecido. Dijeron que se ahorcó en la perrera de la cárcel»—. A mi Joseba sí que se lo comieron los perros.

«En parte por mi culpa. Por animarle a ir a una guerra que hemos perdido y en la que a él lo mataron. El mayor sacrificio para conseguir tan poco. Ojalá no hubiera sido de ETA.

»Las cosas que no se ven poco a poco, tarde o temprano se ven de repente, un día, con claridad, como si siempre hubiesen estado ahí, que igual estaban, y ya no hay marcha atrás. No te puedes engañar ni perdonarte después de que las has visto. Pobre hijo mío. Pobre de mí.»

—¿Cómo pasó entonces? ¿Qué pasó? Dime, dime.

—Déjalo ya. No te preocupes. Tu hija Margarita y mi hijo Joseba estarán juntos y seguro que se cuidan el uno al otro, como yo te cuido a ti.

—¿Están juntos? ¿Dónde? ¿Están en el cielo o en el infierno?

—Quién sabe.

Amaia coge la mano de Margarita con ternura y se la aprieta un poco. «Algo de cariño le coges.» Permanecen así un momento, en silencio, en la

tarde luminosa. Los rayos de sol penetran entre las hojas del frondoso plátano de sombra. «Esta mano que él apretó, como hago yo ahora. Esta mano suya que acarició su cuerpo y es un poco como si yo lo pudiese acariciar a través de ella. Qué desnuda del todo me hacía sentir cuando me desnudaba con sus manos fuertes y me deseaba y me llenaba. Qué feliz me hizo en tan poco tiempo. Qué desgracia y cuánto desperdicio ha sido lo demás.»

—¡Hala! Vamos a casa, que se hace tarde y dentro de un rato dan la cena. Hoy toca merluza. Ya será pescadilla. ¿A Leonardo le gustaba la merluza? A Patxi le gustaba más el chicharro. Tenía gustos baratos.

—Sí le gustaba. Se comía los ojos y las patas.

—No digas bobadas.

Las dos ancianas se levantan del banco con cierta dificultad, se alejan del árbol de la cicatriz y salen del jardín cogidas del brazo con pasos lentos y desacompañados.

NOTAS

[1] *Mar*, en euskera.

[2] *Soldado vasco*.

[3] *Martillo*.

[4] *Grupo*.

[5] *Inútil*.

[6] *Acción*.

[7] *Cuitado, infeliz*.

[8] *Amigo*.

[9] *Yunque*.

[10] *Cachonda*.

[11] *Ladrillo*.

[12] *Ciclista*.

[13] *Lobo de cuento*.

[14] *Chicharrón*.

[15] *Perros*.

[16] *Cariño, amor*.

[17] *Sin descanso hasta la victoria*.

[18] *No*.

[19] *Abuelo*.

[20] *Tío*.

[21] *Abuela*.

[22] El entorno de Batasuna llamaba así de modo peyorativo a los *ertzainas* por considerarlos policías coloniales.

[23] *Oreja pequeña*. Término despectivo, un tanto en desuso, que se aplicaba a los inmigrantes y maquetos.

[24] *Lucha de calle*.

[25] *Los presos a la calle. Los perros adentro*.

[26] *Látigo y castigo*. Se emplea como nombre de pila.

[27] *Patria y libertad.*

[28] *Mi nietecito.*

[29] *Hola.*

[30] *Cabeza de pájaro.* En el sentido de *cabeza de chorlito.*

[31] *Roca.*

[32] *La guapa.*

[33] En argot bilbaíno, *paleto.*

[34] *Las siete, una.*

Table of Contents

EL REFUGIO DE LOS CANALLAS

(2010)
(1981)
(1983)
(2010)
(1996)
(1981)
(1976)
(2010)
(1961, 1977)
(1990, 2013)
(1989)
(1980)
(1955)
(2010)
(1955)
(1963)
(1984)
(1979)
(1991)
(1982)
(2013)
(2010)
(2002, 2015)
(1981)
(1970, 1972)
(1968, 1986, 1990)
(2010)
(1980)
(1981)
(1982)
(1982)
(2014)
(2010)
(1986)
(1955)
(1965)
(2000)
(2015)

[\(1983\)](#)
[\(1965\)](#)
[\(1986\)](#)
[\(2010\)](#)
[\(1999\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(2010\)](#)
[\(1982\)](#)
[\(1983, 1976\)](#)
[\(1976, 1977\)](#)
[\(1975\)](#)
[\(1976\)](#)
[\(1980\)](#)
[\(1980\)](#)
[\(2010\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(1982, 1983\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(2010\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(1970\)](#)
[\(2011\)](#)
[\(2014\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(2011\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(2011\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(2011\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(2011\)](#)
[\(1983\)](#)
[\(2012\)](#)
[\(1977\)](#)
[\(1968\)](#)
[\(1989\)](#)
[\(1992\)](#)
[\(1990\)](#)
[\(1965\)](#)
[\(1956\)](#)

[\(2008\)](#)
[\(1976\)](#)
[\(1955\)](#)
[\(1946\)](#)
[\(2012\)](#)

[NOTAS](#)